

Blanca Rodríguez G-Guillamón

Siempre podrás quedarte



Siempre podrás quedarte

Blanca Rodríguez G-Guillamón

Todos los derechos reservados. Queda prohibida, sin la autorización escrita del titular de los derechos de autor, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o métodos, incluidos la reprografía, el tratamiento informático y plataformas digitales.

Copyright © 2023 Blanca Rodríguez G-Guillamón

Imagen de portada: Pampicota Art

*A quienes creen,
especialmente a mi madre,
a mi padre y a mi marido*

Índice

2022

2023

2024

2022

Querido Juan: he subido a la buhardilla de casa con un puñado de folios y una pluma y me he sentado frente a la mesa arañada en la que estudiaba cuando era niña. Reconozco todas las marcas del aburrimiento y de la frustración. Los dibujos, los conatos de poemas, los símbolos de mi lenguaje secreto. La madera está vivida y por eso la desterraron al lugar donde reposan los objetos dañados. Aquí, en la buhardilla, hay una solemnidad de templo sagrado. El aire es espeso y huele a humedad y la luz cae tamizada sobre alfombras manchadas y cajas que nunca se volverán a abrir. Seguramente en una de esas estén mis cuadernos de la escuela. Si mi madre no ha hecho limpieza, en los márgenes de los libros estará lo que escribía sobre ti.

Llevo cerca de una hora mirando la hoja blanca y pensando cómo comenzar esta carta sin decirlo todo, pero con la urgencia de quien sabe que es la última oportunidad. Una hora en la que me han caído encima los últimos años de la infancia. Temo que cuando quiera salir de aquí ya no pueda regresar a mis muchos años. Si no nos mirásemos al espejo, si continuase en esta buhardilla durante días, podría retroceder en el tiempo, podría jugar con ese tiempo a mi antojo, podría tener de nuevo quince años y quedarme en aquel mundo donde el amor es eléctrico e ilimitado. Analizo esa nada del folio. ¿Cómo se llena un vacío con otro?

Ha sonado el cuco en el salón y he escuchado el inicio del trájín en la cocina. A mi madre le gusta que exista un horario y se rige por el reloj de madera que expulsa al pájaro a las horas en punto. Ahora la oigo sacar los platos del lavavajillas y apilarlos en los estantes y tengo que reprimir el impulso de bajar a ayudar. Si bajo, ya jamás retomaré esta carta y tengo que terminarla, porque si no, no podré marcharme de esta ciudad. Siento que nuestra historia me ata a Barcelona y que no podré abandonarla hasta que lance al correo el sobre verde pálido que tengo frente a mí.

Supongo que el destino tenía previsto que nos encontrásemos justo el mes previo a mi marcha. Llevábamos sin vernos trece años y de pronto: ¡Macarena! ¿Juan? Nos cruzamos en una calle estrecha y vacía. Si hubiese sido en La Rambla, quizá no nos hubiésemos reconocido, pero dio la casualidad de que tú volvías del taller del coche, que te lo habían golpeado, y yo de que me inyectasen las vacunas recomendadas para el país que estaba a punto de acogerme. Caminábamos por la misma acera y tú, que miras todos los rostros que te pasan por el lado, no pudiste callar mi nombre. Mi nombre se te escurrió en voz alta y yo me frené en seco, porque tronó dentro de mí con una fuerza inusitada. Nos detuvimos a medio metro y por unos minutos nos analizamos, buscándonos y encontrando personas diferentes de las que recordábamos. Tu pelo continuaba rubio, quizá

un poco más oscuro, y tenías unas arrugas muy finas marcadas en la frente y en los ojos. Me llevó un rato entender que la casuística era caprichosa pero real, que ahí estabas, otro tú, pero tú al fin y al cabo.

Las primeras palabras que dijiste después de mi nombre sonaron artificiales, pero habría sido difícil esquivarlas. Llenaste los pulmones y: *cuánto tiempo*. Y yo, aturullada, solo fui capaz de soltar un “je” que sonó aspirado y tembloroso.

—Vaya, ¿cómo estás?

Estabas encendido y alegre, pero yo no era capaz de aclararme. Ni siquiera ahora, que ha pasado una semana, puedo recordar exactamente lo que respondí. En cambio, lo que dijiste tú sí lo grabé a fuego, porque tengo un espacio del cerebro reservado para ti desde que nos conocimos. De mi reacción siento vergüenza, porque la situación me pilló completamente fuera de juego. Es que yo me voy a África para siempre, ¿sabes? Y de pronto, tú. No sabes de qué modo me he desbocado. Ahora ya no puedo irme sin escribirte.

El caso es que en ese encuentro fortuito tú estabas locuaz y me preguntaste si podíamos vernos un día de estos. Yo encogí los hombros, así que te apresuraste a concretar: *¿Qué te parece si quedamos mañana?* Dije que vale. Sonreíste sinceramente: *muy bien. Mañana a las ocho en la Plaza de Cataluña*. Me diste dos besos y me apretaste ligeramente el brazo derecho. Dos besos tuyos. Nunca me habías dado dos besos. Te fuiste mirando para atrás y sacudiendo la mano mientras yo continuaba anclada en el mismo punto. Levanté también el brazo, el que habías tocado, y procuré parecer agradable. No pude pensar en nada más el resto del día. Volví a casa, busqué mis diarios de adolescente y comprobé que no quedaba ni una huella de ti. Recordé que había arrancado todas las páginas que te mencionaban cuando me contaste que a tu padre le habían hecho una buena oferta en Inglaterra y que no volverías al instituto después del verano. No quise que nadie encontrase lo que sentía por ti, lo intenso, e invisible — ¿unilateral?— que fue todo. Quise llamar a Mila para que supiera lo que había ocurrido, pero no me atreví, porque me pareció que si lo hacía, traería de vuelta todas las emociones y eso me impediría quedar contigo al día siguiente. Así que me fui a dormir temprano. No cené. Me metí entre las sábanas con los ojos muy abiertos y me aseguré unas cuantas veces de que había puesto la alarma a las siete. Pero para cuando sonó, ya estaba dentro de la ducha. Mi madre me aporreó la puerta del baño y luego entró en mi habitación para apagarla.

—¿Qué haces despierta tan temprano?

Para ella no era temprano, porque se despertaba antes de las seis, pero para mí sí que lo era. Hacía un mes que había dejado mi trabajo para preparar la nueva aventura y no me levantaba hasta más allá de las nueve.

—He quedado.

—¿Con quién?

—Con Juan.

Arqueó las cejas, pero no hizo ninguna observación. Se limitó a darme el beso de buenos días y regresar a la cocina para terminar su desayuno. Yo me vestí tres veces —de pronto no tenía claro si quería ir arreglada o desarreglada o qué— y salí con prisa, porque todavía me quedaba un buen recorrido. Durante el trayecto no quise pensar en lo que estaba a punto de hacer, porque quedar contigo era una hecatombe.

Te vi antes de que me vieses. Estabas sentado en una silla de mimbre de una cafetería en pleno trajín. Tenías las piernas cruzadas y leías un librito. Llevabas un polo blanco, unos pantalones cortos y unas gafas de sol sobre la cabeza. Cualquiera podría pensar que eras un turista; para mí, lo eras. Te puse la mano en el hombro en un gesto suave. Te sobresaltaste. ¡*Macarena!* Mi nombre en tus labios y otros dos besos firmes en las mejillas.

—He estado mirando la carta y no tienen nada apetecible. ¿Te parece bien si caminamos un poco?

Todo me parecía bien y buscamos otra cafetería mientras me contabas que te habías cogido un día de vacaciones para quedar conmigo, que te había hecho mucha ilusión encontrarme. Lo decías como si llevases años de búsqueda, pero sé que eso no es cierto, porque si hubieses querido, la historia hubiese transcurrido de un modo muy distinto.

Entonces fue cuando de golpe me soltaste:

—Me encantaría tener una hija.

No sé qué cara se me quedó, pero no oculté la sorpresa y te reíste.

—Sí, de verdad. Me encantaría tener una hija.

Yo estaba muy lejos de querer rodearme de niños, pero mi vientre se revolvió anhelando llevar dentro a esa hija que deseabas por encima de todo.

—¿Una hija? ¿Por qué?

—No lo sé. Hoy me he despertado pensándolo. ¿Existe el instinto paterno? Como esa llamada biológica que experimenta la mujer.

—No todas.

—Bueno, no todas. Algunas. ¿La mayoría?

No me atreví a continuar la conversación.

Entramos en una cafetería con sofás y lámparas con estampados de flores. Nos sentamos frente a la cristalera para contemplar la plaza y pedimos un *chai latte* —tú—, un *capuccino* y un bizcocho con mermelada. Mientras me contabas cómo había sido tu vida desde los diecisiete años hasta los treinta, yo me recreaba en tus labios. Me preguntaba cómo sería besarlos, si serían atrevidos, impetuosos o

tímidos. Si golpearían con sed o con paciencia. Repasaba todo tu rostro: tus ojos afilados, tu nariz recta, tus labios gruesos, y luego descendía por tus brazos, tu pecho, tus manos. Siempre me encantaron tus manos, hasta el punto de que les escribía poemas. Ninguno valía nada, pero los componía por sentir el tacto. Tu palma contra mi palma muy suavemente, tus yemas resbalando por mi cuello y aferrándose a mis hombros. Me estremecía pensando en ello mientras hablabas de empresas y de que tu jefa era francesa, lo que te parecía una oportunidad para perfeccionar el idioma.

—¿Y tú?

Yo te cuento —hundo el tenedor en el bizcocho para llevarme un trozo a la boca— que me voy a trabajar a África, que van a abrir una unidad y necesitan enfermeras y que me hicieron una oferta interesante. Lo que callo es que no tengo alternativa, que en Barcelona siento que la apatía me come terreno, que los casi treinta no me están sentado bien. Si tuviera familia, o pareja... Pero no tengo nada. Estoy sola con mi madre. Necesito construir una vida propia lejos de lo poco que conozco.

—África —repites anonadado—. Seguro que te va muy bien. Eres inquieta y te gusta escuchar a la gente.

No tiene nada que ver, pero te pregunto, porque quiero cambiar de tema, si me dejas probar tu *chai latte*. No sé cómo me atrevo. Reconozco que me resulta delicioso compartir tu taza. Saboreo la bebida, que me resulta ligeramente amarga. Replicas que amargo es mi café y acepto que quizá estoy poco acostumbrada al té con leche. Entonces dices orgulloso que incluso te gusta el té inglés. *Me costó un tiempo acostumbrarme, pero me encanta*. Y yo recuerdo aquel mensaje que me enviaste al teléfono una tarde de agosto y me hizo sangre: *Macarena, quería decírtelo en persona, pero no da tiempo. Me voy a Inglaterra con mis padres. Gracias por haber sido mi mejor amiga desde que llegué a Barcelona. Te echaré de menos*. Teníamos diecisiete años y yo acababa de subir de la piscina. Llevaba el bañador mojado y el pelo enmarañado, pero me desparramé en el suelo y lloré hasta que mi madre me dijo que cogería una cistitis si no me cambiaba.

Cuando un amor inexplorado se acaba, ¿es real? Cuando te despediste a través de la pantalla, yo llevaba dos años suspirando, soñando y viviendo por ti. No te lo dije, pero te lo dije. Quiero decir... ahí estaban los gestos, mi tiempo, la entrega. A veces tú te escabullías y otras te quedabas a escasos centímetros en lo que me parecía que era la misma red. Nunca pude saberlo, porque te fuiste sin confesarte y sin darme tiempo a que yo escogiese palabras para encapsular el *todo* que sentía por ti.

¿Y ahora, qué?

Recuerdo una vez que me comentaste que te incomodaba que te

mirase fijamente a los ojos. Entiendo que por el hecho de mirar fijamente, no porque fuera yo. Y yo respondí que sí, que es cierto que me gusta mirar fijamente a la persona que tengo delante. Conmigo no hay otra opción. En los ojos es donde se sucede el mundo. Pero ahora, mientras te observo acabar el *chai latte*, me doy cuenta de que ya no te importa que te mire. No sé interpretar esa comodidad. Quizá nos encontramos en ese estado en que se siente añoranza por las personas del pasado, por más que ahora seamos otras diferentes.

Hoy me atrevo a ponerte por escrito que me enamoré de ti casi desde el principio. Tú eras nuevo en el instituto y tenías a todas las compañeras pendientes. A mí, no, aunque igualmente me parecías encantador. El *clic* sucedió exactamente en una clase de Filosofía. No sé cómo terminamos sentados juntos, porque tú lo evitabas, pero sé que la lección nos empezó a parecer absurda. El profesor hablaba de un gato cósmico y una campana que dejaba sin aire y entre las frases colaba un continuo *¿no?* que nos empezó a sacudir de la risa. La coletilla marcaba un ritmo de segundero. Arranqué un papel y pinté un palo azul, luego lo deslicé hacia ti. Empezamos a rayar la hoja con cada uno de los *noes*, que sonaban a graznido de gaviota.

—Bueno, ¿damos un paseo? —recoges el plato y las tazas vacías para devolverlas a la barra y yo aprovecho para cruzarme el bolso.

Caminamos por las calles que despiertan —los camiones descargando mercancía, los tenderos elevando las persianas— en dirección a la Catedral. Allí, en la entrada, me avisan de que debo bajarme la falda unos centímetros y tú te sonríes. Me abochorno, estiro la tela todo lo que la cintura me permite.

El interior de la nave principal es muy amplio a pesar del coro y del altar mayor y está iluminado por las vidrieras de colores. Los haces de luz son certeros, casi sólidos. Tengo la sensación de encontrarme dentro de mi propio corazón. No sé si es que por fin me he relajado, pero me embriaga una calidez de terciopelo. Nunca me había asomado antes a la Catedral y me asombra su belleza.

—¿Aquí se casa la gente?

No miras cuando respondes:

—Supongo. Nunca he visto una boda aquí, pero me imagino que será posible.

Te lo pregunto porque me he dado cuenta de que todavía quiero proyectarme en un futuro en el que me esperes en un altar. Quiero atravesar la iglesia como flotando y llegar y que me des un beso o me cojas la mano con los ojos rebosantes.

—Ven —dices.

Y yo voy.

Huele a incienso de sándalo.

Me guías hacia el claustro para ver las ocas —porque sí, hay ocas

en el claustro— y debatimos sobre si hay demasiado artificio en ese espacio contenido: innumerables bancos, un estanque, una fuente, mobiliario y muchos visitantes. Dices que en realidad la Catedral no te parece tan impresionante y coincido en que tantos cuerpos no contribuyen a ese recogimiento, pero es un templo majestuoso. Nos dirigimos hacia el ascensor que conecta con la azotea y mientras esperamos te miro de cerca. Estás relajado y me sorprende, porque no solía ser así cuando éramos más jóvenes. Recuerdo que por aquel entonces pasábamos mucho tiempo juntos, pero cuando nos quedábamos solos, te enervabas. Tendrías que haberme visto cuando llamaba a mi amiga Mila para gritarle que había estado con-ti-go-a-solas. Saboreaba una y otra vez ese instante con mucho cuidado para no desgastarlo. Luego me sentaba en mi mesa arañada y escribía en el diario. Ahora me encantarían tener esas impresiones. Qué arrebatada es la pasión. Me arrepiento de haberte deshojado.

El hombre que organiza la entrada a la azotea de la Catedral no es especialmente simpático y lo comentamos. Supongo que echa de menos tener una ventana y ver el sol. Trabaja desde la quietud pétrea del templo y eso un día está bien, pero, ¿la vida entera?

Entramos en el ascensor con unos padres con un carrito y una hija. Nos miran como si fuésemos la imagen de ellos hace algunos años. De hecho, lo comentan en francés y tú los entiendes y me lo dices cuando salimos. Te hace gracia, pero a mí ninguna. Me doy cuenta de que todavía me gustas y de que si me dijese que te gusto también, sería capaz de renunciar a mis planes en África.

Subimos una escalera de andamios y entonces nos corretea un viento agradable que no sopla a ras de asfalto. Me sujeto la falda para que no se levante por encima de la cintura y llegamos a las pasarelas que han tendido sobre el techo del templo. Desde allí, Barcelona se extiende como una ola. Nos acercamos al borde. Se ven balcones y áticos inundados de flores, pequeños cenáculos revestidos de plantas trepadoras. El sol ha vaciado las terrazas, pero se escuchan risas y fragmentos de conversaciones. La ciudad está henchida y flotando sobre el mar. Así me lo parece desde lo alto.

Te apoyas en la baranda, que no quema todavía, y admiro tu perfil serio. Todavía me cuesta creer que pueda extender un dedo y hundirlo en tu piel. No lo hago, pero lo imagino. Nunca habíamos estado tan cerca y tan libres. Años atrás, cuando yo te amaba, tú te escabullías. Ahora no es así. Ahora me dejas mirarte y te giras y sonríes.

Barcelona está bendecida por la luz del Mediterráneo, que es una luz que hechiza. Cuántos artistas han cantado, pintado y escrito sobre ella. Cierro los ojos para que me llene a través de los párpados y experimento su algarabía.

—Cuando era niño —dices— subí aquí una vez. Fue antes de la

mudanza. Vinimos de vacaciones y mi padre tenía mucho interés por ver las gárgolas. Por lo visto hay una de un elefante con un palanquín en el lomo y cuenta la leyenda que el mundo se hundirá el día que se le quiebre la trompa.

—¿De verdad?

—Eso dicen, pero ya se le ha roto dos veces.

Me quedo callada y miro las gaviotas que planean. Entonces vuelves a hablar:

—La verdad es que recordaba este lugar más grande.

El recorrido está cercado, pero no me parece pequeño. Paseamos por el cielo de Barcelona para ver las calles de los costados. Hay un murete y unos bancos de piedra y nos sentamos. Me preguntas por qué África si nunca he salido de Barcelona y no sé qué contestar. Supongo que me ha parecido suficientemente lejos para que no me enganche la tentación de regresar apenas llegue. Es cierto que nunca he salido y que no habría pensado en hacerlo si no me hubiesen dejado plantada el día de mi boda. Te cuento ese episodio porque estamos abiertos en tajo y porque pienso que no me puede hacer mal confiártelo a ti, que eres antiguo en mi historia. La noticia te sorprende.

—Ostras, qué dices. ¿Estás bien?

—Sí que lo estoy —pero aparto la mirada para no caer en la tuya.

Fue humillante. Marc me envió un mensaje cuando me encontraba en el coche engarzada al brazo de mi madre, a punto de salir para atravesar el último tramo hasta la iglesia, pero yo no tenía el teléfono encima. Debí escaquearse por la sacristía cuando yo ponía el pie en la puerta. Escuché el revuelo, pero no adiviné el motivo hasta que me planté en el centro del pasillo y descubrí que no había nadie esperando en el altar. Bueno, estaba el cura, patidifuso, pero no estaba Marc. Los invitados lloraban en un silencio sepulcral, todos conteniendo la respiración mientras la marcha nupcial continuaba su curso ajena a los acontecimientos. Fue la madre de Marc quien se acercó y se me echó encima con unos lagrimones que me dejaron negra la tela del hombro izquierdo. Al comprenderlo, me temblaron las piernas, pero pude dar la vuelta y regresar al coche y sentarme con la cola del vestido arrugada sobre el regazo. Mi madre se encargó de arrastrarme fuera de aquella vergüenza. Creo que alguna amiga me quitó el ramo y que la cola, descuidada, se llevó por delante adornos y astillas de los bancos. No recuerdo nada más. Debí de pasar el día llorando en la cama que habría sido la de nuestra noche de bodas. Marc nunca volvió a coger el teléfono ni contestó a los mensajes.

Aprieto los labios cuando tiemblan y tú te sientas a mi lado.

—Por eso te vas a África —insiste.

Y yo insisto también:

—De verdad que estoy bien. Ya pasó.

Me levanto y pregunto si continuamos el paseo, ya por las calles laberínticas del barrio gótico de la ciudad. Tú estás como ausente cuando me sigues y ya no te adelantas, sino que te dejas llevar. El recuerdo de Marc todavía nos acompaña unos metros, hasta que pasamos junto a una cerería que me fascina y me pego al escaparate con las palmas abiertas. Es una tienda que perdura desde el año mil setecientos sesenta y uno. Los mostradores rodean un espacio central y tiene un ambiente de elegante decadencia. Cada vez que se abre la puerta, escapa un perfume distinto. Olfateo el aire y digo: *limoncillo y violeta*. Pones cara de circunstancia y dices que no te gustan las velas. Me vuelvo con indignación.

—¿Cómo que no?

Te obligo a cerrar los ojos y te susurro. *Visualiza una noche de invierno y una bañera crepitante de espuma. Ese sonido ligero y abrupto de miles de pompas de jabón riéndose. Y en el aire, un olor a sales, a vainilla suave o a canela. Imagínate cómo se te relajan los músculos uno a uno. La piel mojada palpita por el fuego.*

—Las velas cuentan historias —defiendo—. Tendrías que darles una segunda oportunidad.

Cuando vuelves a mirarme, noto un cambio sutil en tus pupilas. Tienes una llama en el fondo y el rictus rígido. Me atrevo a acariciarte la cara, pero enseguida recupero el paso y te quedas rezagado. Tengo el corazón golpeándome en las sienes.

—Oye, Juan. ¿Qué cosas te gustan?

Nos hemos detenido en el semáforo. Me he dado cuenta de que no sé nada de tu “yo” de ahora.

Carraspeas y piensas.

—Bueno, la música. Me gusta mucho la música.

—¿Qué tipo de música?

—Hace poco fui a un concierto de *Mumford & Sons*.

—¿Y qué más?

—El deporte.

—Eras muy buen nadador.

—Sigo nadando, aunque no tanto como antes. Todos los fines de semana voy al mar. ¿Y a ti qué cosas te gustan?

—Me gusta leer.

—Siempre te ha gustado. ¿Algo que no sepa?

—No sabes muchas cosas de mí. No vayas de listo.

—Pues dime más.

—Me gusta detener el tiempo.

La vida está pasando por nosotros. Cada segundo es un intercambio con la muerte. La alimentamos y, aunque lo sabemos, lo olvidamos deliberadamente. Quizá ese olvido es lo único que nos permite seguir avanzando.

—¿Cómo se detiene el tiempo?

—Mirando a los ojos. O escribiendo.

Sopesas la respuesta y luego dices:

—Ayer me preguntaron si tenía hijos.

—¿Hijos?

—Sí, me lo ha recordado eso de detener el tiempo. No sé cómo te funciona a ti, pero a mí me parece que es inevitable que pasen los años. Los segundos están disparados. Ya ves que ya me hacen un hombre mayor.

—¿Y no te puso nervioso la pregunta?

—No, para nada. Me gustaría tener una hija, ¿recuerdas?

—Ah, sí, tu hija.

—¿Te sorprende?

Me sorprende imaginarte con un retoño en brazos. Seguro que sería un bebé precioso y que serías un gran padre, pero no dejaría de ser una criatura pequeña, arrugada y llorona y no dejarías de ser tú. Por un momento, me asalta la imprudencia de preguntarte si te quieres casar conmigo.

—Podríamos tener una hija —añado.

Quizá nunca hemos iniciado una historia en ese sentido porque no hemos sido valientes. Debería haberme confesado cuando me llegó aquel mensaje de despedida. Podríamos haberlo hablado, pero no lo hicimos.

Te ríes fuerte y me dices que no sería mala idea que nos casásemos, pero que si me voy a África, vamos a contrarreloj. No sé si lo dices en serio o no, así que le resto importancia y propongo visitar algún museo o una de las casas de Gaudí.

—Empecemos por Picasso —propones.

Sacas el móvil del bolsillo, pero te detengo.

—Sin mapas. Encontrémoslo sin mapas.

La propuesta te divierte.

Resulta fascinante perderse por las calles y nos damos cuenta de que nos estamos atreviendo a hacer todo para lo que nunca hay tiempo. Hemos creado un espacio propio, un tiempo propio, y ni Barcelona es la de siempre ni lo somos nosotros. Decidimos seguir a un grupo de japoneses, convencidos de que se dirigen hacia el mismo destino, pero se detienen en cada esquina para sacar fotos y cambiamos de idea. Entramos en una farmacia para que nos orienten, pero nos embauca el local y nos detenemos en el centro de su planta redondeada para contemplarlo. Las paredes están revestidas de estanterías altas de madera con probetas, frascos, morteros y albarelos.

Doy vueltas sobre mí misma para abarcarla entera. Tengo la sensación de que hemos retrocedido al siglo pasado. Tú también miras

boquiabierto el techo blanco y amarillo y me señalas un anuncio del siglo XX que continúa pintado en un trozo de pared. Hay una mampara de cristal resguardando la caja registradora, que también es antigua.

—Buenos días.

Una mujer de pelo corto y caderas anchas asoma con una sonrisa muy blanca.

—Estamos buscando el Museo Picasso —indico casi en una disculpa—. Sabemos que está por aquí cerca, pero no terminamos de dar con él.

—Está en aquella dirección —dice extendiendo un brazo—. Lo mejor es que salgáis hacia la vía Layetana y luego giréis a la izquierda, o bien que bajéis un poco por allí, hasta la capilla de San Marcos, y luego vayáis hacia la derecha, hasta la calle Princesa.

—¿No se podría acortar por el callejón?

La farmacéutica tuerce el gesto.

—Como poder, se puede, pero no os lo recomiendo. Por ahí, a veces, esperan los ladronzuelos.

—Tienes una farmacia preciosa, por cierto —digo yo.

No puedo evitarlo.

La mujer responde ilusionada:

—Es muy bonita, ¿verdad? Y tiene mucha historia.

En ese momento, aparece un hombre de la rebotica. No viste bata, pero nos ha escuchado y quiere intervenir; lo hace de zambullida.

—Hay documentación que prueba que existe desde mil ochocientos cincuenta y cuatro, pero es probable que el local fuera anterior, de mil seiscientos y pico —informa.

—¿De mil seiscientos?

—Y, en el interior, tenemos un trozo de construcción medieval.

—¿Podemos verlo? —preguntas.

Te miro con las cejas enarcadas y tú te encoges de hombros.

El hombre dice que por supuesto y le seguimos a la trastienda, donde se amontonan todas las cajas con los pedidos. Atravesamos un pasillo sinuoso hasta la zona de trabajo, donde señala un arco de medio punto de piedra, que bien podría ser la puerta de entrada de un edificio.

—Está muy bien conservado —comento.

—¿Verdad que sí? Estoy intentando descubrir qué era y por qué está ahí —dice el hombre con orgullo.

Regresamos a la zona de venta y el hombre nos tiende la mano. Se presenta como el marido de la licenciada y a continuación nos cuenta que la farmacia se conserva tan bien porque ha pertenecido únicamente a dos sagas familiares de farmacéuticos. Nos muestra la madera original y los ventanales. Tiene una decoración modernista y

sus colores son principalmente marrón y ocre. En la entrada hay una placa donde el Ayuntamiento reconoce su antigüedad. El hombre nos explica que es historiador y a ti te relampaguean los ojos.

—Él también —exclamo señalándote.

—¡Vaya! Por eso os interesan estos temas.

—No es cualquier historia —replicas.

—Cierto, pero la gente no se molesta en saber. No nos preguntan mucho, no creas. No hay muchas personas como vosotros —hace una pausa mientras masticamos sus palabras—. ¿De dónde sois?

No sé qué responder, porque yo me voy a África y porque tú ya no vivías aquí, pero dices que de Barcelona. Respondes como si nuestra vida continuase ligada y el corazón me pellizca. A los ojos del historiador, quizá somos una pareja. Parece que lo entiende así por cómo nos incluye en el plural. Él cuenta que su esposa es de Cuba y una emprendedora nata. Se nota que la quiere mucho, porque habla empapado de ternura.

—Cuida mucho de la gente —prosigue—. Pienso que algún día tendrían que contar su historia. Es una valiente, en todos los sentidos.

Y es cierto: tendrían que contar su historia y la de su farmacia, porque en ellas hay una vida que late suave y cálida.

Cuando nos despedimos y continuamos calle abajo, hemos olvidado las indicaciones, así que improvisamos. Zigzagueamos por calles transitadas. Dices que me encanta hablar con desconocidos y yo replico que por eso he aceptado tu cita. Te hace gracia y me hincas el codo en el costado. Entonces pasamos junto a un joven con trenzas que te levanta el brazo sentado en un trozo de cartón y grita:

—¡Modernízate!

Parpadeas repetidamente y me miras preocupado.

—¿No soy moderno?

Me río.

—Serán tus alpargatas.

Para cuando encontramos el museo, tenemos un hambre atroz, así que posponemos la visita y desandamos el camino hasta un restaurante donde ya has comido y queda cerca. Pedimos mesa para dos y nos llevan a una zona iluminada. Nos atienden rápido. Mientras preparan los platos, te pido que me cuentes un disparate.

—El mayor disparate que hayas cometido —preciso.

Piensas.

—No recuerdo ninguno.

—¡Vamos! Eso no puede ser.

—No soy bueno para estas cosas.

Entrecierro los ojos sin creerte.

—Cuéntame uno tú —propones.

Pero yo me cruzo de brazos.

—Tampoco recuerdo ninguno.

—¡No seas así!

—Se me han olvidado todos.

—¡Oye! —ahora eres tú quien enlaza los brazos—. Está bien, deja que haga memoria a ver qué puedo contarte...

No dejo de mirarte fijamente mientras gesticulas y me cuentas cómo hiciste un viaje larguísimo con desconocidos y condujiste dos días sin dormir. Acepto que es una maldita locura y te pregunto si fue por amor. Dices que sí. Vaya. Escuece. Más aún cuando añades:

—Los años que pasé en Latinoamérica también fueron un poco locos. Recorrí Bolivia, Perú y Paraguay. Me enamoré tan profundamente que a veces me parece haberlo inventado todo.

Nos traen dos hamburguesas.

—Te toca a ti —dices antes de dar el primer bocado.

Pero ya no me apetece seguir el camino. No soy capaz de contar mi locura, porque ya no tiene sentido. ¿Cómo voy a confesarte que viajé hasta Inglaterra para buscarte?, que lo intenté dos veranos seguidos sin lograrlo. Tenía tu dirección, pero nunca estabas en casa y no me atreví a preguntar a tus padres. Habría sido bochornoso que me mandases de vuelta sin un solo beso.

—Si me das tu dirección, te escribo mi disparate —propuse.

—No, cuéntamela ahora. No me puedes dejar así.

—Te lo escribiré por carta.

—¿Y al móvil?

—No, nada de móviles —dije—. Es como lo de encontrar un lugar sin la ayuda del teléfono. Con un móvil es más rápido, pero pierde el encanto.

—Está bien, pero dame una pista.

—Tiene que ver contigo.

—¿Conmigo? ¡Ahora me lo tienes que decir!

—Ni hablar. Si lo quieres saber...

Te pasé un tique del revés y un bolígrafo y anotaste tu dirección y aquí estoy escribiéndote la prometida carta con toda sinceridad, aunque no soportaré saber que lo que siempre he querido interpretar como señales solo han sido coincidencias.

Cuando tenía quince años, me enamoré de ti y tu mejor amigo, de mí. Creo que él te decía que quería una oportunidad y tú te mantuviste al margen. Él era muy inteligente y movía mejor las fichas. ¿Verdad que fue eso lo que pasó? Recuerdo que en la asignatura de Lengua y Literatura nos propusieron escribir una redacción sobre un compañero de clase. Había una única norma, para sumarle dificultad: la descripción debía ser sobre una persona del sexo opuesto. Tu amigo no tardó en proponerme una redacción cruzada y yo, que te miré de reojo, acepté. Me daba mucha curiosidad saber con quién te habías

enlazado tú, pero como todavía no teníamos confianza, no pregunté. Tu amigo organizó un par de citas para conocernos, porque él también era nuevo: un día quedamos en la cafetería que había frente al instituto y otro, en el parque. Le pregunté por él, naturalmente, pero también por ti. Eso le incomodó. Creo que siempre supo que eras tú quien me gustaba y por eso se te adelantó. El día en que entregamos la redacción yo no dejaba de mirarte. Quería saber sobre qué compañera recaían tus ojos para adivinar con quién habías intimado, pero estabas solo al final de la clase y no parecía interesarte ninguna otra cosa que el libro en que estabas inmerso. Algunas semanas después la profesora pidió que nos acercásemos a la mesa para entregarnos las redacciones. Hicimos una cadena. Ella leía el autor y yo pasaba el folio hacia atrás. Entonces dijo con un chorro de voz potente: *Juan*, y me entregó tu hoja. El corazón me dio un vuelco cuando leí que, entre todas y sin decírmelo, me habías elegido a mí.

Macarena es menuda. Tiene el pelo cobrizo y los ojos castaños. Le encanta leer. Tiene un cuaderno rojo donde escribe sobre lo que ve, lo que siente y lo que le gusta.

No alcancé a leer más, porque tu brazo se estiró y me la arrebataste. Tenías las mejillas salpicadas de manchas rosadas y no te atrevías a mirarme.

Frente a este nuevo tú, pienso en recordártelo, pero termino por morderme la lengua. Terminamos las hamburguesas y pedimos la cuenta. Ya sabemos cómo volver al Museo Picasso, así que nos dirigimos hacia allí. Hay una cola razonable y la hacemos en silencio. Dentro, me embarga la sensación de que el arte es superior a todo. Siempre he pensado que el arte es asomarse al alma del otro para compartir sus miedos, sueños y romances. Allí dentro, entre las pinturas de infancia y juventud de Picasso, entiendo adónde quería ir a parar con el cubismo. Fue como una revelación de algo demasiado evidente —pero a veces no vemos lo evidente, como tú no te das cuenta de que me sigues gustando—: Picasso estaba jugando al escondite. Así que cuando veo el cuadro de una flor de pétalos rojos en un bote azul dentro de una habitación también azul pienso que aquella noche Pablo tuvo un flechazo. Te lo digo, pero a ti no te lo parece. De hecho, te revuelves y entonces me sueltas:

—Estoy saliendo con una chica y parece que va en serio —dices dirigiéndote hacia una representación geométrica y colorida de las Meninas.

Me quedo cortada.

—Ah.

—El problema es que viaja mucho y a veces eso me provoca cierta inseguridad.

¿Por qué ahora? ¿Por qué de pronto?

—Supongo que eso es lo que tiene el amor —digo por evitar el silencio—. Que no es solo enamorarse, sino que también hay un punto de voluntad, de querer quererse para construir juntos.

—Y eso es lo bonito, ¿no?

—Sí, puede ser.

—Yo nunca había construido de este modo —dices—. Las veces de antes, cuando me enamoraba, solo pensaba en el presente. Ahora siento una efervescencia aquí en el pecho, una especie de miedo.

Te miro con cariño. No te das cuenta, pero tengo la impresión de que el corazón me trepa hasta las pestañas y suspira.

—Por cierto, ¿dejaste de escribir en el periódico? —preguntas.

—Sí, ¿cómo lo sabes? Los turnos en el trabajo me volvían loca. Estaba cansada y al final me dejaban de fluir las ideas.

—Era adicto a tu columna.

—¿En serio?

Jamás —pero subrayado y en mayúsculas— habría imaginado que me leías. Me cuesta, de hecho, proyectarte delante de mis letras y entrando en mis universos.

—Es una lástima que lo hayas dejado. Desde entonces, ya no compro el periódico.

—Alguna vez escribí de ti.

Te lo confieso con una naturalidad que a mí misma me asombra. Supongo que no tengo nada que perder, pero por un segundo temo tu reacción, que te marches de allí inmediatamente, sin embargo descubro que tienes la sonrisa más grande que te he visto. Sacas el móvil del bolsillo y tecleas la cabecera del diario donde solía publicar. Te sale una lista de artículos a mi nombre.

—¿Cómo se llama?

—¿La columna?

—La que escribiste sobre mí —me muestras la pantalla—. ¿Es alguna de estas?

—No te lo voy a decir.

—¿Cómo? Ostras, esto no se hace. Es poner la miel en los labios.

Tienes toda la razón, pero no te lo puedo decir. Si lo descubrieses, podría partirme un rayo. Niego con la cabeza y me defiendo:

—A cambio, te voy a escribir una carta con el mayor disparate que he cometido por el momento y créeme que vas a quedarte alucinado. Además, tú también escribiste sobre mí y nunca me diste a leer el texto —me defiendo, ya incontenible—. En Lengua, el primer año que llegaste al instituto, a comienzo de curso, nos mandaron escribir una redacción sobre una compañera o compañero de clase.

—¿Sí?

—Sí. Tú escribiste sobre mí, pero no me lo enseñaste.

—Y me pillaste.

—¿De verdad no te acuerdas? Empecé a repartir los perfiles corregidos y, al pasarte el tuyo, vi mi nombre. Y tú no me habías dicho nada.

Te llevas la mano a la boca con verdadera afectación.

—No.

—Créeme que me avergonzó tanto como a ti.

Frunces el ceño y te rascas la barbilla.

—Qué pena que no guardase esa redacción.

Por si acaso, consultas el móvil e indagas en tu archivo digital, pero no hay nada de aquella época. ¿Cómo iba a haber? Internet creció con nosotros. Lo curioso es que empiezo a conocerte quince años después de conocerte. Parece que me lees el pensamiento.

—Es que casi no hemos hablado, Macarena.

Me miras fijamente y, aunque en ese lapso solo existimos los dos, presentimos que a nuestro alrededor el murmullo sigue girando.

—Recuerdo que a Paul le gustabas. Me lo decía a menudo. No hablaba de otra cosa. Incluso cuando íbamos a nadar. Todo el rato, cada vez que sacábamos la cabeza para respirar, lo comentaba.

—Pero a mí no me gustaba él.

—Él decía que sí.

Claro. ¿Qué iba a decir? Sabía que tú eras su competidor.

Se me empapan los ojos y, al apartarlos, se desvanece esa intimidad que hemos rozado. Siento que hemos estado cerca de ponerle palabras a lo que nos ha preocupado siempre. Lo que, al menos, me ha preocupado a mí.

Cuando salimos del museo, hace un sol plomizo y una humedad que se adhiere a la piel y a la ropa. La calle vibra y tengo la sensación de renacer transformada. Me ensordece la risa de Barcelona y me ciega su delicada luz en los ventanales de La Rambla. La tarde se extiende serena y enumero todos los rincones que nos quedan por visitar. Siento asfixia: porque me voy, porque tú y yo no somos reales, porque hemos perdido años irre recuperables, porque somos dos océanos con corrientes que no se mezclan. Todavía no puedo creer este regalo, el de un día contigo, los dos solos, y aunque ya no salto ni grito henchida de ilusión, guardaré como un tesoro cada uno de esos minutos. Nunca había sentido tanta urgencia por inmortalizar el tiempo.

Nuestros brazos están cerca y en alguna ocasión, se rozan.

—¿Tienes todo listo para África?

—Casi todo.

El último tramo lo recorremos en silencio. ¿Cambiaría de opinión si me pidieses que me quedase? Supongo que no, pero también puede ser que sí, que sin dudarlo; eso no se sabe hasta que ocurre.

—Oye —dices a la altura de la Casa Batlló—, ¿volveremos a

vernos?

Miento:

—Por supuesto.

Pero, ¿y si la próxima vez, dentro de otros trece años, tienes una hija preciosa y no quieres que paseemos solos? Ya nunca más seremos tú y yo. Seremos tres o cuatro o cinco o seis, pero nunca más nosotros.

Regresamos al punto de partida, pero ahora la Plaza de Cataluña está muy transitada y tenemos que apartarnos para que no nos arrastren. Nos quedamos frente a un local con la persiana echada y nos miramos con ojos titubeantes.

—Bueno, espero que lo hayas pasado bien —dices.

—Ha sido una cita muy agradable.

Te ríes. Una cita, qué osada.

—No te olvides de mi carta, ¿eh? —recuerdas.

—Prometido.

—Y añade la columna.

—No, eso es innegociable.

De todas formas, sales ganando.

Esta vez no me rozas al inclinarte para dejarme dos besos y quiero pensar que no lo haces para no arder, porque yo ardo.

Estimada Macarena:

Soy el vecino del 52, un hombre ya mayor y con poca vista, así que ruego una disculpa de antemano por si no atino con alguna letra, lo cual es bastante posible, porque ya perdí la costumbre de repasar la correspondencia. Cuando era joven, era otra cosa, porque se trataba del único modo de mantener el contacto con la que era mi novia, que luego fue mi mujer, porque vivíamos en ciudades distintas: ella era de Tarragona y yo de aquí de toda la vida. Nos conocimos en una cena y nos gustamos desde ese mismo día. Montse era reservada y discreta y muy inteligente, pero yo no era tan inteligente a pesar de que decían que tenía buena conversación. Con todo, le propuse iniciar una correspondencia, porque ella tenía interés en conocer Barcelona y le ofrecí describírsela con esmero. En total, nos escribimos trescientas sesenta y cinco cartas. Suena a cliché, pero es cierto. Trescientas sesenta y cinco cartas, aunque no todas en un año. Y después, nos casamos y se vino a vivir a aquí, a esta casa en el edificio de número 52. En este hogar fuimos muy felices y tuvimos seis hijos, que crecieron y se marcharon. Los tenemos a todos repartidos por España y por el mundo. Solo una hija se ha quedado en Barcelona, aunque no la veo tanto como quisiera. No puedo culparla. Sé que la vida hoy en día es complicada. Viene una vez al mes, porque anda muy atareada.

Lo cierto es que desde que falleció mi mujer me siento tremendamente solo. La quería tanto que aún no puedo creer que ya no esté y sigo hablando con su sillón, su lado de la cama y su silla en la mesa del comedor. Soy capaz de verla, tan bien dispuesta siempre, con esa calma que la acompañaba allá adonde fuera. Por las mañanas siempre se despertaba antes y hacía el desayuno de los dos y luego poníamos la radio, pero solo la escuchábamos unos minutos, porque nos daba la impresión de que el mundo se volvía loco y preferíamos hablar de cosas mundanas: de lecturas, de la familia, de visitas, de recados pendientes. Aún siento, cuando asoma el sol, cómo se despereza y cómo se levanta de la cama, se ciñe su bata rosa y se encamina a preparar las tostadas de ajo, aceite y sal. Mi hija dice que si continuó así, llamará al psiquiatra y me parece bien mientras no me de ninguna pastilla que me haga dejar de hablarle. Sé que Montse sigue conmigo. Está aquí dentro y la abrazo, pero hay momentos en que desearía poder estrecharla también aquí fuera. Sé que soy un afortunado por haber disfrutado de un amor así, tan profundo, tan grande, pero la añoro tanto que a veces desearía arrancarme la vida.

Te preguntarás, estimada Macarena, por qué un desconocido te

cuenta todo esto, y es que me siento en deuda, porque tu carta llegó a mis manos y después de mucha duda, la leí. No pretendía inmiscuirme en tu intimidad, pero las primeras frases me engancharon y no pude despegarme hasta el final (y eso que tengo una vista pobre). Siento muchísimo que la carta no haya llegado a buen puerto, pero es que la descubrí en el buzón el mismo día en que se cumplían dos años del fallecimiento de mi esposa y pensé que era una señal. Yo creo en esas cosas aunque me digan que es una tontería.

Estimada, lo siento de veras. Lamento devolverte el sobre abierto. No es la primera carta extraviada que recibo, pero las demás son revistas y suscripciones y no tienen ningún interés comparable.

Te preguntarás, de todas formas, por qué tengo yo el sobre y por qué no se lo di a Juan y es que Juan no vive en este edificio. Conozco a los vecinos y ninguno se llama Juan. Hay un Joan, pero tiene once años y no me da la impresión de que sea el destinatario. Supongo que el Juan al que escribes se debió de equivocar al anotar la dirección. Es lo único que se me ocurre.

Soy consciente de que no debería haber leído una historia ajena, pero me consuelo pensando que de otro modo tampoco sabrías nunca por qué Juan no te respondió. Si pensases que todo está bien y no recibes una respuesta, quizá podría parecer que él no compartió tu confesión y no sería justo. Por eso, me siento con el deber de informarte de que Juan no sabe nada. Aún así, permíteme que añada algo... No sé si Juan será capaz de contestar (en caso de que consigas su dirección correcta y que la siguiente carta no se extravíe), porque no es fácil hacer una declaración de amor, pero tampoco responderla.

En fin, disculpa que me meta en la historia. Quizá Juan ni siquiera existe y quizá todo esto es una columna larga que enviarás a alguna editorial o a un periódico por fascículos. Espero que no te importe que me haya apuntado tu nombre en mi libreta (yo también tengo un cuaderno de pensamientos); lo he hecho para reconocerte cuando te expongan en alguna librería o en algún quiosco. No dudo en que serás una excelente enfermera, pero espero que no abandones la escritura. Te compraré, porque me interesa, pero también como disculpa por haber leído unas letras que no iban dirigidas a mí.

Te envío de vuelta la carta entera, aunque es posible que para cuando llegue a tu buzón, ya estés en África. Mi esposa y yo siempre soñamos con viajar a África y ver de cerca las jirafas, los elefantes, los leones... Siempre nos ha gustado mucho la naturaleza. Te deseo lo mejor en la nueva etapa y me permito un consejo: apasionáte. Así es como yo paro el tiempo. Montse y yo vivimos tan intensamente que por muchos días que pasen, seguiremos volando juntos.

Atentamente,

El vecino del número 52.

2023

Querido Juan: ¡feliz treinta cumpleaños! Creo que, si no me siento a escribirte ahora aprovechando esta fecha señalada, no lo haré nunca, así que... ¡muchas felicidades!

Desde la última vez que nos vimos, pienso a menudo en ti. Me he enfadado, me he sentido culpable, me he enfurecido conmigo, me he avergonzado... No sé qué mosca me picó para que me sincerase de aquel modo. De hecho, a veces creo que ni siquiera me confesé, sino que liberé a la imaginación y a la poesía y se me descontrolaron. Dicen que no hay que creer mucho a los artistas, porque antes sacrificarían la verdad que la belleza. Siento si te molestó la revelación, o el modo apasionado en que la expuse. No tenía la intención de asustarte, sino de reconciliarme con nuestra ausencia. Lo cierto es que, cuando te marchaste, fue la primera vez que perdí a alguien a quien quería y he arrastrado ese sentimiento hasta hoy. ¿Podrás perdonarme y aceptarme nuevamente como amiga? Olvida todo lo que dije. Si me lo permites, te acompañaré en los éxitos y me alegraré sinceramente cuando te cases y tengas una hija, o un hijo, que eso nunca se sabe.

Este último año han pasado tantas cosas que no sé por dónde empezar a contarte. África me ha atravesado con una fuerza insospechada. Cuando llegué, me sentí terriblemente perdida y lo cierto es que todavía necesito un anclaje. Por eso me atrevo a disculparme y a suplicar que aceptes mis cartas desde África. Aquí todo ocurre distinto y todavía hay veces en que no entiendo nada. Necesito comprender este ritmo, este tiempo, o me engullirá y un día amaneceré con cientos de años. He descubierto que lo que consideraba inmutable no lo es y que el mundo está tan vivo que en un solo segundo puede acontecer toda una vida.

Me encuentro en Nairobi, la tumultuosa capital de Kenia, adonde llegué una madrugada con una maleta y mucho optimismo. Venía convencida de que encontraría el sentido a mi existencia y, sin embargo, un año después me hallo todavía más lejos que aquel punto.

Salí del aeropuerto directa a un enjambre de conductores que sacudían carteles y en el que ninguno figuraba yo y los traspasé mientras trataba de localizar al conductor que me habían asignado desde la agencia. No me habían dado ninguna referencia, así que parecía una gacela en tensión, con los ojos rojos pero despiertos y los puños aferrados al equipaje. Entonces, después de más de quince minutos, un joven con gorro de lana dijo Macarena. Me guió hasta una marquesina de autobús y volvió a marcharse. Cerca de media hora después, cuando ya apenas salía nadie, reapareció con otros tres pasajeros. El muchacho del gorro leyó una lista mientras alzábamos las manos y luego hizo una llamada telefónica y llegó un todoterreno.

Gesticuló para que guardásemos las maletas y nos acució para que ocupásemos los asientos. Y aquí detengo brevemente la narración, porque sucedió algo inesperado; algo que no me había sucedido nunca.

Un joven que iba delante me miró y se hizo a un lado.

—Por favor —dijo señalándome la puerta.

Y me aturullé.

Fue su voz ronca.

Fue su mirada larga y certera.

Fue la sencillez de un gesto.

Fue la seguridad de su mano extendida.

Me aparté y le dije *no, por favor, tú primero*, y entonces fue su sonrisa resplandeciente.

El guía golpeó el lateral del coche y nos reímos y subimos a toda velocidad, como si nos acechase el peligro. Desparecimos en una noche cerrada.

Recuerdo que aquel chico se sentó detrás y que pasé todo el camino deseando girarme para preguntarle su nombre. Nunca he sentido una conexión tan inmediata con un desconocido. Como verás, han pasado muchas cosas en doce meses.

Aquella noche nos bajaron en hoteles diferentes. En el mío, el último, nos revisaron los bajos del vehículo y dispusieron mis maletas en una cinta para detectar armas. El guía del gorro dijo que al día siguiente vendría otra persona a recogerme y me quedé sola en la recepción, delante de una mujer con los labios fruncidos y un hombre que cargó el equipaje hasta la habitación y al que no pude darle propina porque llevaba los billetes escondidos en el sujetador.

Desperté apenas tres horas después con la garganta seca, de lo fuerte que estaba el aire acondicionado, y desayuné con un dolor de cabeza insoportable. Luego bajé con el equipaje y conocí al conductor, al que ya sería mi conductor por excelencia, quien me llevó a un edificio residencial más austero, donde también había apostados hombres de seguridad en la puerta.

No imaginas cuánto echo de menos tener un rincón reposado y mágico, un rinconcito como mi buhardilla, que ahora se me asemeja como el paraíso de Borges. ¿Dónde quedaron mis libros, el silencio sostenido de las letras, las miles de vidas que gritan sin voz desde las páginas apretadas? Para el viaje solamente empaqué tres novelas y ya me las he leído cada una un par de veces. Cuando me sienta capaz de desprenderme de ellas, las intercambiaré con algún otro extranjero ávido de nuevas lecturas.

La habitación desde la que te escribo es pequeña y tiene el suelo de moqueta y las paredes pintadas de amarillo y recorridas por un papel de líneas blancas y rojas. Hay una ventana muy grande por la que se

desparrama el sol hasta de la tarde, pero siempre tengo el cristal cerrado, porque si no, me comerían los mosquitos. Después de la primera semana enclaustrada (no literalmente, sino por falta de ventilación), abrí durante media hora y se colaron bichos tan grandes como mi mano. Me asusté tanto que enchufé todas las pastillas con veneno de las que disponía y me envolví en una sábana a pesar del calor. Desde entonces, ceno perlas de ajo para que el olor de mi piel les resulte insoportable. Me las recomendó una amiga y, aunque las eché en la maleta con escepticismo, han resultado mi salvación.

Los moquitos se cuelan por cualquier resquicio. Tendrías que haber visto el coche que me recogió el primer día para llevarme al hospital donde trabajo. Me pasé todo el trayecto dando palmadas y golpes y las ventanas han quedado salpicadas de cadáveres. Cuando se lo advertí al conductor, se rio a pleno pulmón y dijo que bienvenida a África. Él no se embadurna con repelente ni come ajo.

El conductor es un hombre misterioso. Se defiende en castellano, pero sé poco de él, porque por más que pregunto, no responde a las cuestiones personales. Lleva un año dándome largas. A veces hace como que no entiende, pero me ha concedido tres datos generales: que tiene dos hijos pequeños, que trabaja largas temporadas lejos de casa y que su familia vive a las afueras de la capital. Cuando conduce, no habla, y eso me inspira confianza, porque no sabes lo anárquicas que son estas carreteras. Están atravesadas por multitudes que sostienen la mirada y no se apartan y los vehículos zigzaguean y adelantan con temeridad. Se colocan en el carril contrario hasta que faltan unos segundos para la colisión letal y entonces se hacen a un lado y desvían la trayectoria de quien quiera que se encuentre en su costado izquierdo. Las motocicletas son como los mosquitos. Las estampan, las arrastran fuera del asfalto, directamente las relegan a los caminos de tierra. En horas punta, en las carreteras principales se forma una hilera de vehículos interminable y los atascos pueden durar la mañana entera. Por eso, el conductor me recoge temprano, antes incluso de que amanezca. La idea es que pronto pueda mudarme a un edificio más próximo al hospital, pero cuando llegué, estaban todas las habitaciones alquiladas y me anotaron en la lista de espera.

Estoy residiendo en una zona céntrica, aunque no acostumbro a salir a la calle, porque el conductor se enfada cuando lo hago. El conductor me trata como a una hija pequeña y reconozco que eso me exaspera. Una vez, casi al principio, logré sortearle y correr y perderme y entendí el por qué de su insistencia. De pronto me encontré en el interior de una colmena donde todos los ojos marchaban pendientes de mí. Tuve miedo a que me asaltasen pensando que llevaba dinero. Joyas era evidente que no. No tengo nada de valor: ni anillos, ni colgantes, ni pendientes, ni pulseras. Por

precaución o por paranoia, di una vuelta a la manzana y regresé a la habitación con moqueta. Los de seguridad del edificio torcieron la expresión y me dijeron algo en su idioma, que todavía no entiendo. Tengo un listado de frases comunes y lo empleo siempre que tengo oportunidad, pero es un vocabulario reducido. Este año me he propuesto estudiar más. Quizá me apunto a una academia.

Querido Juan, recordarás que me vine a África porque iban a abrir una unidad y me lo propusieron por mi falta de amarre. Estaba entusiasmada con la idea. Sería un reto: otro sistema sanitario, otras costumbres, otro equipo... Sin embargo, ahora me pesa esa ilusión. Soy el tallo doblado de una flor mustia. No siento que aporte demasiado. Me resultó complicado adaptarme y no domino el inglés como otros compañeros, los cuales, por cierto, parece que se han recorrido el mundo antes de recalar en Nairobi. Todos han realizado voluntariados en países poco desarrollados desde que tienen uso de razón. Están hechos de otra pasta... y yo, claramente, soy mucho más frágil de lo que pensaba. Me sentí muy sola cuando llegué y aún arrastro ese vacío como si fueran cadenas.

¿Querrás quedarte a que te lo cuente? Estoy abrumada y necesito un confidente. Mantener un vínculo me evita la añoranza. No quiero caer en eso. Como aquella vez en Barcelona me preguntaste si volveríamos a vernos y eso no es muy posible aún, te pido con humildad que acojas cariñosamente estas letras.

Espero que estés pasando, o hayas pasado, un feliz cumpleaños. Treinta años es una cifra especial, ¿no te parece? Es como lanzarse a un agua muy fría. Seguro que nos va bien con treinta años. A mí no me queda mucho para sumarme al club.

Barcelona. Septiembre.

Estimada Macarena, le he dado muchas vueltas a si era adecuado o no escribirte, pero al final, aquí estoy, sentado frente a un folio que me da pavor. No sé si esto que estoy haciendo está bien o mal, pero si necesitas un ancla, soy un buen puerto; o eso, al menos, dice Montse. Montse es fascinante. Le gusta mirarme con sus ojos oceánicos y cuando lo hace, sus labios empiezan a estirarse de un modo gradual. La línea crece hasta que el relámpago refulge en sus pupilas. Nunca he visto nada que se le asemeje. Ahora, después de leer tu carta, pienso cómo se vería África en sus ojos. Creo que sería como arrojar una antorcha incombustible al fondo del mar.

Es muy interesante leerte. En realidad, te diré que me he alegrado sobremanera al ver tu sobre en el buzón. No lo esperaba. Para que no te tortures, que sepas que recibí aquella primera carta, aunque resulta evidente que la mía no te alcanzó a tiempo. No voy a ahondar en ella, pero el resumen es que nunca debes bajar la cabeza por confesar una verdad. Además, la vida pasa demasiado rápido como para preocuparnos por estos asuntos. Si sientes algo, lo dices y punto, que un día tenemos treinta años y al otro, de un plumazo, ochenta.

Los treinta son grandiosos. Se viven con más conciencia que los veinte y es el momento de erigir grandes monumentos. Una década sacrificada, sin duda, pero apasionante, y tú tendrás la suerte de estrenarla en Nairobi, ¿no es así? Siempre soñé con viajar hasta allí. ¿Conoces a Jane Goodall? Yo me enamoré del continente del sol por ella. A Montse y a mí nos habría gustado conocerla. Ahora está mayor, pero quién sabe. Montse también admira a Beryl Markham y a Karen Blixen. Las dos escribieron unas memorias muy reveladoras. Se me ocurre que un día puedes animarte y empezar las tuyas. Yo las compraré; eso te lo tengo prometido.

En Barcelona supongo que todo sigue como lo dejaste. La playa empieza a vaciarse de gente, pero igualmente me parece que hay demasiada; tanta como a las puertas de las obras de Gaudí. Fabuloso Gaudí. Hace tiempo me propuse sumergirme en su mundo de azulejos y colores al menos una vez al mes, pero al final terminó siendo una vez al año y ahora, nada.

No sé qué más contarte. La luz sigue llenándolo todo, como te gusta. Ahora que he vuelto a leerte, se me ha ocurrido que la semana que viene podría volver a subir a los tejados de la Catedral para ver el mapa de la ciudad desde su altura. Me deleitó el modo en que describiste Barcelona; tanto que en ocasiones me vuelven esas imágenes que compusiste. Yo nunca logré hacerlo así, aunque creo que muy mal tampoco lo hice.

Por cierto, si así lo quieres, estaré encantado de recibir tus impresiones de África. Todo lo que me cuentes, me interesará. De alguna forma, con tus líneas, me trasladas hasta allí. Será un honor ser tu lector.

Un saludo afectuoso,
El vecino del 52.

Nairobi, septiembre.

Querido, Juan, ¡qué alegría me ha dado recibir tu carta! Te reconozco que llevo más de lo asumible esperando una respuesta. De hecho, siempre pensé que no me respondiste a aquella primera. Necesitaba, para cerrar el círculo, saber que no me retirarás la palabra hasta el fin de los días. Así que cada vez que regresaba al edificio donde me alojo, preguntaba al portero si habían llegado las lechuzas. Le hacía mucha gracia y llegó a decirme si de verdad creía que las cartas llegaban así. El portero es un muchacho muy joven que no se ríe demasiado, así que me pareció buena señal que en esa ocasión lo hiciera y continué la broma. Le dije algo como: “Claro que creo en las lechuzas. Soy de la generación de Harry Potter”. Así que el día en que llegó el correo, me tendió tu sobre mientras movía los brazos como si fuesen alas con plumas. Le di un billete y me dijo que sería un detalle que le diese otro para el ave, que venía muy cansada y había que comprarle comida para que regresase fuerte y sana y pudiera volver en próximas ocasiones. Claro que se lo di, porque me divirtió su ingenio. Me llevé tu carta a la habitación y la leí dos veces.

¡No sabía que tenías una relación tan especial con Montse (no me habías dicho su nombre)! Me ha parecido muy dulce cómo hablas de ella y siguiendo tu consejo de decir las cosas como las pienso, te reconoceré que me alegro mucho. Espero que, a cambio de leerle mis descripciones, me envíes una foto de ella. ¡Quiero conocerla!

No había oído hablar de Jane ni de Beryl, pero me enteraré. A Karen la conozco por la película, pero me apunto el propósito de leer su libro, que seguro que alcanza una profundidad superior. A quien sí leí antes del viaje fue a Bárbara Wood. Me ayudó a situarme un poco y conocer la historia de Kenia, que es bastante reciente y añadiría que dolorosa.

Por cierto, me hace mucha ilusión tener un nodo al otro lado del cielo (por eso de las lechuzas) y te lo agradezco. Hoy, cuando he regresado del trabajo y el portero me ha dado la carta, me he sentido parte de algo. Ha sido como una sacudida. Todavía me parece irreal que te escriba y que me escribas. En parte, es un acontecimiento extraordinario. Hace un año éramos dos conocidos-desconocidos y ahora siento que, aunque sigamos siendo un tanto desconocidos, tenemos un punto al que regresar. Ya que tú hablabas del mar, te diré que es como una ola que rompe y luego se arrastra de vuelta al mar.

Si sientes esa curiosidad por África, ¡tienes que venir! Veníos Montse y tú en las próximas vacaciones. Os enseñaré lo que conozco y haremos un safari fotográfico. A menudo veo los coches —ruedas grandes, cuerpos largos verdes caqui o del color de las dunas— con los

rostros asombrados de los turistas que comienzan la aventura y me carcome una envidia poco sana. Se despiertan muy temprano, como yo, para escapar del tráfico y aprovechar cada minuto en ese recorrido hermético que les mueve. Mi conductor, que ha trabajado también en safaris, dice que son muchas las horas de carretera, que puede haber cinco del tirón en la primera marcha y en la última. Le he dicho que me tiene que llevar a esas tierras de elefantes y ha dicho que lo hará cuando se lo ordenen, que si no, solamente me llevará al hospital. Eso que dijo me dejó intranquila. ¿Has visto ‘El show de Truman’? Me sentí igual de atrapada, como si hubiese una mente superior que dispusiese caprichosamente de mí.

Por otro lado, te contaré que me está resultando difícil lidiar con mi trabajo. Las instalaciones son bastante nuevas y la gente es encantadora, pero mi aportación es limitada. Es cierto que no juega a mi favor el hecho de que llevo un tiempo pensando en cambiar de profesión. Creo que la pandemia me sacudió demasiado fuerte. No he superado aquel horror y por más lejos que escape, no se desvanecen los rostros aterrados ni las lágrimas de quienes vi morir en soledad. Pensé que aquí sería distinto, pero la sensación de asfixia se ha incrementado. Todavía siento el apretón en mi muñeca enguantada y hay noches que me despierto boqueando. Hubo una anciana que en su última noche me dio las gracias por acompañarla, solo por acompañarla, y si he aguantado hasta ahora, ha sido por ella. No sabría decir su nombre, pero jamás podré olvidar su mirada. Cuando flaqueo, recuerdo sus ojos profundos y con qué serenidad habló, y sigo adelante, aunque ahora me doy cuenta de que hay heridas que necesitan un tiempo para sanarse. Lo cierto es que huyo de aquella etapa y huyo de mí. Supongo que me encuentro ante una decisión que no es fácil, pero no la puedo eludir.

Barcelona en septiembre.

Estimada Macarena, entiendo esa sensación. No he hablado con nadie de aquello, pero para mí fue un momento muy oscuro. Perdí a la persona más importante de mi vida del modo más espantoso. No me pude despedir y eso lo cargaré siempre. Además, tuve que creer que su cuerpo era el que estaba dentro de una caja con su nombre entre miles de otras cajas con otros nombres. No me dejaron verla por última vez. Es posible que el tiempo suavice el terror, pero yo tampoco podré olvidarlo. Me ha reconfortado leerte, porque, aunque fue muy duro, quiero pensar que *ella* fue atendida con esa entrega, que *ella* fue esa mujer que te dio las gracias. Podría haber sido, ¿no crees? Siento que mis letras sean tan escuetas en esta ocasión, pero no tengo fuerzas ni ganas para nada más.

Nairobi, octubre.

Lo siento mucho, Juan. Lo siento infinito. Ojalá pudiera darte un abrazo. Entiendo lo que fue. Yo lo viví desde el otro lado, desde el punto intermedio, y me pregunto si me pesará eternamente. Ayer falleció una mujer en urgencias —literalmente se cayó de la silla al suelo— y tuvieron que sacarme del hospital, porque comencé a temblar de un modo descontrolado y estuve a punto de desvanecerme. No es la primera vez que me pasa. Lo he hablado con mi superiora y me ha dicho que apoyará la decisión que tome. Ese episodio ha hecho que las dudas se estiren. Estoy segura de que si no mediasen dos aviones y miles de kilómetros, ya estaría de vuelta en Barcelona. No soy tan fuerte ni tan aventurera como esas mujeres que me mencionaste —Beryl, Karen o Jane—. Yo no sé cómo controlar el miedo para que no me zampe. Vine aquí pensando que mi entrega lo disuadiría, pero constantemente me recuerda que no estoy bien. Así que, ¡quién sabe! Quizá vuelvo a Barcelona antes de lo previsto. Te avisaré en ese caso; así podemos quedar un día y me presentas a Montse. Me has hablado poco de ella. Cuéntame más.

Yo estoy haciendo cuentas y si finalmente dejo el hospital, es muy posible que viaje durante un tiempo. Probablemente en el intento se me vayan todos los ahorros, pero ¿qué te parece? ¿Crees que se me ha ido la cabeza? Hoy al despertar, todavía desde la cama, he visto cómo una espiral de sol se colaba por entre las cortinas y se adentraba en mi cuaderno. He pensado que tal vez tiene un simbolismo y quiere indicar que la enfermería no es mi verdadera vocación, sino la literatura. Quizá es una tontería... o tal vez no y haría mejor en emular a Julio Verne. Cuando éramos niños/jóvenes/adolescentes tú me preguntabas cuándo escribiría una novela y yo decía que menudo disparate, pero al regresar a casa después del instituto siempre me sentaba a escribir hasta la hora de la cena. En retrospectiva, te diré que no sé por qué escogí la enfermería. Creo que tuvo algo que ver el hecho de que mi madre lo fuera. Y la verdad es que no me arrepiento, no creas. Me ha dado momentos valiosos y me ha enseñado mucho, pero supongo que hay que escuchar al cuerpo y el mío está en modo alarma.

Releyendo tus cartas me he dado cuenta de que no te he contado nada más sobre Kenia y, ya que te narré mi viaje al centro de la pesadilla, quiero enmendarlo con algún relato más amable.

El otro día me quejé a mi conductor de que me fulminase con la mirada cada vez que trato de salir a pasear, que ya llevo un año aquí y no soy ninguna descerebrada. Él me dijo que está de acuerdo en que no tiene que pasarme nada, pero que si me pasase, le causaría un

grave problema, porque estoy bajo su responsabilidad. Le dio la vuelta al argumento y me acusó de arriesgar el futuro de sus hijos por un capricho. Entonces le pedí que me acompañase, que le pagaría las horas de más. Me escrutó con sus ojos abismales y al final accedió. Dimos un paseo por Nairobi y me resultó muy agradable. Hay edificios muy altos, mucha gente y los autobuses cabalgan repletos. Me di cuenta de que mi conductor era muy querido, porque cuando pasábamos por delante de algunos locales, salían a saludarle. Esa misma tarde le propuse visitar un hotel donde las jirafas asoman las cabezas por las ventanas para que las alimentes, pero no le gustó la idea, porque dice que es mejor verlas en libertad.

—¡Pero es que todavía no he visto jirafas! —protesté.

Y él se dirigió de inmediato hacia una tienda y me señaló una tela con estampado de jirafas de colores. Tiene un humor peculiar este hombre.

A propósito, Juan, con esto de las cartas se me ha ocurrido una pregunta que quizá te parece absurda: ¿Crees que somos la misma persona cuando hablamos —en un encuentro, en una llamada— que cuando escribimos cartas? No te lo tomes a mal, pero tú me pareces otra distinta. Sé que han pasado muchos años y que eso influye, pero te encuentro más reposado. Le he dado muchas vueltas. Quizá el papel nos obliga a detenernos, a pensar más lo que queremos decir... Tal vez por eso de este modo es más fácil dialogar con nuestra intimidad. En una carta se pierden los gestos, los olores, las miradas... y tenemos que intensificar el mensaje con otras estrategias y provocar las imágenes exactas. Es una pena que hayamos perdido la costumbre de enviarnos cartas, ¿no te parece? Así que se me ha ocurrido que, cuando tenga tiempo, voy a probar a escribir muchas y a echarlas a buzones al azar. No aquí, que no hablo *swahili*, pero cuando esté de vuelta. Si te animas, incluso podríamos empezar un movimiento. Estoy convencida de que recibir cartas mejoraría el ánimo de muchas personas y nos haría recíprocamente más felices. Por lo menos, golpearíamos a la soledad. Sería una revolución.

Barcelona en octubre.

Estimada Macarena, no sé si yo sirvo para iniciar una revolución, pero me parece una buena idea lo que propones de las cartas a desconocidos. No soy un líder con carisma, pero soy constante. De hecho, aprovecho la oportunidad que me brinda este tema para confesarte lo sorprendido que estoy. Yo mismo hace años que dejé de abrir el buzón con curiosidad. Gracias por devolverme este ritual, el de la sorpresa, el tacto del papel, el de las noticias que viajan por diferentes países y manos y sellos hasta reposar en la cómoda de la entrada, que es donde acostumbraba a guardar la correspondencia cuando era más frecuente recibirla. Esa sensación cálida de sumergirme en lo que tú quieras contarme, no tiene parangón. No experimentaba esta adrenalina confortable desde hace tiempo y jamás te lo podré agradecer lo suficiente.

Sobre lo otro, lo de que si somos personas distintas... Bien, creo que no es desacertada la teoría. Un papel en blanco contiene el universo y nosotros, al volcarnos sobre él, nos convertimos en creadores. Lo has dicho exactamente como lo pienso. En una carta, como en un diario, nos vaciamos desde el núcleo de nuestra existencia. En un papel en blanco tenemos tantas opciones que nos desprendemos de algunas barreras, entre otras, por supuesto, de aspectos tan concretos como la edad o el aspecto físico. Nos comunicamos desde nuestro yo más puro. Por ejemplo, si estuviésemos conversando en la calle y yo fuese en pijama y desarreglado, ese marco influiría en cómo encajas mi mensaje. En cambio, si estoy en pijama y desarreglado cuando te escribo y no me ves, no te influirá en la recepción de mis pensamientos.

Además, permíteme que añada un factor más, que, en mi opinión, es otra de las ventajas de la correspondencia por carta. El tiempo. Dijiste que una de tus aficiones es detener el tiempo. Eso me impresionó. Las cartas encapsulan el tiempo. Lo que yo te escribo ahora no lo leerás hasta dentro de una semana. Mi mensaje vivirá más que el que nos podamos intercambiar en una llamada de teléfono.

Nairobi, septiembre.

¡Cuánto me alegro de que compartas la misma idea! La vez que nos vimos no me dio la impresión de que te hiciera una ilusión especial escribir cartas y no te lo dije, pero me quedó una sensación agri dulce. Me alegro de haberme equivocado. ¡Qué suerte habernos vuelto a encontrar! Si estoy encauzando adecuadamente la riada de novedades, es en gran parte gracias a ti. Tener un confidente lo cambia todo.

Mi vida aquí sigue sumando aventuras. Hace unas semanas nos desplazamos a un hospital de Nyeri y me quedé impresionada, porque no tenía nada que ver con el hospital donde trabajé en Nairobi. Era un edificio sencillo, que recordaba más a una escuela que a un centro sanitario, y tenía habitaciones atestadas de pacientes. Incluso había colchones por el suelo. Vas a pensar que soy ridícula por sorprenderme, pero no es exactamente eso lo que me ocurre. Yo ya sabía a dónde venía. Sé que los recursos, las condiciones y las afecciones no son las mismas. Incluso sé que hay un par de hospitales excelentes en Nairobi, que la calidad baja significativamente en otras ciudades más reducidas y que en las zonas rurales solo hay dispensarios. Lo sé. Todo eso lo sé. Lo que no preveía era que estas escenas me sacudiesen tan fuerte. Supongo que es la pesadilla que se me repite en bucle cuando mi subconsciente encuentra semejanzas con aquella época que me hirió. Y sí, lo tengo que superar, pero no todos encajamos el dolor del mismo modo, ni lo experimentamos en la misma medida.

Para que me oxigenase, mi jefa me contó historias sobre el Monte Kenia, que quedaba cerca de donde estábamos. Para muchas tribus es una montaña sagrada y no me extraña, porque es elevadísima e imponente. En África solo le supera en altura el Kilimanjaro. Mi superiora me propuso ir algún día. Dice que la forma redondeada que tienen sus cumbres se debe a que estuvo miles de años cubiertas de hielo. Te confesaré que me sentí profundamente ignorante, porque, para empezar, lo que había visto de Kenia antes de venir no tenía nada que ver con frío ni con glaciares. Me parece fabuloso estar descubriendo un país tan diferente del que imaginé.

A la vuelta de Nyeri, mi jefa me invitó a cenar. Fuimos a un restaurante que quedaba a las afueras de Nairobi. Tenía un patio interior muy verde y nos sentamos en esa zona, en una mesa de madera robusta con un dispensador de salsas de muchos sabores. Por lo visto, era un local especializado en asado de carne y te la cortaban en el plato directamente del pincho que había estado cocinándose sobre las brasas; todavía crepitaba cuando te la llevabas a la boca.

La superiora me contó que allí era donde celebraban su marido y

ella los cumpleaños, que eran las únicas cenas que se permitían los dos solos, sin los niños. Luego abordó el tema que le preocupaba. Me preguntó por mis primeras semanas en el hospital: si estaba contenta, si creía que había cosas que se podían mejorar, si había pensado en qué área desarrollar mi carrera profesional. Me acordé de ti y le dije la verdad, que no estaba segura de que mi futuro se encontrase allí; no solo en Nairobi, sino en la enfermería en general. Le conté todo lo que temía y por qué me quedo sin aire en situaciones límite. Ella escuchó paciente. Asentía, arrugaba el ceño, de vez en cuando cogía aire sonoramente. Cuando terminé, tenía la impresión de haberme caído de un tren en marcha. Me di cuenta de que apenas había probado bocado y mastiqué la carne mientras aguantaba las lágrimas.

—Han sido unos tiempos difíciles —reconoció.

Comimos en silencio durante algunos minutos y ese intervalo me generó una especie de burbuja en la garganta.

—Quizá he hablado demasiado, lo siento —dije acongojada.

Pero ella sacudió la cabeza con energía y me dijo que me entendía y que también pasó por algo parecido, pero que tuvo que ver con la muerte de su primer bebé. Era matrona cuando lo perdió. Cargó la culpa por muchos años. Al contármelo, no se reservó ningún detalle y su sinceridad me conmovió. Al final terminamos las dos secándonos los ojos con una servilleta que olía a barbacoa. Ahora ya no es matrona, pero sigue ejerciendo como enfermera.

Pedimos un café —que no sé si te lo he dicho, pero lo sirven hirviendo y muy aguado— y mientras removíamos la cucharilla, me propuso un plan. No acepté, pero dio por hecho que me resignaría.

—Saldremos el jueves después del trabajo —informó—. Dispondré todo para que nos cubran el viernes. Prepara una mochila con ropa para tres o cuatro días.

—No sé si...

—Ah, ah, ah —dijo balanceando la cadera—. Si pretendes decirme que no de una forma educada, te lo ahorras.

Así que el jueves aparecí en el hospital con la mochila y descubrí que también la llevaban otros compañeros. Me acerqué a Alona, que es una irlandesa que se sumó al equipo la semana pasada, y le pregunté por el equipaje. Ella se rio con mucha gracia. Es una chica muy pálida, pecosa y risueña.

—No puedo decirte nada. La jefa nos lo tiene prohibido.

—¿Cómo que *nos*?

—También vienen Sophie y Diego.

—¿Y soy la única que no sabe a dónde vamos?

—Es que eres la más reticente.

Y lo cierto es que si llego a saber que van todos ellos, habría desafiado la orden de llevar la mochila. Aunque, conociendo a mi jefa,

me habría insistido en subir en el coche sin ella.

Para hacerles justicia, te diré que el problema lo tengo yo. Alona es adorable y Sophie y Diego también son buenas personas. Me suelen invitar a sus excursiones y a sus fiestas, pero nunca acepto, porque me siento de otro planeta. Es como si entre nosotros, más que una generación, mediase una civilización completa. Ni siquiera sé de qué hablar. Créeme, es un desequilibrio bidireccional, ellos tampoco saben cómo conectar conmigo.

Antes de partir, comimos unos sándwiches en la sala que usamos de despacho mientras planeaban un viaje a la isla de Lamu. Yo había escuchado que era un lugar donde la vida transcurre a otro ritmo y eso era precisamente lo que les divertía. La verdad es que estuve tentada de apuntarme. Decían que los locales se desplazan en burro y que las casas están construidas con piedra de coral y madera.

—Mira, ¡tienen un bar flotante!

Shopie nos enseñó la pantalla de su móvil y decidieron unánimemente que sería el próximo destino.

—¿Te animas, Macarena? —dijo Alona—. Nos vendrá bien un poco de desconexión.

—Pues no lo sé...

—¡Vamos, te gustará!

Entonces apareció la jefa. Dio unas palmadas al aire.

—¿Todo listo, chicos?

Estaba muy contenta. Recogimos y la seguimos hasta el exterior, donde había aparcado una furgoneta prestada. Encendió la radio y empezó a cantar a pleno pulmón. Como yo iba a ciegas, las cuatro horas de viaje me parecieron eternas. Llegamos a Ongata Rongai cuando anoecía. La jefa nos señaló una casa de ladrillo.

—Nos quedaremos allí. Voy a abrir las puertas para que podamos descargar el maletero.

Mientras se encaminaba, descubrimos que había cajas y cajas con material sanitario y otras tantas repletas de arroz. Hicimos varios viajes mientras desaparecía el sol y ordenamos el cargamento en la entrada. La jefa nos explicó que aquella casa pertenecía a una de las profesoras del colegio al que acudiríamos al día siguiente, que nos la había dejado en agradecimiento por nuestra labor.

La vivienda era estrecha —apenas tenía dos habitaciones minúsculas, una cocina y un baño compartido en el exterior—, pero resultaba suficiente. Nos acomodamos en el suelo y, mientras el resto de compañeros parloteaban sobre Lamu, yo me retiré a una esquina y me dormí.

A la mañana siguiente, cosa extraña, fui la primera en despertar. Puse a hervir el agua mientras me vestía. Fuera el viento era agradable, un poco más fresco que en Nairobi. Improvisé un desayuno

con lo que encontré y esperé a que el resto se despejase. Debo confesar que la perspectiva de que fuésemos a visitar un colegio en lugar de un hospital me relajó. Estaba más animada e incluso prometí que me pensaría lo de la excursión a la costa.

La jefa repartió el kit de enfermería entre nuestras mochilas y acto seguido salimos a la calle. Los caminos eran de tierra y cuando llevábamos más de media hora andando, Diego preguntó por qué no nos habíamos montado en el coche. La jefa señaló a los transeúntes de nuestro alrededor.

—Ellos van caminando —respondió simplemente.

Identificamos el colegio con suficiente antelación, porque los terrenos circundantes estaban yermos. Decenas de cabezas corrían por un patio repleto de risas enérgicas. Al vernos, nos rodearon como peces de estanque y comenzaron a cantar. Giraban dando pequeños saltos y estiraban los brazos para tocarnos.

—¡Niños, niños! —una profesora se sujetó la falda para alcanzarnos—. Niños, a clase.

—¡Joice!

Nuestra jefa la abrazó con ilusión y conversaron brevemente en *swahili* antes de presentarnos. Joice era una muchacha alta con unos ojos muy grandes. Tenía la cabeza afeitada y llamaba la atención por sus labios, que era gruesos y rosados y no dejaban de sonreír. Era realmente bonita. Cuando los niños regresaron a las aulas, Joice nos enseñó la escuela. Nos explicó que allí estudiaban sesenta niños, los cuales antes de la construcción del centro caminaban cerca de tres horas de ida y tres de vuelta para asistir al colegio público que entonces les quedaba más próximo.

Las instalaciones eran sencillas, pero había un parque de juegos y cuatro pabellones con aulas y un quinto con mesas para el almuerzo. Lo fundamental era que tenían seis profesoras estupendas y dos administrativas que también ayudaban en el comedor —recalcó Joice—. Antes de las lecciones repartían un vaso de leche, ugali y fruta. A mediodía solían comer arroz con legumbres, brotes frescos si los había y puré de patata o de maíz.

La jefa nos explicó que nuestro cometido principal sería hacer una revisión médica a los niños, de modo que despejamos una esquina del comedor y nos dividimos. Así, mientras Sophie y Diego analizaban ojos, oídos, gargantas y piel, Alona y yo anotábamos la tensión, el peso y la altura y enseñábamos a los más pequeños a lavarse correctamente las manos.

Fue una experiencia entrañable y debo reconocer que mi jefa tenía razón y que hizo muy bien en sumarme al viaje. Se lo agradecí cuando nos quedamos a solas, ya de vuelta en Nairobi, y ella me dio un abrazo y dijo:

—Somos unas afortunadas por haber escogido este camino, ¿no te parece? Sea cual sea el que venga después, ya has plantado hermosas semillas que darán su fruto.

Barcelona en octubre.

Estimada Macarena, siento la demora en responder. No me encontraba bien. He pasado unos días con mucha fiebre y el cuerpo endeble. No tenía fuerza para levantar el bolígrafo y aún menos para pensar. Deben de ser los treinta años... Uno se hace viejo. Pero bueno, no perdamos el tiempo.

Qué interesante lo que me cuentas sobre la escuela. Me alegro de que tu jefa no se dejase amilanar por tu duda, la cual, por otro lado, entiendo a la perfección. Me he sentido identificado, porque yo siempre voy detrás de Montse. Ella es mucho más brillante que yo y eso me relega a menudo a la cola. Si no fuese por su arranque, yo sería una persona desprovista de gracia.

También tú me aportas eso. Antes de caer enfermo, y poseído por la pasión que desprendían tus palabras, me puse a escribir cartas a desconocidos. Escribí cuatro. Escribí sobre una librería antigua que me gusta mucho, sobre el helado de turrón que hacen en una heladería del puerto, sobre leyendas del barrio gótico, sobre una butifarra espléndida que venden en el mercado... Al principio, empecé todos los folios del mismo modo, hasta que me di cuenta de que era mucho más entretenido inventar un rostro detrás de cada carta. Luego le pedí al portero que se las diese a otro compañero de profesión y que aquel las introdujese en los buzones de su comunidad al azar. Era el único modo que se me ocurría para que viajasen un poco más lejos de este edificio. No puse mi dirección en el remite, porque eso de compartir datos personales no lo veo oportuno, así que nunca sabremos qué pasó con ellas. De todas formas, lo esencial del plan está hecho. Cuando lo pienso, me embarga una emoción que no sabría describirte. ¿Qué pensarán esas personas cuando las reciban? ¿Quiénes serán? ¿Les sacaré una sonrisa con mis tonterías?

Dicho lo cual, hablemos de Montse. Me preguntaste, pero yo no te dije nada, porque no siempre puedo hablar de ella. Montse es la mujer más increíble del mundo. Es pequeña y lleva el pelo recortado por encima de los hombros. Se lo abomba con el secador para que las puntas le queden hacia dentro. Es muy coqueta. Le gusta vestir bien y se cose sus propios vestidos. Más o menos termina un vestido por mes. No todos se los queda. La mayoría los regala a un centro de acogida. Tiene un corazón muy grande y antes que en ella, piensa en los demás. Siempre en los demás. Cuando nos conocimos, me preguntó si me encontraba bien porque me vio apartado del grupo. Aquella noche acababa de dejar la relación con mi novia, que, dicho sea de paso, se encontraba en la misma cena, en la otra punta de la mesa, porque había pedido que le cambiasen el asiento y su lugar lo ocupó Montse.

Y Montse, que no sabía nada de nuestra relación, se pensó que tenía algún asunto atravesado y fue muy dulce. Me estuvo dando conversación a pesar de mis evasivas. Decía que en una cena de celebración no se podía estar triste, así que cuando comenzó la música, me cogió de las manos y me arrastró a la pista y bailamos y se me olvidó lo de mi novia, que unas horas atrás había dejado de serlo. Montse era un torbellino de alegría y creaba muy buen ambiente. Incluso al final de la fiesta mi antigua novia se acercó para decirme que Montse era una persona especial y que hacía bien yéndome con ella. De verdad que lo era. Todos la querían muchísimo. Así fue cómo quedé absolutamente prendado.

A Montse le encanta que le lean en voz alta. Por las noches se ahueca a mi lado en el sofá, pone la cabeza en mi hombro y cierra los ojos. Espera que le lea un cuento, una novela, un poema. Dice que le habría encantado escribir historias para niños, pero que nunca lo intentó. Así que a cambio las escucha y propone finales alternativos. Le gusta que todas las historias terminen bien.

A Montse también le encantan los animales, aunque yo le tengo alergia a los gatos y los pelos de perro me hacen estornudar, así que nunca ha entrado uno en casa. Para compensarlo, hemos visitado todos los parques naturales y las reservas que nos quedan próximas. Montse ama los Pirineos. Adora el valle de Arán, Ordesa, Benasque, Canfranc y el valle de Tena. Le encanta caminar y comer bocadillos con los pies dentro del agua y ver pasar las vacas y tratar de localizar nidos de águilas. Bebe a morro de los caños y se empapa y se ríe y me empapa y se ríe más fuerte y corre. Tiene una risa fresca y me encanta cuando hace eco. En verano subimos a menudo a la montaña. Recuerdo especialmente una vez que dormimos en el bosque y la noche nos sepultó bajo sus estrellas y sus ruidos amplificadas. No pegamos ojo: Montse por la emoción y yo por el miedo a que un oso o un lobo o qué se yo tratase de comernos. No ha vuelto a suceder, porque al día siguiente tenía tan poca energía que no pude andar más de media hora y me di cuenta de que no compensaba el susto, aunque fuera por una cuestión real de supervivencia. Incluso caminando me quedaba dormido. El cuerpo se me agotó y no hubo azúcar ni café que pudiese espabilarlo. Montse se sabía de memoria las enseñanzas de Félix Rodríguez de la Fuente y las llevaba a la práctica con los animales que encontrábamos por el camino. Una vez nos salió al paso un toro que pateaba el suelo con enfado. Pensé, por el modo en que movía las astas, que nos volcaría el vehículo de un cabezazo, pero después de unos amagos a distancia, se retiró. Estoy convencido de que no nos hizo nada porque Montse desprendía serenidad. A Montse la quieren hasta los animales más fieros.

Hablar de Montse me ha aliviado la pesadez que sentía en el

cuerpo. Te agradezco que me preguntases por ella. No es lo mismo hablar que escribir. Escribir requiere un esfuerzo mayor y también por eso, cala más hondo. Lo que queda escrito, vive para siempre.

Sobre tus dudas, querida Macarena, poco puedo ayudarte. Por lo general, sabemos lo que queremos aunque busquemos la aprobación de otros. No la necesitas. Coge aire, cierra los ojos y escúchate. Eres una mujer sensata y cualquier decisión es válida. Montse solía decir que todo pasa por algo... y creo en ella. Así que ya sabes. Respira hondo y bucea.

Un afectuoso saludo,

El vecino del 52.

Nairobi, octubre.

Querido Juan, antes de contarte dónde estoy, quiero hacer un apunte. El modo en que hablas de Montse es precioso. ¡Parece que llevaseis muchos años y no solo unos meses! ¡Vosotros sí que exprimís la vida! Quizá en vez de aspirar a parar el tiempo tengo que enfocarme en esto, en estrujarlo con las manos y el cuerpo entero. Lo intentaré.

Y, tras este inciso sumamente vital, te cuento que me encuentro en Lamu. Al final, no quise quedarme en tierra y qué acierto. Todo lo que decían era verdad. Nada más bajarnos de la barca, porque es el único modo de acceder a la isla, se nos cruzaron por lo menos siete burros. Detrás, iba un hombre con una vara. Había burros grises con alforjas por todos lados y eso que las calles eran estrechas y estaban atestadas de cestas, fruta, telas, maletas y sacos. Tuvimos la sensación de saltar a otro tiempo. Nos sorprendió que muchas mujeres vistiesen un burka negro, sobre todo teniendo en cuenta el colorido explosivo que había en Nairobi. Y lo de los burros. Lo de los burros sí que era impresionante. Lamu parecía estar tomada por ellos.

Pero lo más impresionante es que volví a cruzarme con el chico sin nombre, el de la voz ronca y la mirada profunda, ¿recuerdas? El que me quiso ceder el paso la noche que aterrizamos en Nairobi. Estábamos recorriendo la isla cuando de pronto le vi. Estaba metido en el mar hasta las rodillas, tendiéndole la mano a una chica tras otra chica para que subieran a una barca diminuta. Vestía una camiseta de tirantes vieja y su piel había adquirido un bronceado que la hacía parecer más blanca de lo que era. Su risa me resultó inconfundible y me frené en seco. Alona se pegó de bruces contra mi espalda.

—Es guapo —dijo con picardía.

Y el guapo, como si la hubiera oído, se giró y se nos quedó mirando; arrugó el entrecejo, en seguida lo relajó. Dio un golpe en la popa y gritó algo al que pilotaba. Luego, mientras la barca se alejaba, caminó en nuestra dirección.

Alona me pellizcó el brazo.

—Que viene...

El guapo se acercó hasta donde me encontraba y sonrió.

—Hola.

Tardaron en aparecerme las palabras:

—Hola.

—Pensé que ya te habrías ido de África.

Me preocupaba la boca seca y el sol, que me hacía guiñar los ojos de un modo descontrolado. Tardé unos minutos en regresar al cuerpo.

—Lo cierto es que no he salido mucho de Nairobi.

—¿Vives allí?

Asentí.

—¿Y tú?

—Estuve en Kibera unos meses, luego me fui un poco más lejos, a Turkana, cerca de Riokomor. Ahora estoy allí, en una misión, echando una mano con lo que se necesita —señaló la barca, que ya estaba lejos—.

—. Viajaremos por el país varias semanas antes de regresar.

Fue entonces cuando descubrí que me había quedado sola. No sé en qué momento se despegó Alona y se marchó el grupo. Él también lo notó.

—Queríamos aprender a pescar, por eso la barca. Si quieres acompañarnos...

Pero decliné.

—Me ha alegrado volver a verte —añadí—. Cuánto tiempo ha pasado desde que llegamos.

—¡Desde luego! Espero que te vaya muy bien.

—Gracias. Espero que también a ti.

Aquel encuentro me dejó algo atravesado en el pecho. Había en él un misterio que me contagió. Ahora trato de reunir piezas imposibles. ¿Debería haberle pedido una dirección? ¿Por qué ese caramelo después de un año? Estoy convencida de que fuimos el núcleo de un campo magnético y que por eso la turbación y el zumbido y este martilleo constante. Me pregunto si la inercia hará que volvamos a encontrarnos. A veces estoy convencida de que funciona así, de que somos parte del juego de un ser superior. Si no, ¿cómo explicas las casualidades? O que algunos encuentren al amor de su vida y coman perdices y otros, en cambio, pasen la vida tratando inútilmente de identificarlo.

Esperaré a volver a Nairobi para enviarte la carta, porque si la envío desde aquí no tengo seguridad de que te llegue. No da la sensación de que sea una ciudad frecuentada por turistas y no sé dónde hacen envíos internacionales.

Te envío muchos recuerdos. Espero que ya estés completamente recuperado.

Querido Juan, permíteme que añada unas líneas aunque rompa la coherencia de esta misiva. Había terminado de escribirte cuando Alona se asomó al dormitorio para decirme que el guapo se encontraba abajo, que lo había visto pasar frente al apartamento donde nos alojábamos. Me guiñó un ojo y sentí que se me aceleraba el corazón. Me levanté de golpe, volaron estas hojas, y mientras me afanaba en recogerlas y guardarlas en un sobre que me parecía demasiado pequeño, supe lo que tenía que hacer. Salí corriendo, salté las escaleras de tres en tres hasta la calle y busqué su cabeza entre las demás. No sabía cómo se llamaba. No podía gritar su nombre. Alona,

desde la terraza, señaló hacia la izquierda y no dudé en dirigirme en aquella dirección. No sé a dónde fueron mi templanza, los temores, las dudas. Estiré el brazo para tocarle la espalda y nos quedamos mirándonos de frente: él con los ojos sorprendidos y yo con el pecho agitado. A nuestro alrededor continuaba descendiendo el sol y el cielo amarilleaba. Me acordé de Marc y también de ti. Nunca he sabido decir lo que siento a tiempo y eso me había conducido hasta él. Me puse de puntillas para besarle. Luego regresé con los demás.

Barcelona en octubre.

Estimada Macarena, no vas a creerlo. ¿Te acuerdas de que escribí cuatro cartas y con ayuda del portero se la hicimos llegar a desconocidos? Pues resulta que he recibido una respuesta. Mi portero me entregó el sobre en mano y me aseguró que la persona no tenía más datos de los que yo le hubiese facilitado. Regresó por una inversión en la cadena: ella se lo dio a su portero, que a su vez se lo entregó al mío.

Me ilusionó recibir una respuesta, más aún tras la convalecencia, y empiezo a pensar con firmeza que este proyecto tiene potencial. He ido a la tienda para que la fotocopiasen y así poder compartirla contigo. Al fin y al cabo, el germen fue tu idea.

Estimado,

Gracias por la carta que envió. No mentiré al decir que me quedé muy extrañada cuando abrí el buzón. A estas alturas, uno ya ni sabe. Al principio, temí que fuese una carta dirigida a mi marido (o bien una amenaza o bien de una amante, lo cual, dado el caso, puede llegar a ser lo mismo). Pensé esto porque el sobre iba sin remite y porque yo no espero nada de nadie.

Pero cuando vi que no había ningún nombre, pregunté al portero, por si había visto la mano invisible, y me dijo que había sido él mismo, que un compañero, también portero, le pidió que escogiese direcciones al azar y el hombre tiró los dados y uno de los números era mi piso. Como en el A no vive nadie desde hace tiempo, pues ni siquiera tuvo que hacer pares o nones para escoger la puerta. Así que me subí a casa con el sobre y la factura de la luz. Me pasé todo el camino dándole vueltas, preguntándome qué podría contener. Abrí la puerta, dejé la factura en la mesita de la entrada y me senté en la primera silla que encontré, que fue la del comedor.

¿Sabe? Antiguamente, pero muy antiguamente, me escribía cartas mi abuela la que vivía en un pueblo de Valladolid. Ella se pasaba las mañanas en el porche o en la plaza y por las tardes nos escribía cartas a los nietos. Yo nunca le respondí y me arrepiento. De hecho, le escribí solo en una ocasión, pero el día que iba a echar el sobre al buzón, mi madre me dijo que la abuela había muerto. Todavía debo de tener esa carta en algún lado, pero váyase usted a saber... Después de esa carta han pasado cuatro mudanzas y dos hijos.

El caso es que nunca he tenido la costumbre de escribir de este modo, pero sí siento la necesidad de redimirme, por eso le agradezco la oportunidad y pediré al portero que invierta el proceso y le haga llegar este papel.

Sobre mí, ¿qué puedo contar? Hace tiempo que no sé quién soy. ¿Alguna vez le ha pasado? Una noche que mi marido no volvió a casa me paré a pensar quién era yo sin él y me estremecí, porque de pronto vi las arrugas, las manchas, los ojos caídos, las bolsas. Me vi temblorosa, con miedo de todo, recogida y apagada. Recordé cómo solía ser cuando nos conocimos y es que yo era una joven muy inquieta. Cuando conocí a mi marido, descubrimos que era la primera vez que encontrábamos a alguien que nos seguía el ritmo, porque él era en eso igualito. Pero luego pasaron los años y de pronto un día, treinta después, me miro al espejo y no me reconozco.

Mi marido sigue siendo un torbellino, quizá un poco aplacado por la edad, pero entra y sale y ríe y en cambio yo... No entiendo cuándo he muerto ni cómo no me he dado cuenta. ¿Hay remedio? ¿Puedo volver a ser la que fui? Hay mañanas que me despierto con energía y pienso que sí. Esas mañanas me como el mundo. Pero hay otras, la mayoría, que no soy capaz de salir de la cama y mi marido se va a trabajar refunfuñando y musita que no valgo para nada, pero yo le escucho y me lo creo y me doy la vuelta y trato de llorar, pero ni siquiera me salen lágrimas.

Nuestros hijos viven lejos, uno en Alemania y el otro en Noruega, así que vienen solamente para celebrar la Navidad, aunque pronto no vendrán ni para eso, porque el primero acaba de tener un hijo y el segundo prefiere pasar las vacaciones recorriendo el mundo.

Así que tengo que aprender a quererme, porque mi marido ya no creo que me quiera. Esas cosas se notan, ¿no cree usted? Primero se pierden los detalles, luego se empieza a levantar la voz y por último se hace el silencio y ni en las cenas de aniversario hay conversación. Llega un punto en el que ya todo deja de importar y cada cual con su vida. ¿Y puede recuperarse? ¿Usted cree que puede invertirse la apatía y la desilusión?

No sé cómo habrá sido su suerte en ese sentido. En realidad, no sé ni siquiera si es suerte o qué. Yo amaba con locura a mi marido y creo que él me amaba de la misma forma. ¿Por qué el amor se va y a dónde? Madre mía, se horrorizará usted de todo esto que le estoy contando. Supongo que leer su carta me ha recordado lo sola que estoy y supongo también que, precisamente porque no nos conocemos y media un papel, me atrevo a decir todo lo que siempre callo. Me lo callo incluso a mí misma.

En fin, voy a buscar algo más alegre... Es que no sé muy bien si estoy escribiendo bien la carta. Usted hablaba de un helado muy rico de turrón que venden en el puerto. ¡Sé exactamente a cuál se refiere! Era mi heladería preferida cuando los niños eran pequeños y en verano íbamos una vez a la semana si se portaban bien. Era nuestro premio. Aunque yo siempre pedía helado de mango o de limón o de frambuesa y eran mis hijos los que tiraban hacia los sabores más golosos. No obstante, dada su recomendación, me acercaré este fin de semana para probar el helado de turrón. En estas fechas, no sé si seguirá abierta, pero me han entrado unas

ganas... ¿Sabe que hay ciudades heladas donde a pesar de encontrarse bajo cero tienen la costumbre de comer helado? Creo que hace poco sacaron un documental sobre una ciudad de Asia, pero no sé si estaba en China o en Mongolia.

Ahora que lo menciono, ya sé qué puedo contarle que sea un poco más feliz. Quizá despertando estas emociones es como puedo recuperar mi carácter. ¿Puede ser? ¿Qué cree usted? Vamos a ver. Cuando yo tenía veintipico años, hice un recorrido por Italia en furgoneta con un grupo de amigos. Fue el primer viaje al que fuimos juntos mi marido y yo. Recorrimos toda la costa y el color de los campos era espectacular. Tengo grabados a fuego los paisajes. Ese verde verdísimo bañado por la luz dorada de la Toscana. Las viñas, los pueblos con sus casas blancas apelmazadas unas sobre otras, las macetas con flores, el empedrado... Ha sido el viaje más largo y más lejano que he hecho, porque al año siguiente me quedé embarazada. Ahora ya no me atrevo a irme muy lejos y menos en avión, pero mis hijos me envían fotos por el teléfono. ¿Por qué será que nos entran estos miedos? Cuando somos jóvenes, estamos resueltos a comernos el mundo, pero luego vamos renunciando a los sueños y los lanzamos por la borda tratando de aligerar la carga. Los sueños incumplidos pesan más que la culpa y por eso es mejor dejarlos ir antes de que nos infecten.

En fin, no quiero aburrirle más. Gracias por escribir. Me siento agradecida por que el destino trajese la carta hasta mi buzón. Me ha dado en qué pensar. Llevo varios días buscando la forma de salir de aquí.

Por cierto, por favor, dígame a su amiga de África que tenga cuidado, que una vez escuché en la televisión que una joven que fue de voluntaria cogió una malaria severa y no se recuperó. Pobre muchacha. Era muy joven. A su amiga no le tiene por qué pasar nada, pero que se cuide.

Un afectuoso saludo,
La vecina del 19.

A propósito, estimada Macarena, no quiero despedirme sin lanzarte una pregunta: ¿Qué habría ocurrido si hubieras decidido, como era la idea inicial, no sumarte al viaje de Lamu? Me ha gustado conocer la historia. Dicen que en las primeras veces siempre hay un burbujeo en el estómago, pero yo todavía tengo esa sensación cuando pienso en Montse. Dicen que es algo químico, y probablemente lo será, pero también te puedo asegurar que esa chispa no se pierde si no se quiere. Yo cultivo esas burbujas. No quiero dejar de sentir jamás esa emoción. Recuérдалo. Ese cosquilleo no tiene por qué esfumarse por muchos años que pasen.

Aberdare, noviembre.

Querido Juan, recibí tu carta el día anterior a dejar la que ha sido mi casa en Nairobi. ¡Por los pelos! He decidido gastar los ahorros en un safari para conocer el país y luego regresar a España, así que, como por el momento no voy a tener una residencia fija, creo no podrás responderme a las cartas. Yo te escribiré. Te escribiré desde todos los lugares que visite. Te lo debo.

He tratado de localizar postales para abrirte una ventana más amplia de mis destinos, pero mi conductor ha dicho que no las voy a encontrar, que en todo caso puedo enviarte cuadros —telas enrolladas—, pero eso complica los envíos, así que ya te enseñaré las fotos que estoy haciendo cuando pueda imprimirlas. Después de revelarme que para ti es especial esta correspondencia, no la interrumpiría por nada del mundo. Para mí también lo es.

Por cierto, ¡qué increíble que te haya contestado la señora del 19! Me ha hecho tanta ilusión como a ti. Lo que dice prueba mi teoría de la necesidad que tenemos de recibir cartas, así que me propondré en serio el proyecto... cuando vuelva.

Dicho todo ello, no puedo dejar de contarte mi nueva gran locura y es que —toma asiento— hace seis días renuncié a mi puesto en el hospital. Todavía no sé qué va a ser de mí, pero ya no me preocupa. Cuando lo anuncié, mi jefa me hizo una contraoferta —supongo que para asegurar que tenía clara la decisión— y luego me deseó buena suerte.

—Eres una enfermera estupenda, Macarena. Y, como te dije cuando llegaste, si algún día lo deseas, para nosotros será un privilegio contar contigo en el equipo. Tienes una sensibilidad muy especial y, aunque lo dudes, posees una fuerza insólita. Eres como un rayo de luz. Alegre, certera, vital —la jefa le enmarcó el rostro con las manos—. Tu miedo se origina aquí, en el corazón, porque eres entregada y empática y cuidas a cada enfermo en su individualidad. Pero eres fuerte y lograrás sobreponerte y además nos tendrás a todos para lo que necesites, porque también somos tu familia.

Se lo agradecí emocionada y acto seguido, rápido para no dejar resquicio a mis dudas, busqué a mi conductor y le anuncié los planes. Necesitaba que me ayudase a encontrar otro conductor para el safari y como él ya había hecho esas travesías, esperaba que me pusiese en contacto con alguno de sus viejos compañeros, uno de confianza que me llevase a recorrer Kenia. Se ofendió.

—¿No quieres que te guíe yo?

Como tiene una voz profunda y una mirada abisal, parecía verdaderamente dolido.

—Es que tú tienes órdenes de llevarme al hospital —defendí.

—Pero si dejas tu trabajo, ya no tendré que llevarte al hospital.

Me descolocó, porque visto así...

—¿Entonces? —dijo cruzando los brazos.

—¿Entonces me llevarías tú?

Esbozó una sonrisa fugaz.

—Te llevaré yo si no saltas del coche cuando entremos en las pistas de los parques naturales. Con tu cabeza loca me pones en riesgo a mí y a mis hijos.

Lo decía porque el otro día me interceptó camino de Kibera, que es el segundo barrio más pobre de toda África, un asentamiento improvisado sin agua corriente, con casas de chapa y una miseria inconmensurable. Para que te hagas una idea, los puestos de comida están atestados de moscas y los retretes suelen compartirse entre numerosas familias.

—Prometo no poner voluntariamente en riesgo a nadie —acepté.

—Ni a ti misma.

—Ni a mí misma.

—Bien. Entonces, *twende*.

El conductor me había enseñado algunas palabras en *swahili*, las básicas. *Twende* —vamos— es la que más tiene que repetirme, porque me quedo atrapada en las calles, en las tiendas... quiero aprenderlo y retenerlo todo y a menudo esa curiosidad nos retrasa.

Así que al día siguiente pagué lo que me quedaba pendiente por la habitación que alquilaba y estrujamos el equipaje en el maletero. Refunfuñó, porque decía que era un bulto muy grande para lo pequeña que soy, y yo le dije que ahí dentro estaba mi vida entera. Estiró una manta de cuadros sobre la maleta y nos subimos al coche, que había llenado con varios bidones de agua potable.

Madrugamos y enfilamos la carretera sobre las seis de la mañana, aunque el conductor se negó a hablarme durante un buen tramo, porque habíamos quedado a las cinco y yo me había retrasado una hora. Es un hombre joven con mucho genio y así se lo dije. Me ignoró, por supuesto, hasta que paramos para llenar de aire las ruedas.

—Tú duermes demasiado —me acusó, todavía molesto—. Duermes más que los niños.

—Y tú no duermes nada —le reproché.

—Me voy a dormir temprano para despertar temprano.

—Pues yo me acuesto tarde, así que me despierto tarde.

—Conmigo, no puedes hacer eso. Hay un horario.

Me disculpé. Omití el detalle de que el retraso se había debido a que no encontraba el repelente de mosquitos, porque entonces se habría burlado de mí. En el coche, me sentaba en la primera fila de asientos traseros, en diagonal con él, y no dejaba de golpear mosquitos

contra la ventana. Cada cierto tiempo me rociaba entera y él arrugaba la nariz.

—Eso no huele bien —dijo una de las veces que impregné la cabina.

—Pero funciona.

—Me vas a matar a mí.

Conforme nos alejábamos de Nairobi, se expandía la pobreza. Las casas perdían tamaño y ladrillo. En su mayoría eran de hojalata, madera y cartón. Los caminos los transitaban riadas de gente con los pies embarrados. Predominaba el marrón. Marrón por doquier. Marrón salpicado del morado brillante de un árbol con flores que no había visto antes y que mi conductor dijo que eran jacarandas.

Cuando pasábamos junto a los niños —niños vestidos de uniforme que caminaban hacia la escuela con mochilas más grandes que ellos—, me saludaban con alegría y corrían algunos metros. Ahora soy como los turistas de los todoterrenos caquis, pensé. Luego dejamos atrás los suburbios de la capital y comencé a adormilarme. El coche traqueteaba y hacía calor. Me venció el sueño abrazada a la mochila y no me desperté hasta varias horas después, cuando el conductor se desvió del camino y se introdujo en una parcela con una construcción pintada de cebra.

—Aquí puedes ir al baño o tomar un café —informó.

Busqué el baño, que estaba al final de una tienda de artesanía, y después regresé a curiosear las tallas de madera y las pinturas. Un hombre se me acercó con una cesta y entonces supe que o salía del estómago de la cebra o me venderían la vida. Busqué a mi conductor, que se encontraba en una caseta junto a otros dos conductores y enmudeció en cuanto aparecí.

—¿Aquí es donde puedo pedir café?

Una mujer se levantó inmediatamente y me indicó que me acercase a una tabla donde había algunas tazas apiladas. Cogí una, pagué y me senté en una mesa con mantel rojo de cuadros. Había un periódico en inglés y lo ojeé mientras daba pequeños sorbos. Al cabo, apareció mi conductor y se me sentó enfrente.

—Bebes despacio —acusó.

—Está hirviendo.

—Nos retrasas.

—¿Es que tenemos que irnos ya?

—Nos quedan tres horas por delante.

Tragué el café como pude, por supuesto me abrasó la garganta, y me apresuré en seguirle de vuelta al coche. Vi que nos poníamos en marcha al mismo tiempo que otros dos vehículos llenos de viajeros y sentí una punzada de celos, porque yo no tenía compañeros.

En la entrada a la Reserva Nacional de Samburu, había un cráneo de búfalo colgando sobre el cartel de bienvenida y mientras el

conductor acudía a la garita de los guardias a dar cuenta de nuestro itinerario, aproveché para bajar del coche y acercarme para fotografiarlo. Comimos nada más llegar; o comí, porque mi conductor se mantenía lejos una vez llegábamos a la recepción. A mí me agasajaron con una toalla húmeda y un zumo natural mientras él cargaba mi maleta.

Samburu era una extensión de tierra gris y arbustos secos. El camino serpenteaba blanco y liso. Cuando regresamos al coche, el conductor encendió una radio. Con ella se comunicaba con los demás conductores para localizar a los animales. Se comentaron algo y entonces aceleró y me dijo que me asomase por el flanco izquierdo y doblamos un recodo y apareció ante nosotros la primera manada de elefantes. Se me saltaron las lágrimas. Eran mucho más grandes de lo que imaginaba, pero lo que más me llamó la atención fue el silencio. Cuando apagamos el motor, me asomé por el techo abierto y enfoqué con los prismáticos. Eran enormes y pesados, pero no hacían más ruido que al masticar los hierbajos que arrancaban con la trompa. No temblaba la tierra. No espantaban a las aves. Con los pelos de punta, rodeamos al grupo y entonces el conductor me señaló en la dirección opuesta.

—Una jirafa reticulada —anunció.

Una preciosa jirafa alzaba el cuello para arrancar las hojas de un árbol que estaba salpicado de espinas. Sentí el impulso de saltar para acariciarla —quería posar mi mano sobre su lomo y contagiarme de su respiración—, pero no lo hice porque había prometido no exceder las prohibiciones.

Vimos el atardecer desde una zona ligeramente elevada. Mi primer atardecer en la naturaleza. El sol iba rodeado de nubes y lo perdimos, pero adivinábamos su altura por el color de las montañas, que eran azules y lilas y parecían envueltas por un velo muy fino.

A la mañana siguiente, devolvimos las maletas al coche y recorrimos la Reserva Nacional de Buffalo Springs. El sol caía a plomo y el conductor me prestó uno de sus sombreros de ala ancha. El paisaje era desolador y todos los animales —los jabalíes, las cebras, los antílopes— tenían el color de la tierra seca. Cuando lo comenté, el conductor soltó un bufido como de risa y condujo hacia un pozo con un agua azulísima.

—Ahí cayó una bomba en la Segunda Guerra Mundial y mira todo el agua que brota.

Y era cierto. Y era muy apetecible.

—¿Un chapuzón? —propuse.

El conductor farfulló, pero sonreía.

He intentado conocer más sobre su vida, pero es difícil. En el trayecto hacia el siguiente destino, solamente conseguí que me

contase que aprendió castellano para lograr el empleo. Dice que tal vez algún día viaje a España, que le han hablado de muchas ciudades y que tiene una lista de platos recomendados según la región.

Después de la ruta, continuamos por carretera. Cuando paramos en una nueva casa-cebra, como llamo a las tiendas de artesanías para turistas, me dirigí directa al rincón donde servían los cafés. El suelo era la misma piedra del camino y el espacio apenas lo delimitaba un techo de lona amarillento. El conductor se sentó en otra mesa y yo aproveché para observar las figuras apostadas en la entrada, la vajilla escurrida en una torre infinita, la colorida ropa tendida al sol, las sillas de plástico.

Cuando el conductor me hizo una señal, le pedí un par de segundos para correr al baño y me adentré en la tienda, que olía a serrín y a barniz. Cuando regresé, el conductor se encontraba evaluando el coche caquí con otro conductor. Me acerqué como quien tiene claro qué decirse.

—*Hakuna matata* —saludé henchida.

Pero el que me era desconocido sacudió fervientemente la cabeza y respondió:

—*Matata*.

Resulta que se había pinchado una rueda trasera y que no podíamos continuar sin cambiarla. Mi conductor me hizo un gesto con el brazo para que me entretuviese y regresé a la tienda. En seguida me abordó el tendero, que era un hombre robusto y reposado. Me enseñó varias piezas, negué con la cabeza. Entonces, sin dejar de decir palabras que no entendía, me hizo un gesto para que le acompañase a la trasera y al recorrer una cortina, me señaló a un hombre que golpeaba una herramienta entre troncos de árboles gruesos.

—*Artist* —dijo.

El hombre, de mediana edad, camisa de cuadros, levantó la mirada sin dejar de golpear el trozo de madera que sostenía. Me acerqué para observar y me mostró una talla de elefantes. El trabajo era precioso.

—Eh, eh, eh —gritaron desde el otro lado del local.

Mi conductor me hacía señas visiblemente alterado.

—Otra vez tarde —protestó.

—¡Pero si la rueda...!

—La rueda ya está bien.

Fuimos el último coche en abandonar el recinto, lo cual le molestó una barbaridad. Decía que allá a donde íbamos era importante que fuésemos los primeros. Supongo que aceleró cada vez que yo cerraba los ojos.

Por el camino, atravesamos campos plastificados. El conductor me explicó que allí cultivaban rosas, muchas rosas, y que luego se exportaban a otros países, principalmente a India. Me vino a la cabeza

la imagen del principito. Me imaginé al muchacho rubio volando sobre los tallos con las palmas abiertas y los ojos cerrados.

Nuestro siguiente destino era Aberdare, que se encontraba en el centro de la tormenta, todo nuboso y húmedo. Era la tierra de la tribu kikuyu. Me pareció asombroso pasar de unas a otras tribus y ver desde el coche cómo se transformaba el paisaje, las ciudades, las ocupaciones, las vestimentas. Los kikuyu habían sido unas de las tribus más castigadas por la colonización y mi conductor me explicó que eran muy buenos ganaderos y labradores.

Fuimos los primeros en llegar al club de campo donde se aparcaban los coches. El conductor, con un orgullo que le rebasaba, me pidió que preparase una mochila con lo que fuese a necesitar esa noche, porque en el alojamiento al que me llevarían no se podía meter equipaje voluminoso. Hice una selección rápida y guardamos la maleta en un cuartillo bajo llave. Luego me dirigí a recepción para que anotasen mis datos. Cuando me giré, el conductor ya no estaba. La señora que atendía me informó de que podía comer en el restaurante contiguo y que en dos horas un autobús nos recogería para dirigirnos al destino final.

En esas dos horas, el club se llenó de turistas e intenté entablar conversación con algunos de ellos, pero eran grupos cerrados que me prestaban poca atención. Así que paseé hasta los límites del club, con la sorpresa de encontrarme a una jirafa y me acerqué, me acerqué tanto como me permitió el sentido común, y doblé el cuello hasta que me dio calambrazos y lloré, pero para entonces caían gotas gruesas del cielo y pude disimular la emoción.

Un autobús blanco y destartado nos recogió cuando la lluvia comenzó a desbordar el camino. Nos hacinamos en sus asientos hundidos mientras se empañaban los cristales. El sueño nos fue recogiendo uno por uno y cuando abrí los ojos, no podía creer lo que veía. A nuestro alrededor, el paisaje se había transformado. Estábamos atravesando una selva frondosa y salvaje.

Nada más bajarnos, nos refugiamos en un mirador techado. El hombre que había acompañado al conductor nos dijo que debíamos continuar por el puente de madera, que al final del mismo encontraríamos el arca, pero que no nos separásemos ni alterásemos la ruta, porque estábamos en territorio de leopardos, hienas y rinocerontes. De modo que obedecimos diligentemente. El bosque verde esmeralda se extendía hacia todos los horizontes bajo un cielo de plomo. Olía a humedad y a tierra mojada y hacía mucho frío. Me abrigué con el único polar que había llevado a África, pero cuando llegamos al alojamiento, que tenía forma de arca de Noé, seguía tiritando. Nos repartieron las habitaciones y nos informaron de que servirían té y café en la sala principal. Apenas dejé la mochila en el

dormitorio, que era minimalista, me dirigí hacia allí para entrar en calor. Me senté en una butaca con la taza y los prismáticos. La sala estaba recorrida por un ventanal inmenso, pues el atractivo de la experiencia era la charca que teníamos enfrente. Allí se acercaban los animales a beber y a bañarse. Sin embargo, al cabo de tres horas apenas había acudido un grupo de búfalos embadurnados hasta los cuernos de barro.

Un hombre con guantes se acercó para indicar que la cena estaba servida y los visitantes, hartos de una espera infructuosa, se abalanzaron hacia el comedor. Solamente quedé yo, agazapada entre cojines y procurando no cerrar los ojos en aquella oscuridad sibilina. Entonces una voz que susurraba dijo en inglés:

—Se está acercando una manada de elefantes.

Me sobresalté. No había visto al hombre que aguardaba en la esquina. Emergió de entre las sombras, como si perteneciese más a su mundo que al nuestro.

—¿Quieres verlos? —preguntó.

El hombre llevaba un aparato negro sujeto a la cintura y unos prismáticos infrarrojos colgados al cuello. Se levantó y me hizo un gesto para que le siguiese. Empujó una puerta camuflada en la pared. Con sigilo, nos acercamos a un murete de piedra con aspecto de trinchera. Allí no había cristal y el frío calaba en los huesos. El hombre señaló una dirección concreta y no mucho después apareció la manada, que encabezaba un elefante alto y grueso y la cerraban dos crías de patas torpes. Se me encogió el pecho de verlos tan cerca. Contuve la respiración. Nunca había experimentado nada igual. Los elefantes tenían una presencia ancestral, envolvente, mágica. Pasaron majestuosos junto a nosotros y se detuvieron al otro lado de la charca.

—La lluvia ha jugado en contra vuestra. Normalmente esta es la principal fuente de abastecimiento de los animales, pero si llueve, se forman otros charcos y no necesitan venir hasta aquí. Esta manada en concreto lleva toda la tarde unos pocos metros más abajo. La he estado escuchando. Se les oía bañarse y reír.

—Entonces he tenido mucha suerte.

—El que espera paciente y en silencio, obtiene la recompensa —volvió a colgarse al cuello los prismáticos—. Si esta noche aparece algún leopardo o hay alguna pelea, haremos sonar un timbre por si queréis verlo.

—¿Usted no duerme?

—El que duerme no ve.

Pero yo caí rendida. En la habitación hacía tanto frío, que me vestí con todo lo que tenía: la misma ropa que llevaba puesta, el pijama y la camiseta del día siguiente. Ni se me ocurrió meterme debajo del agua de la ducha. Al abrir las mantas, que solían dejar con una esquina

doblada, descubrí una bolsa de agua caliente. Qué delicia. Coloqué los pies helados sobre ella y me quedé profundamente dormida.

Amanecí temprano para ver el sol colorear la charca. El cielo se había despejado y las nubes que quedaban se rizaban sobre los árboles. Salí a la terraza, sorprendida por que la puerta se encontrase abierta, y llené hondo los pulmones.

—Tampoco ha habido suerte esta noche —dijeron a mi espalda.

El hombre de la noche anterior se encontraba sentado en una escalera en espiral, cual marino que otea preparado para gritar tierra a la vista.

—Pero respirar este aire ya merece la pena —contesté alegre—. Usted trabaja aquí, supongo.

—Así es. Soy el único que se queda cuando todos se van.

—El guardián, entonces.

—Podría decirse.

Saltó hasta donde me encontraba y me observó de cerca.

—Tú eres fuerte sola —se quedó un tiempo en silencio antes de añadir—. Tienes el espíritu del *kifaru*, del rinoceronte. Libertad, paz, soledad.

—No me gusta la soledad.

—Pero sabes desenvolverte en ella.

Rebuscó en su bolsillo y me tendió un pequeño tótem de madera que representaba a un rinoceronte.

—No todo el mundo tiene el privilegio de ser uno de los cinco grandes —dijo.

Acepté el obsequio y se marchó. Para entonces el sol había ascendido y la terraza empezaba a llenarse de otros huéspedes. Miré la talla. Los cinco grandes —o *Big Five*— son los animales predilectos de África por lo que representan: el elefante, el león, el leopardo, el rinoceronte y el búfalo. Decían que no podías irte de un safari sin completar esta lista de élite. El guardián del arca me había confiado el espíritu del rinoceronte y eso era un privilegio.

En ese intervalo entre el amanecer y el desayuno es cuando me he puesto a escribir esta carta. Aquí la dejo. Me han dicho que en el club puedo entregarla para que la envíen a España y hay que aprovechar estas oportunidades. Además, no te mentiré, tengo necesidad de un café calentito. Siento que no puedas responderme, pero al menos esta carta llegará hasta ti.

Un abrazo grande para ti y otro para Montse.

Nakuru, noviembre.

Querido Juan, me encuentro en Nakuru. Llegamos después de atravesar la línea del Ecuador. De hecho, hicimos una parada en el punto cero. Mi conductor me dijo que me uniese a otro grupo, que nos iban a mostrar el efecto *Coriolis*. Así que formamos un semicírculo alrededor de un cubo y un viejo removi6 el agua para crear una dinámica de movimiento. A continuación dejó caer una cerilla. Lo esperado hubiese sido que esta girase en la misma dirección que lo hacía el agua, pero sin embargo se mantuvo flotando hierática en la superficie. Fue un experimento curioso, pero cuando me subí de nuevo en el coche, le protesté a mi conductor, porque el anciano nos había querido cobrar una fortuna por un papel que decía que habíamos estado en el ecuador y que, cuando se lo devolví porque no estaba dispuesta a pagarlo, me gritó una retahíla de palabras desconocidas. El conductor se burló.

—¿Y cuál es el problema?

—¿Por qué me traes a estos sitios? Me siento como un pez que trata de nadar en un río repleto de anzuelos.

—Porque este es el recorrido.

—Pues no me gusta. Prefiero que me descubras lo que no ve nadie.

—Eso no se puede.

—¿Por qué?

—Porque no.

—Si tú gastases tus ahorros en mi país, ¿te gustaría que yo te lanzase a la boca del lobo sin ninguna advertencia?

—Pero nadie te obliga a nada.

—¡Pero no es auténtico!

—Es así y punto.

—Pues entonces cuéntame cosas. Quiero saber más. ¿Cómo es la educación en el país? ¿Cómo es la situación de las mujeres? —insistí.

—La educación es buena y las mujeres son buenas.

—¿Trabajan?

—Claro que trabajan.

—Tu mujer, ¿a qué se dedica?

Toqué una llaga sin pretenderlo. Le retorcí los dedos en el lugar exacto y se crispó. Apretó la mandíbula muy fuerte y encendió la radio; la puso tan alta como en los autobuses públicos. No me volvió a hablar y en la gasolinera en la que repostamos olvidó la tapa y fuimos perdiendo combustible en cada salto. Se dio cuenta media hora después, en la entrada al Parque nacional Lago Nakuru, y lo resolvió tensando sobre el tubo una bolsa de plástico.

—¿Todo bien? —pregunté entonces.

No respondíó. Nos introdujimos en un sendero de tierra salpicado de cebras comunes y rinocerontes blancos. Le mostré mi tótem.

—En el arca, el guardián me regaló esto. Dijo que tengo el espíritu del rinoceronte.

—Será del negro —gruñó.

El negro, como me explicó más tarde, es difícil de divisar porque es muy poco sociable.

El safari de aquella tarde dejó de ser incómodo cuando llegamos al borde del lago. Supongo que el peligro nos reconcilió. Se nos acercó un hombre armado vestido de camuflaje y el conductor me explicó que me escoltaría hasta donde se encontraban los flamencos. Antes habíamos visto que no muy lejos había una manada de leonas, pero lo que más preocupaban eran los búfalos. El escolta no hablaba inglés, así que no pude preguntarle nada. Me habría gustado. Se movía detrás de mí con un sigilo animal.

—¿Alguna vez han tenido que disparar? —pregunté al conductor cuando regresé al coche caqui.

—Sí, claro. Ayer mismo, según han comentado. Primero tocan un silbato y gritan para ahuyentar a los búfalos y si no se dan la vuelta, disparan al aire. De alguna forma, han establecido un pacto con ellos. Los animales son listos y les identifican, pero contigo y conmigo sería distinto, porque no nos ven como una amenaza.

—¿Y alguna vez te han atacado? El coche, en un safari.

—Me han dado más problemas los rinocerontes.

No quise aclarar si se refería a mí. Tampoco le di más importancia, porque entonces ocurrió uno de los espectáculos más impresionantes que puedas imaginar: la luz del sol de la tarde suavizó los colores y sus perlas doradas se posaron como pequeñas hadas sobre la hierba, las acacias de copas planas, el lago —que refulgía— y el lomo de una esbelta y solitaria jirafa que caminaba hacia ese más allá áureo. El conductor se aproximó a ella todo lo que pudo y apagó el motor y yo me puse de pie sobre el asiento para asomarme a través del techo. Contuvimos la respiración mientras la jirafa pasaba frente al coche y, tras unos minutos detenida en el centro del sendero, continuaba el ascenso al cielo. Cerré el puño sobre mi tótem como si aquella fuese una llamada que convocase a los espíritus.

El conductor se giró hacia mí.

—Era una jirafa Rothschild —musitó—. Están en peligro de extinción y apenas quedan libres un centenar de ellas. Ya solo se encuentran aquí, en Nakuru, y en otro parque protegido de Uganda.

Con el atardecer, se esfumó mi energía. Aquella experiencia sobrenatural me había dejado exhausta. Apoyé hacia atrás la cabeza y dije que tenía sueño. El conductor reemprendió la vuelta. Debíamos de encontrarnos lejos, porque al llegar al recinto donde me alojaba,

quedaba poca luz. El hombre me preguntó si a la mañana siguiente quería salir de safari o prefería un paseo en barco. Escogí el barco, porque, según me anticipó, navegaba alrededor de la isla donde se grabó *Memorias de África* y porque todavía no había visto hipopótamos.

Querido Juan, ¿qué imaginas por un paseo en barco por el lago Naivasha? Haz el ejercicio de pensarlo antes de que te describa cómo resultó. Cuando partimos, la mañana estaba despejada y el azul del cielo era intenso. El conductor me condujo por unos caminos de tierra entre pequeñas edificaciones de barro y se detuvo en un aparcamiento donde también se plantaban hortalizas. Señaló una caseta.

—Allí podrás pagar y te darán el chaleco.

—¿Tú no vienes?

Sonríó como si le hubiese gastado una broma, pero yo lo decía en serio. Pasamos tantas horas juntos que no entiendo esta distinción. Él se retiró a una sombra y me hizo gestos para que siguiese sus indicaciones, de modo que entré en la caseta, donde había una joven delante de un cuaderno de cuentas. Me pareció una escena surrealista. Una jovencita en el centro de un habitáculo de cemento me pidió treinta dólares y, al entregárselos, gritó el nombre de un muchacho que apareció con un chaleco naranja para mí.

—*Twende!*

Atravesamos un bancal bordeado por sacos de arena y llegamos a un embarcadero minúsculo. Digo embarcadero por ser generosa, porque más bien era una orilla farragosa con tres tablones de madera y tres astas hundidas en el fondo del cenagal. Busqué el barco, pero como no lo vi pensé que estaría todavía en un tour anterior. Para mi sorpresa, el joven saltó dentro de un bote de plástico azul.

—*Twende, twende!*

—¿Este es el barco?

—*Twende!*

Miré hacia atrás, pero estábamos lejos de la caseta. Te juro que tenía unas ganas tremendas de sacudir a mi conductor y recuperar mis treinta dólares.

—¡Esto no es un barco!

Pero ya no había vuelta atrás, así que salté dentro y estuve a punto de caerme. Me senté de mala gana mientras el muchacho soltaba las cuerdas de amarre e introducía en el agua un palo muy largo que le servía para empujar sin que el timón arañase el fondo. Traté de relajarme y disfrutar, pero tenía un enfado monumental.

He de reconocer que de otro modo no habría visto cómo toman el sol las garzas —detenidas y muy rectas, con las alas abiertas y planas casi a ras de la hierba— ni el modo en que dormitan los hipopótamos —sus cabezas sobresalían lo justo para tomar aire—, aunque el frío y

la brevedad del paseo terminaron por desmoralizarme.

Cuando regresé a tierra firme, el muchacho me persiguió para que le diese una propina y me ofendió. Busqué a mi conductor y le pedí que le tradujera que los treinta dólares habían sido una inversión desproporcionada.

—¡Me has vuelto a lanzar a las fauces del lobo! —recriminé.

—¿No te ha gustado?

Esta vez fui yo la que se enfadó. Regresamos al alojamiento sin hablarnos y le pedí que no me molestase esa tarde, que iba a darme un baño en la piscina y a leer tranquilamente. Sé que fue una reacción infantil, pero los madrugones me estaban socavando el ánimo. Así que pasé la tarde rondando los límites del campamento y admirando las cabañas, que son de madera y tienen unas mesitas en la entrada. Ahí empecé a escribirte, luego, cuando cayó el sol, me dirigí hacia el bar para pedir unas cervezas locales. Habían encendido una hoguera, porque por la noche refresca, y un grupo de jóvenes conversaban a su alrededor. Me senté cerca para escucharles y me entretuve con sus anécdotas. Cuando abrieron el restaurante, todos se levantaron rápidamente para dirigirse hacia allí y aproveché para acercarme más al fuego. Como en el arca, volví a quedarme sola en la oscuridad y pensé que tal vez sí que tenía alma de rinoceronte.

Entonces destelló una voz conocida.

—¿Puedo sentarme?

Levanté la cabeza y me encontré con la mirada dubitativa de mi conductor. Nunca habíamos compartido otro espacio que no fuera el coche aquí.

—Sí, claro.

Se sentó en una silla y yo hice un gesto al camarero para que trajese otra cerveza. Nos quedamos un rato en silencio viendo cómo las llamas crecían o menguaban en función del viento.

—Quiero pedirte perdón —dijo de pronto—. Ayer no me comporté bien.

—No te preocupes. *Hakuna matata*.

Sonrió con tristeza.

—Preguntaste por mi mujer... —bajó los ojos con una pesadez dolorosa—. Ella murió hace unos años. Fue muy rápido. Yo me encontraba lejos, en Malindi, y cuando volví, ya la habían cubierto con una sábana. Mis hijos eran muy pequeños y no me podía ocupar, porque yo era quien ganaba el dinero para la familia, así que mis padres asumieron la crianza. Preguntaste por las mujeres. Las mujeres en África son quienes organizan la vida doméstica: la casa, las cuentas, los hijos... Son el cerebro y el corazón del hogar. Sin ellas, no hay vida. Ellas son la fuente de la que brota todo. Así que cuando falleció mi esposa, me encontré muy perdido. Mi madre procuró buscarme una

segunda mujer, pero yo no quería a nadie más. Aquí no es extraña una segunda boda, pero a ella la quería tanto... Supongo que no lograba hacerme a la idea de que ya daba igual a donde fuese, porque no me iba a recibir cuando regresase a casa. Ya no había casa. Sin ella, no había hogar. Pero estaban mis hijos... Dejé de hacer safaris para no alejarme demasiado, por si necesitaban algo. Trabajé en el campo, fui taxista, luego conductor privado y ahora estoy aquí.

—Vaya, lo siento, yo no sabía...

—*Hakuna matata.*

Un camarero le ofreció la botella en bandeja y rápidamente el conductor le tendió un billete.

—Quería invitarte —dije.

—No es necesario —respondió después del primer trago.

Nos quedamos un rato en silencio, escuchando el crepitar del fuego.

Entendí por qué no había querido hablarme de su vida y agradecí que lo hiciera ahora. A cambio, le conté mi historia con Marc. No me reservé nada. Si lo pienso ahora, incluso me siento ridícula. Empecé a salir con Marc solamente porque a los dos nos faltaba pareja de baile en las clases a las que nos apuntamos al comenzar la universidad. Él había ido arrastrado por Jaume, su mejor amigo, y la chica con la que este empezaba a intimar y yo porque me pareció una buena forma de hacer ejercicio sin pensar que lo hacía. En la primera sesión, que fue de bachata, todos los participantes iban de la mano de otras personas, así que cuando el profesor quiso que nos alineásemos, él y yo nos quedamos aparte.

—¿Y vosotros? —preguntó el instructor.

Marc me miró y se encogió de hombros.

—Nosotros juntos —dijo.

Aprendimos a acompasar los cuerpos antes que a conocernos.

Marc no era una persona muy habladora, pero nunca se me pasó por la cabeza que me fuese a plantar en el altar. Me pidió matrimonio en el balcón de una habitación que asomaba sobre el Mediterráneo y en aquel momento me pareció sincero. Le tembló la voz cuando me hizo la pregunta, pero no sospeché que fuese por miedo o por indecisión. ¿Acaso se sintió presionado después de seis años de noviazgo? ¿Acaso siguió la recomendación de nuestros amigos sin pararse a pensar qué quería en realidad? ¿O es que había otra mujer? He barajado miles de alternativas, pero temo que nunca sabré qué ocurrió en realidad. Al principio me eché encima toda la culpa y eso me derrumbó. Me hizo más daño crearme la razón de su huida que el hecho en sí de perderle. Creo que nunca nos amamos bien. Bueno, nunca nos amamos, punto. Nos conformamos con adoptar un ritmo que no era nuestro. ¿Tal vez fueron aquellos primeros pasos de baile? Marc y yo fuimos náufragos, pero él no lo supo hasta que estuvo en el

altar y yo no lo comprendí hasta que se lo conté al conductor. El crepitar del fuego, África o la confesión con alguien ajeno a ambos me descubrió que aquel día tormentoso fue realmente una salvación.

El conductor y yo nos quedamos absortos mirando el cielo hasta que otro conductor se acercó para avisarle de que iban a cenar.

—Tú también tienes que comer algo —dijo.

No se movió hasta que me puse de pie, aunque cenamos en mesas diferentes. Él con los compañeros de profesión, yo en una mesa solitaria. Intercepté alguna mirada y pensé que era de disculpa, porque sabía que también los rinocerontes gustan de un poco de compañía, pero lo cierto es que no podría soportar otra que no fuese la suya. Escucharle a él es interesante, pero en otras mesas hablan de nimiedades y no tengo tiempo para gastarlo en eso.

Mañana partiremos hacia la Reserva nacional de Masai Mara, que es uno de los templos de Kenia. Tengo muchas ganas. He escuchado maravillas. Espero que estés bien. Te mando recuerdos.

Narok, noviembre.

Querido Juan, me siento un poco extraña escribiendo estos monólogos, pero espero que te estén llegando bien y te acompañen. No sé si esta será la última carta o si a la vuelta, en Nairobi, podré enviarte alguna más.

Desde Nakuru hasta Narok fueron cuatro horas de coche. La mayor parte del tiempo la pasé durmiendo, aunque trataba de mantenerme despierta para no perder detalle. Por el camino vimos un accidente, un camión bastante grande que se había volcado en el arcén, probablemente durante algún adelantamiento temerario. El conductor me explicó que es una ruta frecuentada por quienes transportan mercancías desde Mombasa, que tiene salida al mar, hasta Uganda. Aproveché para preguntarle por los hombres que dormitaban a ambos lados de la carretera, porque parecía bastante común, y me dijo que en Kenia tenían problemas con el alcohol, porque a veces era el único modo de sobrellevar el hambre o el trabajo o las circunstancias, sobre todo en las zonas más humildes.

La ciudad de Narok bullía de actividad. Allí todo era tan caótico como a las afueras de la capital. Los coches se atravesaban, los pitidos eran intermitentes, la muchedumbre zigzagueaba entre los vehículos, el mercado se encontraba atestado de puestos y compradores. Habíamos entrado en territorio masai y se notaba en la fisonomía esbelta de los paseantes, quienes por lo general vestían *shukas* rojas o rosas, la mayoría de cuadros.

—No les hagas fotos —advirtió el conductor, que me observaba por el retrovisor—. O sé más discreta. No les gusta.

—¿Por qué?

—No les gusta.

Guardé el teléfono en uno de los bolsillos y procuré retener la imagen del polvo, de las tiendas ambulantes y del sonido de una comitiva de boda, que estaba formada por una fila de coches decorados con cintas que hacían sonar continuamente las bocinas.

—Esta tarde no haremos safari. Has dormido mucho, así que llegaremos con el sol bajo y ya no es conveniente —informó el conductor.

—Entonces, ¿hoy me dejarás invitarte a unas cervezas?

—Soy mayor que tú.

—No mucho. ¿Qué edad tienes? ¿Treinta y cinco?

El conductor se rio y desvió los ojos hacia el espejo.

—¿Te está gustando Kenia?

—Me podría quedar a vivir aquí.

—¿Y por qué no?

—Creo que no soy una buena enfermera. No quería reconocerlo abiertamente, pero lo paso un poco mal.

—Podrías trabajar en otra cosa.

—¿Como en qué?

—Podrías hacer safaris.

—No sé si podría conducir por estas carreteras, la verdad.

Hicimos una nueva parada en una casa-cebra y el conductor se dirigió a la caseta donde servían café. Le seguí con discreción, pero no se sentó conmigo ni me incluyó en el grupo. Entonces caí en la cuenta de que no habíamos coincidido con ninguna mujer guía.

—Tú estuviste hace unos días en el arca, ¿puede ser?

Me giré sorprendida, pero no reconocí el rostro del chico que preguntaba. Vestía como todos, con prendas claras y pantalones repletos de bolsillos, y desprendía el olor del protector solar.

—Puede ser —dije.

Apartó la silla contigua para sentarse y me tendió la mano.

—Me llamo Martín.

—Encantada.

—¿Tú eres...?

—Macarena.

—Macarena. Qué nombre más bonito —sonrió ampliamente y acercó una silla—. Y, ¿viajas sola? En el arca me fijé en que no parecías acompañada. Lo pregunto porque, bueno, ya sabes, aquí vienen muchos recién casados y algunos grupos de amigos, pero tú...

Empecé a sentir una angustia creciente en el pecho. Llevaba una semana anhelando otra voz y ahora que aparecía, descubría que era suficiente con la mía; la mía y la del conductor. En el silencio, podía percibir los matices y los colores y los sonidos y los aromas. En el silencio, pensaba poesía. Me levanté como un resorte y sin ninguna disculpa, me dirigí hacia mi conductor y le pedí que abriese el coche caqui para subirme. Inmediatamente se terminó el *chai* y reemprendimos la marcha.

—Ese chico —dijo cuando arrancamos—, ¿te dijo algo malo?

Sopesé la respuesta.

—No.

El conductor buscó mis ojos en el reflejo.

—¿*Hakuna matata*? —tanteó.

—*Hakuna matata*.

—Se dirigen a Amboseli, así que no lo verás más.

—En realidad —me recosté en el sillón mientras escogía las palabras—, ha sido cosa mía. Empiezo a pensar que tengo miedo a que me hagan daño.

Y ese, Juan, es uno de los motivos que también justifican el vergonzoso arrebató de mi primera carta. Tengo tanto miedo a que me

dañen que me refugio en lo conocido, me fortalezco en ello. Es una cuestión de supervivencia. Aunque sé lo que me dirías. Casi puedo escuchar tu pregunta: ¿Y el chico de la voz ronca? Ese chico es un desconocido y sin embargo, ¿es posible que dos almas se reconozcan? Yo miro directa a los ojos, bien lo sabes, pero hay pocas personas que me aguantan la mirada y la sacuden. La suya era tan sólida, tan hermosa... Quería caerme en ella, deslizarme por ella para ver hasta dónde me llevaba.

—En la vida hay dolor —respondió el conductor. Se mostró serio al añadir—, pero cuando le parten los cuernos al rinoceronte, puede conseguir regenerarlos. Parece imposible, pero pueden hacerlo.

Le di las gracias y volví a perderme en el infinito de la carretera. Para cambiar de tema, pregunté por qué los caminantes vestían prendas de abrigo si hacía tanto calor. Era un detalle que me había llamado la atención desde el primer día. Había numerosos hombres que vestían jerséis, gorros de lana o cazadoras. El conductor dijo:

—Porque les gusta.

De nuevo esa sencillez: porque les gusta.

Juan, ¿y si hiciésemos lo que nos gusta porque nos gusta y punto y nos dejásemos de convencionalismos? Seguro que seríamos más felices.

A propósito, el *gamecamp* donde nos alojamos en esta ocasión se encuentra inmerso en la selva, aunque no en una montaña como el arca de Aberdare, sino en la propia idea de selva: un terreno donde explosiona, verde y alterado, el caos. Resulta curioso, porque el Parque nacional no es para nada así. Masai Mara es ordenado y plano y predecible.

Masai Mara. Había escuchado tanto sobre la reserva que no podía dejar de repetir su nombre. Mis compañeros del hospital viajaron hace unos meses y volvieron fascinados.

Masai Mara. Me recorría un escalofrío de expectación.

Cuando aparcamos, el conductor me ayudó a bajar —*pole, pole*, despacio— y luego recogió la maleta y la empujó hacia recepción. No me dejó hacerlo a mí. Le dije que eso no estaba bien, que yo tenía la costumbre y me incomodaba que la cargase él continuamente.

—Al fin y al cabo, eres más viejo —repose para que se riera.

Y lo hizo, pero también contraatacó.

—Te dejaré llevarla sobre la cabeza cuando regresemos a Nairobi, para ver si es verdad que tienes la fuerza del rinoceronte.

Entregué el pasaporte en recepción, pero eché a correr en cuanto vi que el conductor se marchaba.

—¡No olvides que te espero hoy en el bar! A las seis —dije.

Él asintió y se alejó y yo regresé frente al hombre que tomaba mis datos y que parecía bastante sorprendido por mi reacción. Me

subieron en un cochecito blanco, como esos de los campos de golf, y me condujeron hacia una de las tiendas más alejadas. Entregué unos chelines y esperé a quedarme sola para descubrir la habitación. Era una cabaña de madera con paredes de tela impermeable, de modo que en el interior y con los ojos cerrados daba la impresión de estar durmiendo al aire libre. Había una cama amplia y blanca en el centro y el suelo estaba cubierto por una alfombra naranja. Me di una ducha y me acicalé para el encuentro. Era la primera vez que me desprendía de las botas de montaña y los pantalones verdes y escogí uno de los dos vestidos que tenía en el equipaje.

A las seis menos cuarto comencé la caminata hacia la zona común, donde se encontraba el restaurante, el bar y la piscina, y a las seis esperaba en la barra al conductor. Pero el conductor no apareció. Estaba segura, por su diligencia, que no se le había olvidado, pero ni acudió a las seis ni asomó en la hora siguiente.

A la mañana siguiente no lo comentamos, pero yo estaba molesta y me propuse ignorar sus comentarios. Con todo, los pocos que hizo fueron meramente operativos: *¿Distingues las avestruces? El macho tiene el pelaje negro y la hembra, gris. ¿Prefieres ver antes leones o guepardos? ¿Quieres que continuemos o esperamos aquí un rato más por si asoma el leopardo?* Yo respondía con monosílabos.

Entonces ocurrió una secuencia insólita —para mí—. Una manada de ñus se desvió galopando hacia nosotros. Los animales brincaban en el último momento para esquivarnos. Les perseguía una leona, pero cuando la fila se rompió, la fiera perdió a la presa. Así que cuando inició la retirada, la seguimos hasta donde se encontraba el león, que estaba tumbado, ligeramente camuflado su pelaje con la hierba. La leona se dejó caer a su lado y se buscaron, se envolvieron con las cabezas, reposaron frente contra frente, los ojos cerrados. Qué instante más hermoso. El amor animal y salvaje, el amor inesperado.

El conductor explicó que en la época de celo los leones hacen carreras para ganarse a la leona y que el más veloz se queda con ella durante un tiempo e inician una luna de miel que los tiene retozando cariñosamente por la sabana. Respondí: *hum*, como si no me importase, pero tenía el corazón encogido.

Juan, echo de menos tus cartas. Me gustaba que me describieras a Montse, porque me hacía creer en un amor que va más allá de todo, un amor que se admira a diario, que se respeta y que se pretende. No quiero ser un rinoceronte solitario, ¿sabes? Me da pánico sentirme vulnerable, pero también quedarme atrapada dentro de mí.

Te envío la carta incompleta, porque no puedo escribir más. Tal vez mañana, o cuando me vaya y sienta el apremio de llevarme en la mochila estas sensaciones que me despierta África, pueda volver a escribir. Por ahora, necesito la cama y los sonidos de los animales que

aúllan por la noche. Hay un mono que grita y a veces me parece oír el rugido del leopardo. El leopardo podría introducirse en cualquier tienda si quisiese; supongo que por eso hay tantas cámaras escrutando la maleza que nos rodea.

Los safaris en Masai Mara son inagotables. Esta mañana, después de desayunar, hemos visto la sabana con otros colores. Salimos antes que el sol y nos alejamos hasta el río que separa Kenia de Tanzania. El caudal no estaba alto y por eso se apreciaban los restos de la fiesta. En el fondo habían quedado los cadáveres de los ñus que mordieron los cocodrilos y las patas y sus tripas hinchadas sobresalían de una forma desagradable. Los cocodrilos eran numerosos y pacientes. Si te fijabas, de hecho, veías que las dos orillas estaban atestadas de ellos. Esperaban inmóviles con el hocico entreabierto.

—Son sigilosos —advirtió el conductor antes de animarme a bajar para que me aproximase al borde del risco.

No me bajé, pero él sí. Se asomó al precipicio con la mano sobre los ojos y entonces recordé que mi sombrero es suyo y se lo tendí con medio cuerpo fuera del coche.

—Puedes quedártelo —dijo—. Un regalo.

—Me ataré un pañuelo a la cabeza.

Pero él no lo aceptó de vuelta.

El resto de la mañana transcurrió sin sobresalto. Vimos una manada de ñus aproximarse al río, pero sin atravesarlo, y aprovechó para hablarme de la “Gran migración”. Luego buscó un árbol con sombra, pero los pocos que encontramos estaban repletos de moscas.

—Hoy comeremos en la sabana —anunció.

Detuvo el coche en el centro de la nada y se dirigió al maletero para recoger la manta de cuadros; la misma que extendía sobre el equipaje los días de carretera. La dispuso sobre la hierba seca.

—¿Y los leones?

—Deberían preocuparte más las hienas.

Lo dijo porque una nos observaba desde la distancia. Me mostró una cicatriz.

—¿Y quieres que comamos ahí, en el suelo, totalmente expuestos?

—Lo hacemos todos. Es parte del plan.

Caí en la cuenta de que era la primera vez que íbamos a compartir una comida. Estábamos los dos solos en mitad del mundo. También noté cómo subrayaba el hecho de que había un itinerario, me gustase o no. Me tendió el almuerzo. La caja contenían un muslo de pollo, dos empanadas, un plátano, una mandarina y unas galletitas saladas. Me senté sobre la manta que había preparado para el picnic, pero el conductor se mantuvo de pie, apoyado sobre el capó del coche.

—¿No vas a sentarte aquí? Estoy empezando a creer que tengo alguna enfermedad contagiosa —dije con cierto enfado.

El conductor me miró un rato largo, pero no accedió, así que me

concentré en la comida y en espantar al enjambre de moscas que rondaba.

—Esta tarde había pensado en llevarte a un poblado masai, pero como luego me acusas de lanzarte al lobo. No lo haré si no te apetece.

—¿También cuesta treinta dólares?

—Sí. Exactamente treinta dólares.

Mastiqué ruidosamente mientras oteaba el horizonte. La hiena había desaparecido, pero sobrevolaba un buitre.

—Sí, está bien, quiero ir.

El conductor guardó los restos en una bolsa y después de un silencio prudente, pregunté:

—¿No vas a contarme nada sobre los masai?

—Los masai eran una antigua tribu guerrera. Ahora son pastores.

Recogí la manta y la sacudí para que se desprendiese la hierba. El conductor se apresuró en ayudarme y me percaté de que incluso rehuía el contacto visual. En ese momento, asumí que la invitación del día anterior había cavado una zanja infranqueable.

Cuando llegamos al poblado masai, estaba empezando a llover. Me enfundé el chubasquero hasta cubrirme la cabeza y bajé después de que el conductor me lo indicase. Entonces se me acercó un hombre delgado y alto con una lanza que apuntaba al cielo. Vestía una *shuka* similar a la que el conductor llevaba en el maletero. Era de un rosa rabioso y estaba delineada por cuadros grandes. Del cuello le colgaban abalorios con cuentas de colores y piedras, muy similares a los que le adornaban la cabeza. El pelo lo llevaba ajustado en trenzas y le caía por debajo de los hombros. Las piernas las llevaba desnudas y calzaba unas sandalias llenas de barro.

Le entregué el dinero y se lo guardó en una riñonera oscura. Acto seguido exhaló un grito muy agudo, que me pareció el ruido que debe hacer una montaña que se quiebra, y se alzó un coro de voces que golpeaba como el latido de la tierra. Jamás podré olvidar el sonido de esas voces, porque ellas mismas tenían alma. Se alzaban desde una profundidad imantada y marcaban los compases de la guerra. Un grupo de jóvenes gorjeaba acompañando el ritmo con sus lanzas y sus pasos fuertes. Me rodearon formando un semicírculo de batalla mientras me miraban directamente a los ojos, como si estuviesen dispuestos a arrastrarme hasta ese rincón oscuro y antiguo del que procedían. Yo les sostuve la mirada y no moví ni un músculo, porque no les tenía miedo, porque ningún hombre volvería a hacerme retroceder. De súbito se detuvieron y el silencio nos engulló con violencia. El que se me había acercado primero dijo algo que no entendí y comenzaron a saltar tan alto como le debían a la fama. Saltaban con el cuerpo espigado, flexionando las rodillas con ligereza. Un salto, otro salto, otro salto, pensé que echarían a volar y quise

sumarme, pero no me lo permitieron. Me hicieron un gesto para que me uniese a la fila de mujeres que se había formado junto a la puerta principal. Cantaban dando palmas, con una voz elevadísima. Ahora ya caían goterones gruesos.

El hombre de la túnica rosa se adelantó para darme la bienvenida y accedimos a la *boma*, que era una construcción circular que amurallaban con troncos de acacias. Hablaba veloz en un inglés impecable y me resultaba complicado prestar atención a su discurso memorizado al mismo tiempo que a los niños que asomaban paulatinamente, a las gallinas y a las mujeres que se sumergían en los interiores de las casas. El hombre hablaba de tolerancia, de poligamia, de comunidad, decía que los niños iban a la escuela y que eso era bueno, pero que la modernidad entrañaba algunos peligros, como el hecho de que los pequeños preferían la fruta o los dulces a la carne, la leche y la sangre del ganado, que era la dieta fundamental del masai. En sus palabras, la educación también suponía una amenaza para la comunidad, porque insertaban a los muchachos las ganas de viajar y probar suerte en la ciudad y abandonaban el poblado. Pero, con todo, era bueno que aprendieran y bla bla bla. Hablaba y hablaba y me decía: puedes hacer las preguntas que quieras; pero no me dejaba abrir la boca.

—La poligamia es exclusiva, ¿no? Los hombres pueden tener muchas mujeres, pero las mujeres, ¿pueden tener muchos hombres?

No se dignó a mirarme. Siguió bla bla bla y se dirigió hacia una choza para mostrarme cómo era su interior y volvió a repetir que hiciese todas las preguntas que deseara. Un tema distinto era que las fuera a responder.

La choza, que llaman *manyata*, era la noche más absoluta. Cuando accedimos, encendí la linterna del móvil. Conforme te adentrabas, disminuía la temperatura. En la estancia central, había una zona habilitada para encender el fuego y una cama, que apenas era una tabla de madera. El suelo era de tierra y en los estantes no había ni una sola cazuela. El hombre hablaba y hablaba, yo qué sé qué decía.

—¿Aquí vive alguien? —interrumpí.

Me sonrió despreocupado y dijo que por supuesto, que era su casa, la de sus padres, y se rio. Se le encendió el rostro al añadir:

—El año que viene me casaré con una mujer. Yo tengo veinte años y estoy esperando a que ella cumpla dieciocho. La vi una vez y es muy hermosa. Estoy muy emocionado —se encogió como un niño y me pareció todavía menor—. Muy pronto formaré mi propia familia. Construiremos una *manyata* para nosotros y tendremos muchos hijos.

—Pero si esta es tu casa, ¿dónde están las cosas? ¿Con qué se cocina? No hay nada.

Se le enfrió la expresión y me dio la espalda. Abrió una cortina para

retomar el discurso y tuve el tiempo preciso para ver que había un rostro iluminado en la litera de la habitación que iba a mostrarme. Fueron unos segundos, pero supe reconocer la luz blanca de un teléfono. ¿Dónde lo cargaban si allí no había electricidad? Él se interpuso entre ambos y cuando se hizo a un lado para que me asomase, la niña ya no tenía ningún aparato ni ninguna sonrisa.

—Ella es mi hermana pequeña.

La niña me atravesó con su mirada, pesada y grave. Parecía un animal enjaulado a punto de saltar sobre su cancerbero.

Agradecí cuando regresamos al exterior, donde la lluvia había menguado. Para entonces ya había dejado de prestar atención al hombre de rosa y me fijaba en los niños que llenaban los cubos con el agua de los charcos. Les saludé, pero se apartaron con miedo y pensé *qué extraño*, porque los niños de Rongai nos recibieron cantando.

El hombre me llevó al mercado, que era un círculo atestado de artesanías —o de supuestas artesanías; yo para entonces ya no ponía la mano en el fuego por nada— y me dijo que echase un vistazo por si quería comprar algo y que si me sentía presionada, le avisase, que ellos eran encantadores y además de escuchar todas las preguntas respetaban las decisiones. Así que me asomé a las mesas con curiosidad, pero conforme paseaba, se congregaba tras de mí una procesión de locales. Objeto que tocaba, objeto que agarraba el hombre que se había colocado a mi espalda.

—¿Lo hacéis vosotros? —pregunté.

—Todo.

—¿Tú has hecho alguno?

—Los hombres, la madera. Las mujeres, las pulseras. ¿Quieres este?

—No, no, gracias.

—¿Este?

—No, gracias.

—¿Este?

Dejé de tocar y de mirar y entonces aquel desconocido de ojos ávidos empezó a recortar la distancia hasta que tuve su olor en la nariz.

—No quiero nada, nada, nada, nada. Si me molestas, aviso al jefe.

Y señalé al hombre de la sonrisa inmutable, que se movía con ademanes de diplomático. Los que me envolvían se alejaron enfurruñados y aproveché para colocarme en el centro del círculo y presenciarme allí, es decir, experimentar el momento desde los sentidos. Pero no lo conseguí. Cuando mi mirada recaía sobre alguna mujer, esta me mostraba las manos llenas de todo. Comencé a pasear de nuevo y entonces recordé que llevaba en la mochila las galletas saladas del almuerzo. Me acerqué a una niña que llevaba tiempo mirándome desde lejos y se las tendí. Tenía la cabeza rapada y llevaba

sobre la espalda, sujeta con un pañuelo azul cian, a otra niña más pequeña. Cogió el paquete dubitativa, con los ojos muy abiertos y las cejas enarcadas.

—Es para ti.

Sonrió muy despacio y le di también una mandarina. Entonces la sonrisa se hizo más amplia e inmediatamente la compartió con la niña que llevaba encima.

Me propuse salir del mercado, que para entonces resultaba asfixiante, y me acerqué a la *manyata* más próxima, donde dos niñas aplastaban bolas de barro y estiércol contra la pared exterior.

—¿Es vuestra casa? —pregunté—. ¿Vivís aquí?

Silencio.

Vi por el rabillo del ojo que la niña a la que le había dado las galletas me seguía y le hice un gesto para que se acercase. Trotó feliz.

—¿Cómo te llamas?

—Me llamo Agnes.

—Es un nombre muy bonito. ¿Y ella? —señalé a la niña que cargaba a la espalda.

—Ella es mi hermana Mary.

Agnes tenía una mirada que estremecía. Sus ojos castaños y grandes contenían tantos interrogantes que se desbordaban. Su hermana, en cambio, no se fijaba en nada concreto, pero se mordía el puño con el único incisivo inferior que tenía.

—¿Y tú cómo te llamas? —preguntó Agnes con un acento más elegante que el mío.

—Macarena.

—Macarena —repitió y se rio.

—¿Qué edad tienes, Agnes?

—Nueve. Mi hermana, menos de uno. ¿Y tú?

—Yo casi treinta.

Hizo una “o” con los labios.

—¿Nos hacemos una foto? —propuse; quería recordar sus ojos.

—¡Un selfi! —exclamó una vocecilla por detrás.

Era de una de las niñas que amasaban el barro. Las miré sorprendida, porque hasta entonces había pensado que no hablaban inglés.

—¿Sabéis lo que es un selfi?

—¡Pues claro! Un selfi.

Se miraron como si yo fuese una marciana.

Nos hicimos un selfi.

Entonces apareció el hombre de la *shuka* rosa y las espantó con la mirada. Agnes, sin embargo, no se movió.

—¿Todo bien? ¿Seguimos? —dijo el joven con cierto histrionismo.

—Todo perfecto. Sé manejar sola.

Forzó una sonrisa y dio una palmada.

—Bueno, prosigamos. Por aquí.

En cuanto echó a andar, me volví hacia Agnes y le tendí el puño cerrado. No quería que nadie más viese lo que dejaba en su mano.

—Esto es solo para ti —dije en voz baja—. Es mi animal y creo que también el tuyo. Quiero que lo tengas tú.

Y ella, en un movimiento tan rápido que nadie más lo pudo advertir, se guardó el rinoceronte en un bolsillo que tenía debajo del pañuelo con el que ceñía a su hermana. Sonrió. Le devolví una sonrisa brillante.

—Adiós, Agnes.

—*Bye, miss.*

El hombre de rosa ya no se detuvo hasta salir de la *boma*. No me miró al despedirse. Me sacó fuera de los límites del poblado y desapareció. Entonces se acercó otro que era mucho más grueso. En el mismo momento, un conductor repartía cajas de picnics entre una turba de niños entusiasmados, que levantaban las manos para arrancar cuanto podían y echaban a correr con el botín.

—Parece que les gusta —observé.

Y el hombre nuevo dijo con orgullo que unos cuantos de aquellos eran sus hijos.

—¿Cuántos tienes?

—Tengo diez, ¿y tú?

—Yo ninguno.

La respuesta le desencajó.

—¿Ninguno? ¿Qué edad tienes?

—Casi treinta.

No cabía en sí de la impresión.

—¿Treinta y sin hijos? ¿Por qué?

Me reí.

—No sé, la vida. No estoy casada ni tengo novio.

—Te puedes casar conmigo —dijo con una seriedad repentina.

Mi conductor se acercó y le comentó algo en *swahili*, algo sobre sus hijos, quise intuir, porque el hombre se giró y le señaló a los niños que seguían corriendo por el lodazal. Aproveché la interrupción para subir al coche y esperé al conductor, que no tardó en imitarme.

—Oye, no me dijiste que le dabais la comida que sobraba a los niños. De saberlo, habría reservado la mía.

—No era necesario.

—Pero, ¿has visto cómo se han abalanzado?

—Esos niños comen bien. No pasan hambre.

Me incliné hacia delante, asomando la cabeza entre su asiento y el del copiloto.

—Porque todo eso, lo del poblado, la *manyata*, los niños... todo es

un teatro, ¿verdad?

El conductor no respondió e insistí.

—El hombre que me hizo de guía hablaba un inglés perfecto e incluso soltó algunas palabras en castellano y en la casa que visitamos no había nada, ni ropa, ni platos, ni nada de nada. Además, no paraba de decir que preguntase lo que se me antojase, pero luego no contestaba.

—Yo sí que no voy a responder.

—Dime la verdad: ¡otra vez me has lanzado a la boca del lobo!

El conductor estalló en una risotada y me miró a través del espejo retrovisor.

—Pero esta vez te avisé.

—Sí, no puedo quejarme —admití con una mueca—. De todas formas y aunque lo que acabo de ver solo sea una representación, porque estoy segura de que lo es, me ha gustado.

—Me alegro —el conductor levantó la mirada hacia el retrovisor y después de un silencio añadió—. Hay muchos pueblos masai que siguen siendo pueblos masai.

—¿Y por qué no hemos ido directamente a uno?

Torcí el gesto y entonces él dijo:

—Podríamos... podríamos ver uno. Hoy Kiano se casa.

Sonreí.

—Pues vayamos a celebrarlo.

El conductor asintió conforme, aunque miraba atentamente el reloj. No dijo quién era Kiano, simplemente aceleró y tomó un camino de tierra apenas esbozado. Después de unos cuantos minutos, que me parecieron interminables, divisamos una aldea. Una comitiva de mujeres caminaban a extramuros detrás de un joven pintado, quien a su vez seguía el paso a dos ancianos que escupían al suelo. El conductor sacó el brazo por la ventanilla y el hombre engalanado le devolvió el saludo con una sonrisa desdentada.

—Él es Kiano.

Aparcamos junto a la puerta de la *boma* y entramos para incorporarnos al grupo que esperaba a los novios. El conductor explicó someramente que el joven que iba adelantado era el novio y que la chica que le seguía por detrás, rodeada de las mujeres jóvenes del poblado, era la novia. Al atravesar la puerta principal, se convirtieron en marido y mujer.

Kiano se acercó cuando les rodeamos. Parecía alegrarse de encontrar allí al conductor. Conversaron en *swahili*, me miraron los dos. Incliné la cabeza con una sonrisa, pero el recién casado se dio la vuelta, atrapado por otros brazos llenos de pulseras.

—Debo reconocer que el poblado se parece al anterior —acepté cuando el conductor preguntó si estaba satisfecha.

—Y lo son, en cierto modo. Solo han descubierto que el turismo es buen negocio. Piensan a corto plazo. No piensan en inversiones ni futuro, porque aquí son muy conscientes de que la vida es efímera y puede terminar en cualquier momento.

Nos marchamos aprovechando el jolgorio y regresamos al coche caqui. El conductor miró la hora. Frunció el ceño.

—Seremos los últimos —gruñó.

Por algún motivo, le molestaba. Me incliné sobre su hombro y le agradecí que se hubiera salido del recorrido. Él sacudió la mano para quitarle importancia, pero se le suavizaron las arrugas de la frente. Buscó mis ojos en el espejo y dijo:

—Ya no habrá más lobos.

Lo decía con una nota gris en el fondo de la garganta.

—Porque mañana es el último día —recordé.

—Hoy sí puedes invitarme a una cerveza.

Me petrifiqué.

—¿Lo dices en serio?

—Sí, en serio.

—¿Y el otro día por qué no?

El conductor se encogió de hombros.

—Me dolía el estómago —mintió.

Para evitar una nueva humillación, nos dirigimos directamente al bar. Fue la condición. Pedimos las cervezas y buscamos dos sillas libres. Nos sentamos en el jardín, cerca de una hoguera que había apagado la lluvia. Miré a nuestro alrededor y entendí que no era habitual que los turistas compartiesen su tiempo con los conductores.

—En el primer poblado, cuando nos íbamos, ¿por qué se sorprendió tanto aquel hombre de que no tuviese hijos?

El conductor sonrió.

—Aquí las mujeres se casan muy jóvenes y tienen muchos hijos. Los hijos son una bendición. En cierto modo, esa es la razón original de que los hombres tuviesen muchas esposas.

—Pues yo no estoy segura de querer tener hijos.

—Son una bendición. Pertenece a dos culturas distintas —añadió cuando me sumí en el silencio.

Probablemente pensaba en los suyos, porque agachó la cabeza como si le hubieran colocado un peso muerto sobre la nuca. En ese momento pensé en ti, Juan, en que querías tener una hija. Lo recordé y estuve a punto de comentarlo, pero me callé con un trago. No quería seguir hablando del tema.

—¿Qué harás cuando volvamos a Nairobi? —pregunté.

El conductor se encogió de hombros y permaneció unos minutos pensativo.

—Cuando termine este viaje, tendré que buscar otro trabajo.

—¿No harás más safaris?

—Si me llaman, sí, pero mi contrato no es continuo. Depende de si hay demanda o no. Soy conductor cuando se necesita, pero si no, tengo que ser cualquier otra cosa.

—¿Y qué harás mientras tanto?

—No lo sé. *Hakuna matata*.

—Pero sí hay *matata*.

—Es mi problema, no el tuyo.

Miramos las brasas mojadas y recordé que aquí se hace lo que se gusta, así que le confesé lo que me preocupaba:

—Voy a echarte de menos.

Me miró fijamente, porque era una despedida.

—Yo también a ti, *kifaru*.

—*Kirafu* —sonreí.

No pude decir nada más, porque se me estrechó la garganta. Si hubiese intentado decirle lo que pensaba, me habría ahogado con mis propias lágrimas. Permanecemos en silencio hasta que nos tragó la noche, la última noche, y entonces, como la vez anterior, vinieron a buscarle. Pero esta vez no se apresuró. Dijo algo en *swahili* y se recostó en la silla para mirar el cielo.

—Cuando era pequeño, me gustaba dormir al raso para ver las estrellas. Tenía la obsesión de que, con paciencia, podría contarlas, pero antes me quedaba dormido.

—Entonces no creciste en Nairobi.

—Oh, no. Procedo de la tribu kamba, aunque de un poblado muy próximo a Nairobi. Mis padres vivían en una aldea pequeña donde no había agua corriente, ni mucho menos electricidad. Apenas era un puñado de casas muy sencillas. Hacíamos la vida más fuera que dentro. Cuando tuve diez años, decidí que no volvería a dormir bajo techo. Mi abuelo, que era uno de los hombres sabios, decía que yo era más elefante que niño. En la tribu se creía que los elefantes proceden de los hombres y decían que mi espíritu era demasiado fuerte. No me gustaba. Un día me puse a andar y ya no he vuelto.

—¿Por qué?

—Para que supieran que no soy un elefante.

—¿Y por qué así?

—Porque los elefantes no abandonan a su manada.

Sopesé la respuesta.

—¿Cuál es tu animal?

Me miró con la satisfacción de quien regresa a un lugar que conoce y dijo:

—La jirafa.

Nos quedamos en silencio. Luego pensé en seguir haciendo lo que me gustase y me levanté, aparté la silla y me tumbé en el suelo. Él lo

entendió y se recostó a mi lado.

El cielo era de un azul terciopelo y había tantas estrellas que ni siquiera supe por dónde empezar a contarlas. El conductor levantó el brazo.

—Yo empezaba por la Osa Mayor.

Contamos en voz baja, en castellano y en *swahili*. Como una letanía. Uno, *moja*, dos, *mbili*, tres, *tatu*, cuatro, *nne*, cinco, *tano*, seis, *sita*, siete, *saba*... Sentí que el pecho me fuera a explotar. Alargué la mano y rocé sus dedos. Su mano se deslizó, áspera, sobre la mía. Ocho, *nane*, nueve, *tisa*...

—No quiero irme —dije con voz queda.

—Siempre puedes quedarte.

Me incorporé despacio y me arrastré las lágrimas que se me colaban en las orejas.

—Lo siento —musité.

Me galopaba una hilera de ñus por las costillas.

Lo siento.

Me dirigí de vuelta hacia la cabaña y comencé a escribirte esta carta.

Querido Juan, no quiero marcharme. No quiero irme de África. No quiero y no quiero. Ojalá fuese tan sencillo y bastase con querer o no querer, con gustar o no gustar, pero, ¿de qué sirve renunciar a todo si tampoco tengo un hogar aquí? Podría vivir viajando, pero ya no sería en el coche caquí ni con el conductor, porque he agotado todo el dinero que tenía ahorrado. Y podría regresar al hospital que me contrató, pero no puedo, porque me engullirían mis demonios. Me pesa el alma y me pesa el cuerpo. ¿Y si él hubiese dicho: quédate? Así, directo, con esa seguridad a la que es imposible negarse. Pero yo soy solo una turista y él un conductor. Oh, Juan, no puedo soportar el peso de tantos futuros posibles. Y si me quedase, ¿qué haría? ¿Tener hijos? ¿Trabajar en qué? Estoy cegada por las lágrimas, así que ya no diré más. Escribo como si pidiera auxilio porque no quiero olvidar ni un solo detalle, ni una de estas sensaciones, pero sé que es irremediable y que lo haré. Me iré y lo olvidaré todo y él me olvidará también. Pasará el tiempo y seremos una mancha difuminada y terminaremos por dejarnos ir. Toda África habrá sido un sueño. Algún día estaré bebiendo café por la mañana y me asomaré a un amanecer que me recordará el rosa amable y sereno de la sabana y entonces recordaré que estuve en Kenia y que Kenia contiene un fragmento de mí. Estoy aquí, en estas llanuras de leones, de elefantes, de jirafas. El guardián del arca me dio un nombre y pertenezco a este lugar.

Querido Juan, te escribo desde un camino indeterminado del Valle del Rift. Está clareando el cielo y atravesamos Kenia mientras duerme. Después de más de un año, si tengo que contarte África, empezaría por el amanecer. Te diría que la bocanada de la mañana sabe a agua de botijo y que la sombra se disipa ante el ascenso del sol, que dora la tierra seca y la selva, y las manadas vuelven a poblar la tierra.

En Kenia, el silencio suena distinto. El silencio es solemne, cálido y sereno. Es el mismo silencio que imagino en el vientre materno. Las voces también son distintas, son más profundas. Creo que los kenianos piensan más que nosotros al hablar, que escogen muy bien cada palabra, que el resto del mensaje lo cargan en los ojos; también en las profundidades de la garganta.

En un tramo, durante el que mi conductor pensó que me hallaba dormida, cogió el móvil y marcó un número. Dijo algunas palabras en *swahili* y luego comenzó a cantar. Le brotó una voz muy dulce, tan dulce que deseé que fuese para mí. Luego escuché una voz aguda de niño y entendí que era la promesa de un padre que añora a sus hijos. Tal vez les decía en el lenguaje de la tierra que ya faltaba menos, que pronto estaría de vuelta. Volvíamos a hogares distintos, a mundos distintos.

En ese momento pensé en meter un volantazo para abandonar la carretera que siguen todos los coches caquis. Me habría gustado ver África desnuda, como en Nyeri, como en Rongai, como en Lamu. Me gustaría escribirle cartas a Kenia para que no mediasen prejuicios ni disfraces. Pero en lugar de eso, esperé a que colgase y conté hasta cien y entonces me sujeté al asiento del conductor y pregunté muy seria:

—¿Crees que puedo decir que conozco un pedazo de África o este pedazo es tan minúsculo que ni siquiera cuenta?

El conductor no contestó inmediatamente.

—Has visto un pedazo.

—¿Minúsculo?

—Ni siquiera yo puedo decir que conozco Kenia. Kenia es gigante.

—Temo que solo haya visto lo que han preparado para nosotros.

Él me miró y no dijo nada, lo cual interpreté como una confirmación.

—Ya que tengo que irme, me encantaría volver algún día.

—Podrías volver cuando tengas hijos. A los niños les encanta ver de cerca a los animales.

Esa vez fui yo la que no respondí.

¿Sabes, Juan? Aquí hay días en que el tiempo se despierta detenido y fluye despacio. Discurre como un río. Si vieses algo así, si la orilla

fuese verde brillante y los tobillos te los lamiese el vapor, ¿no te zambullirías? Se abrirían los poros para recibir el aliento de la vida y te sentirías poderoso y afortunado y feliz. Y si ocurre así aquí, ¿por qué no en cualquier otro punto? Quizá nunca he tenido los ojos atentos.

Esta mañana, al salir de la tienda donde me alojaba, me he dado cuenta de que estoy sola, sí, y a veces esa sensación es insoportable, pero cuando escribo, dejo de estarlo. Es imposible sentir la soledad cuando me derramo en el blanco. Abrazo ese infinito con todo lo que soy. Soy yo ese infinito. El infinito, el universo, todo eso somos cuando escribimos un poema o un pensamiento o una carta. El guardián del arca me lo dijo, pero no le entendí. Lo he sabido hoy porque al asomarme al amanecer he sentido unas ganas tremendas de coger un papel y contarte que estoy sola, pero también estoy conmigo. Y contigo. Escribir es sumergirse en ese río dulce y nebuloso, porque la palabra hace eterno al tiempo.

No he podido contenerme. Tenía que gritarlo y tenía que decírtelo. Por eso estas palabras apresuradas, que ni siquiera sé si llegarán antes que yo. Perdona si cuesta descifrar la letra. Voy dando tumbos en el asiento trasero del coche caqui. ¡Espero que no resulte muy engorroso leerme!

Un abrazo para ti y otro para Montse.

Con cariño,

Kifaru.

Nairobi, 2 de diciembre.

Querida Maca, no estés triste, pero llora. Te vas de África y no sabes si volverás, pero si Beryl Markham voló sola, tú puedes hacerlo en este avión repleto de gente. ¿Has visto al niño de enfrente? Al jugar, se pega unos cabezazos que le van a horadar el cráneo. ¿Y has visto la mujer que ronca ocupando tres asientos? Todos ellos se marchan como tú y no parecen tan apenados.

Te reconozco que ha sido la despedida más difícil de toda mi vida. Ni siquiera separarme de Marc me dolió tanto. Cuando el conductor aparcó en la puerta y se bajó para abrazarme, para abrazarte, se me erizó la piel. Me hundí en su hombro, que olía a sudor después del viaje con el sol de frente, y pensé que echaría de menos ese gesto de boa. Me apreté fuerte, pero me soltó rápidamente.

—*Samahani* —farfulló.

Pero yo me apreté de nuevo y con más ímpetu. Le brillaban los ojos cuando me separé.

—Te he escrito una carta —dije rebuscando en el fondo de la mochila—. No sé si el traductor...

Había intentado decirle en *swahili* algunas frases con sentido, pero no estaba segura de si lo había logrado; probablemente no, pero me entendería. En el sobre, además, había guardado un fajo de billetes que, al notarlos, el conductor volvió a tenderme.

—Eso es por la costumbre —me apresuré a contestar—. Ya sabes. Dos culturas... y estamos jugando con tus cartas, no con las mías, así que acéptalo.

—Pero tú...

—Si protestas, te daré más. Te daré todo.

El conductor se rio y se encogió de hombros con timidez. Me señaló el edificio gris.

—Vas a perder el vuelo si te retrasas. *Twende*.

—*Twende* —dije.

Y ya no pude volver a hablar, porque se me tensó la garganta y me empezaron a brotar las lágrimas. Agarré la maleta y eché a correr hacia las puertas donde un vigilante comprobaba la documentación. No podía dejar de pensar en que no volvería a verle. Lo sabía. Esas cosas se saben. Habíamos compartido la vida y con el tiempo ya no quedaría nada. Seguí las flechas, los brazos extendidos, entregué el pasaporte, el billete, la maleta, pero no veía nada. Tenía los ojos ahogados y la voz aflautada.

No he vuelto a pronunciar ni una palabra, ni siquiera para despedirme de África. He mirado el asfalto de la pista antes de ascender la escalera y he pensado: *asante sana*. En la cabeza sí, como

en el papel. Aquí soy yo. Soy yo más que en ningún otro sitio. Me subí a esta nave llena de ruido y me asomé a la ventanilla como si esperase encontrar al otro lado el coche caqui y dentro, al conductor agitando el brazo para hacerle notar al piloto que iba tarde, que me quedaban más de tres horas por delante. La imagen me resultó tan consistente que rompí a reír, a llorar y a reír al mismo tiempo, y se me acercó la azafata para preguntarme si estaba bien.

Asentí fervientemente.

Querida Macarena, volvemos a casa.

Barcelona, 3 de diciembre.

La madre la abrazó y lloró sobre su hombro cuando llamó a la puerta de casa. Le atusó el pelo, le deshizo la trenza de tantas veces que la recorrió con los dedos y le explicó que había comprado un perro y le había llamado Maca para no echarla tanto de menos. Le sirvió un chocolate caliente que sabía amargo y unos turronec endurecidos.

—¿Cómo estás? ¿Cómo ha ido el viaje? Has hecho bien en volver. ¿Cómo ibas a vivir allí sola?

—No estaba sola, sola.

—Bueno... —la madre torció el gesto.

Macarena cogió el vaso y una cuchara y sorbió con fruición. El estómago se le retorció de hambre. Había comido poco en el avión, porque las dos veces que pasaron con bandejas estaba profundamente dormida. Cuando se lo explicó a la azafata, ella le dio un bocadillo con dos lonchas de queso y eso era lo único que había comido en veintitantas horas.

Se fijó en el cúmulo de latas de comida precocinada que su madre había acumulado junto al microondas y en las dos cacerolas sucias que había en el fregadero.

—¿Todo bien por aquí?

—Bueno, no son tiempos fáciles.

—¿Y dónde está el perro?

—Duerme en el balcón.

—Mamá, ¿lo vas a matar de frío!

—Le he llenado la caseta con cojines y mantas y tiene tanto pelo que está mucho mejor allí que aquí.

—¿Y en el trabajo qué tal?

—Bien, bien. Turnos de noche, ya sabes. Hoy cambié el turno con una amiga para recibirte.

—No hacía falta.

La madre le dio un achuchón y un beso sonoro en la mejilla.

—¿Cómo que no? No sabes las ganas que tenía de verte.

—Pero solo estoy de paso —recordó la hija.

Pensaba marcharse en Nochevieja, por lo simbólico de estrenar calendario en otra ciudad, pero eso no lo dijo, porque nunca se sabía. Se contaron los últimos meses mientras el frío se colaba por las paredes. Macarena se acercó a las ventanas y pasó el dorso de la mano sobre ellas.

—Deberías cambiarlas. Hace un frío que pela.

—Es la humedad. Haría frío de todas formas.

Así que Macarena deshizo la maleta para abrigarse con el polar

negro con el que vio amanecer en Aberdare. Se quedó en cuclillas, ensoñada, hasta que su madre le llamó desde el sofá.

—¿Me trajiste algo de tu viaje?

—No compré nada.

—¿Nada? ¿Ni siquiera una piedra?

—¿Para qué querrías una piedra?

—No sé, sería un pedazo de allí.

Macarena regresó a la sala de estar y echó una manta sobre los hombros de su madre.

—¿Por qué no te vas a Kenia en las próximas vacaciones?

—¿Y con quién me voy a ir? No tengo a nadie.

Eso le hizo pensar en lo lejos que se veía África desde Barcelona. Se asomó a la ventana para buscar el mar y lo imaginó invadido por la sabana. Las gaviotas serían leonas, los peces serían los ñus. Todavía le dolía el esófago de la despedida. Se le había acumulado la tristeza en la tráquea. Cuando el conductor le dejó en el aeropuerto, ninguno pudo decir adiós. *Twende*, dijo él. *Twende*, respondió ella antes de echar a correr hacia el control y llorar hasta quedarse dormida en el asiento del avión. Lloraba desconsoladamente porque sabía que la complicidad se desvanecería y, como las emociones que le explotaban en el pecho, acabaría reducida a un recuerdo agradable que, en todo caso, les suscitaría un suspiro.

Macarena se frotó los brazos.

—Me voy a dormir. Estoy agotada.

—Quédate un poco más. Solo un poco más. Recuéstate aquí y deja que te abrace.

Macarena se hizo un hueco bajo la manta y se sorprendió de su suavidad.

—Mamá, gracias.

—¿Gracias por qué?

—Porque estás aquí.

La madre le apretó el brazo con cariño. Se quedaron dormidas antes de que el reloj saltase de día.

Barcelona, 4 de diciembre.

Cuando Macarena despertó, su madre ya se había ido. En la cocina había dejado el café goteando y el pan dentro del tostador. Sobre el plato, una nota:

Maca, espero que esté todo tan bueno como te lo parecía cuando desayunábamos juntas. Me marchó al trabajo, pero ¿cenamos después? He dejado preparada la comida en la nevera. El perro ya está paseado y aunque te pedirá comida, no le des, que si engorda, me regaña la veterinaria... No sería la primera vez. Nos vemos luego. Me alegra mucho que estés aquí.

Se encaramó a una silla alta y la hizo girar mientras releía. Su madre nunca escribiría te quiero. ¿Alguna vez habría enviado una carta de amor? Macarena trató de imaginar a su madre cuando no era madre. Una joven alocada y alegre que estudiaba enfermería porque quería cambiar el mundo. Una enamorada de la fiesta, de los viajes, de los deportes de riesgo. La madre de su madre decía que había nacido sirena, siempre en el agua y siempre cambiando de océano. Le mecían las corrientes. Nunca se sabía dónde iba a amanecer. Un día en una calle de Berlín, otro en un camarote estrecho en Budapest, al siguiente en un sofá de Viena. Y a su lado, cientos de compañeros de viajes distintos, conocidos y desconocidos. No importaba quién con tal de que tuviera una sonrisa sincera; eso era en lo que se fijaba. Las sonrisas no mienten, juraba, y las buscaba en los labios, en la nariz y en los ojos. Tenía que darse la triple ecuación.

Macarena untó mantequilla en el pan y pensó que aquella joven no distaba demasiado de la madre que se había comprado un perro para llenar el silencio. Le recordó a aquella otra mujer, la que respondió a una de las cartas de Juan, si bien su madre no habría escrito más de un párrafo. Lo escondía todo entre las líneas y con pocas palabras.

Todavía con las palmas alrededor de la taza de café, llamó a Juan. Buscó su número en la agenda —en la vieja agenda de la escuela— y esperó más de diez puntos suspensivos.

—¡Juan! —apretó el auricular contra la oreja—. ¿Cómo estás? ¿Qué tal te encuentras? Sí, anoche regresé a Barcelona, aunque no será por mucho tiempo... Te llamaba por si te apetecía que nos viésemos uno de estos días. ¡Qué bien! Por mí, genial. E invita a Montse, que después de todo lo que me has contado sobre ella, tengo ganas de conocerla —Macarena arrugó el ceño—. ¿Cómo que quién es Montse? Pues Montse, quién va a ser. Podríamos quedar a cenar un día. ¿Cómo que quién es Montse? ¿Cuántas Montse conoces? Tu novia. ¿Cómo que Laia? Me dijiste Montse, vamos, que lo tengo escrito. Juan, en serio, es

muy temprano. ¿Bromeas? ¿Te has dado un golpe en la cabeza o algo? Me lo decías en las cartas. Decías Montse, así como te lo digo. ¡Por Dios, Juan! La llamabas Montse, no Laia.

Macarena puso el teléfono en altavoz y corrió a la habitación a rebuscar entre las cartas.

—Míralo. Montse. Montse. Montse. Pones Montse.

—¿Dónde lo pone?

—¿Cómo que dónde? ¡En las cartas!

—Pero, ¿qué cartas? Si nunca me escribiste.

—Pero, ¿qué estás diciendo? Si nos llevamos escribiendo desde que me fui.

—Si no me diste tu dirección de Kenia, ¿cómo te iba a escribir? Te escribí una y se la di a tu madre, pero nada más. No recibí ninguna tuya.

—Te escribí dos cartas y entonces, me respondiste.

—Ostras, Macarena, ¿me estás gastando la broma tú?

Macarena cogió uno de los sobres y leyó la dirección del remite.

—Esa es tu dirección —acusó Macarena.

La línea se silenció durante unos segundos. Juan titubeó.

—Oh.

—Oh, ¿qué?

Macarena pensó que, de tenerlo en frente, le habría regado con lo que le quedaba de café.

La voz de Juan sonó ahogada.

—No, no, no. Me vas a matar.

—¿Por qué?

—Me vas a matar... Creo que me equivoqué al anotarte la dirección. Mi edificio está en esa calle, pero no es el número 52, sino el 25.

Sin embargo, la dirección era clara y la firma, también: “El vecino del 52”, rezaba.

—Pero, si no eres tú...

Macarena corrió a revisar el buzón mientras Juan gritaba su nombre en el auricular. Bajó al portal e introdujo la mano por la ranura, pero el fondo se encontraba vacío. Volvió a sostener el teléfono.

—¿Seguro que no es tu dirección?

—Seguro...

—Madre mía.

Colgó repentinamente y llamó a su madre. Preguntó si había recibido alguna carta a su nombre. La madre recordó.

—Ah, sí, sí, lo había olvidado por completo. Una llegó hace mucho tiempo, más o menos cuando te fuiste, y la dejé en la buhardilla, sobre tu mesa. Estaba a tu nombre, así que no la abrí. La otra la trajo un

antiguo compañero tuyo. Me pidió que te la enviase, pero yo no sabía a dónde, así que la tengo en algún lugar de mi habitación.

Macarena subió las escaleras a trompicones. Sentía una curiosidad efervescente y dramática. Entró en la buhardilla y se estremeció del frío. Desde la puerta vio el sobre que abultaba en la mesa. Se acercó con cosquillas en los dedos. Ahí estaba, redondeada y cursiva, la caligrafía azul de Juan. ¿Y si no era Juan, quién era? Se sentó. La carta iba sellada con fecha de agosto del año anterior.

—¡Agosto!

Estimada Macarena:

Soy el vecino del 52, un hombre ya mayor y con poca vista...

Macarena releyó la carta como si viajase en un tiovivo. Primero le invadió una sensación de irrealidad, luego de extrañeza. Sintió que resbalaba por un tobogán de hielo y caía y caía y caía mientras se le entumecía el cuerpo. Aquella era la letra inconfundible de Juan, pero no era Juan. Era un señor mayor con poca vista. A cambio, estaba Montse, aunque era una Montse invocada y amada, ya sin cuerpo.

Macarena tardó en encajar las piezas a pesar de que el puzle estaba dispuesto con instrucciones claras. Corrió a buscar todas las cartas, las otras, las que había leído en África, y atravesó el día ordenando papeles en el suelo. Se le mezcló la vergüenza con el enfado con la resignación, aunque experimentó el alivio de que la primera carta, la que escribió ella y que ahora tenía entre las manos, jamás hubiese llegado a Juan. ¿Entonces era verdad que Juan no había leído nada? Y, ¿quién era aquel vecino del 52? ¿Por qué no le volvió a sacar del error cuando le escribió desde Nairobi? Se había confesado con un hombre que podía ser cualquiera. ¿Qué había escrito ella exactamente? ¿Le habría revelado algún dato sensible? A punto estuvo de rasgar el collage y pisarlo hasta que no quedase nada. Tuvo que contenerse para no salir esa misma noche en busca del impostor.

Escuchó el tintineo de las llaves de su madre y el golpe detenido de la puerta. Conocía de memoria el gesto. Desde que recordaba, aquel silencio mullido le sonaba glorioso. Su madre de vuelta. Macarena siempre dejaba lo que tuviese entre manos para correr a su encuentro y darle un abrazo. Esta vez, sin embargo, fue incapaz de despegarse del suelo. Allí la encontró su madre, agazapada y con los ojos anegados.

—Hija, ¿estás bien?

La voz preocupada, un poco más fina de lo habitual. La figura de su madre detenida a contraluz en la puerta.

¿Cómo explicarle?

—Mamá, ¿alguna vez has escrito una carta de amor?

La pregunta que disipa los miedos.

—Ay, mi niña...

Un abrazo con olor a vainilla. Su madre siempre se perfuma antes de regresar a casa, para dejar el de los sueros y los desinfectantes en el trabajo. Piensa que la hija tiene el corazón roto y se agacha a su lado. Escoge muy bien las palabras.

—Solo una vez, pero la quemé en la noche de San Juan. La quemé y lancé las cenizas al mar, para que su inmensidad transmitiese el mensaje —cierra los ojos antes de decir lo que nunca se ha atrevido—. Tu padre era mercante. Se embarcó por primera vez a los dieciséis y a los veinticuatro se lo tragó el océano.

Por primera vez: su padre. Un recuerdo vital desbloqueado por una carta de amor.

Pasan la tarde sentadas en el filo de una constelación de cartas escritas con tinta azul. La madre se derrama y descubre que la sonrisa fascinada de la hija le consuela. El dolor empieza a desenredarse y aunque lo carga muy al fondo, descubre una luz tenue que antes no estaba.

Macarena empieza a entender muchas cosas y, por un momento, olvida que Juan no es Juan, sino el vecino del 52, un hombre mayor con poca vista.

Trasladan la conversación al salón y allí se quedan dormidas, las dos en el mismo sofá pero en distintos brazos. De pronto, Macarena tiene padre; un padre invocado y amado, como Montse, y la certeza de que nunca supo de ella, que no la abandonó ni la rechazó ni la quiso menos. Su madre explora el pasado con detenimiento y trata de traerle de vuelta.

—Él era así... y así...

La hija sonrío, porque hacía tiempo que no sentía el calor que ahora le asciende desde el estómago y se ramifica por todo el cuerpo.

Barcelona, 5 de diciembre.

Por la mañana, Macarena regresa a la buhardilla y recoge todas las cartas. Las ordena y las devuelve al sobre. Está decidida a hacerlo. De hecho, ha soñado que lo hacía, que buscaba al vecino del 52 como si buscara a su padre. Ni siquiera se cambia de ropa. De pronto le sacude la impaciencia. Introduce en el buscador del móvil la dirección que le dio Juan y se da cuenta que Juan ya no le importa, que también ella, a su modo, quemó su carta de amor.

Estudia el recorrido, se calza y sale de casa envuelta en una bufanda. La humedad la acoge y se estremece. Recuerda el frío de Aberdare y al guardián del arca. Querría darle las gracias de nuevo, porque está segura que fue él quien la puso en contacto con su espíritu. Se entretiene pensándolo mientras atraviesa la ciudad.

Están a punto de atropellarla en dos ocasiones y se esfuerza en bajar el ritmo, pero es tal el torbellino... ¿A quién buscaba Gaudí cuando le golpeó el tranvía? Le quiere sonar que iba camino de encontrarse con su confesor. Macarena se detiene. Por un momento piensa qué pasaría si su vida se acabase en ese momento, como le sucedió a él, y de seguido teme el final del cuento. Si localiza al vecino del 52, se le desbaratará la verdad, acaso el viaje entero, y planea dejarlo todo como está. Sería tan fácil como darse la vuelta, celebrar la Navidad y marcharse a otra ciudad. La Kenia que experimentó quedaría intacta. Lo desea, pero entonces le sacuden los bocinazos de un coche que quiere atravesar la calle donde ella se encuentra y sigue andando. Lleg a un momento en que sus piernas dejan de responderle. ¿El cuerpo puede desear algo diferente que el cerebro? ¿Y puede desactivarlo?

El teléfono vibra para indicarle que ha llegado a su destino y Macarena se sorprende de encontrarse frente a un edificio anodino con un portal anodino. Una fachada gris, una verja negra.

Consulta el móvil para asegurarse y entonces constata que le tiemblan las manos. Trata de frenarlas, pero todavía se sacuden más. Las dirige al interfono en un esfuerzo por controlarlas y pulsa el botón del piso anotado.

Contiene la respiración.

Una mujer sale con un perro en brazos y la escruta con desconfianza. Macarena saluda, pero no se atreve a preguntar. Vuelve a hundir el botón, pero nadie responde, y entonces asoma un hombre vestido con camisa y pantalón de traje.

—Buenas tardes, señorita. ¿Puedo ayudarla?

Macarena es, ella misma, un tífón.

—Estoy buscando al vecino del 52.

—¿De parte de quién?

—De Macarena.

El portero arruga el ceño.

—Macarena... —repite.

Y Macarena le muestra la dirección escrita en uno de los sobres.

—Me temo —dice el hombre— que no lo va a encontrar.

—¿No vive aquí?

—Sí, sí, vive aquí, pero no le va a encontrar por más que quiera.

—¿Ha pasado algo?

—¿Es usted la Macarena que le enviaba cartas?

Macarena se sonroja.

—Soy yo.

La expresión del portero se transforma de inmediato. Sus ojos se arquean, sus mofletes se concentran al nivel de la nariz.

—¡Vaya, no lo puedo creer! Es *usted* en persona. ¡No la había imaginado así! Pensaba que era alguna vieja amiga del señor. Vieja es una forma de hablar, ya me entiende... Con todo el respeto. Ya sabe, algún antiguo romance. Confieso que me tenía bien intrigado, porque no podía concebir que tuviese ojos para una mujer que no fuese su esposa, porque aun después de muerta la sigue queriendo con todo el corazón. Algo insólito. Nunca he visto nada igual. El hombre quedó muy triste, ya sabe, pero sus cartas obraban milagros. No se imagina cómo le cambiaron el humor. Bajaba a menudo a preguntar si había llegado algo y entonces parecía un niño pequeño de la ilusión que le hacía. Como mi hijo la noche de Reyes.

—¿Sabe cuándo volverá?

—Eso que me pregunta... —el portero arruga el ceño—. Le ingresaron hace unos días. Tuvo un infarto y casi no lo cuenta. Suerte que ese día le visitaban la hija y el nieto y estaban en la casa cuando ocurrió. Se armó un revuelo... La mujer estaba histérica y nadie sabía cómo serenarla mientras llegaba la ambulancia.

Macarena se agarra a la puerta para no caerse.

—¿Dónde puedo encontrarle?

El hombre le indica el nombre del hospital que escuchó y Macarena no pierde ni un segundo en dirigirse hacia allí. Se conoce el camino de memoria. Conoce todos los caminos que llevan hasta él, no en vano fue allí donde comenzó su andadura profesional, donde todavía trabaja su mejor amiga, Mila. Busca su número con frenesí y la llama. Le resume la historia a borbotones mientras atraviesa las calles. No tiene más datos que la dirección y el motivo del ingreso, pero Mila lo localiza. Tarda un tiempo, pero lo hace. Entonces Macarena cae en la cuenta de que no quiere saber su nombre y Mila solo le dice el número de la habitación. Está prohibido, pero rompe las reglas por ella, porque también Macarena se las ha saltado en otras ocasiones.

—Si te preguntan, di que eres la nieta —advierde Mila.

—¿Está grave?

—Está mejorando, pero habrá que ver la evolución.

—Gracias, Mila.

—Un placer, Maca.

Se ríen. Macarena deshace los nervios riendo. Casi vuela en el último tramo. Anda tan rápido que cuando se detiene frente al ascensor, le hormiguean las piernas por los calambres. Procura no cruzar la mirada con nadie, por si la reconocen. No tiene tiempo para detenerse. El corazón repiquetea inquieto y deja de escuchar otro ruido que no sea su bombeo; lo tiene dentro de las orejas y en las sienes y en cuello.

Una mano le agarra el antebrazo y la gira.

—¡Macarena!

Macarena parpadea. Es un antiguo compañero, pero no recuerda su nombre. Mueve frenéticamente los brazos y acelera el paso. No le importa lo que digan después, que la llamen maleducada o engreída. Todavía se tropieza con algunos más, aunque elude sus rostros estupefactos. No tiene tiempo. Va contando las plantas, luego las habitaciones.

Se detiene en seco frente a una puerta cerrada.

Le da la impresión de que la madera respira hondo y se encoje como un agujero de gusano. Macarena posa la mano sobre el pomo y lo gira muy despacio. Antes de empujar, golpea con los nudillos.

Le tiembla la voz cuando pregunta.

—¿Se puede?

Tarda en encontrar una respuesta.

—Adelante.

Vamos, *twende*, piensa Macarena. Recorre a cámara lenta un pequeño pasillo que huele a desinfectante. De reojo ve un baño impecable, apenas alterado por una toalla sobre el lavabo. La habitación es estrecha, pero la luz que se desparrama por la ventana abierta la hace parecer más amplia. Después de estudiar los objetos que la completan, Macarena dirige la atención hacia la cama. En ella hay un hombre lleno de cables. Un anciano con pijama azul, con un asomo de barba, con unos ojos cansados que de pronto se encienden. Comprende y le tiemblan las cejas y los labios. ¿Cómo lo sabe? El hombre se incorpora hasta que le sobreviene una mueca de dolor. La pregunta que le brota no es una pregunta, sino un suspiro que suena a alivio, a familia, a hogar.

—¿Macarena?

Se interrogan en las pupilas, tratan de localizar las migas que confirman que son ellos los que se enviaban cartas. El silencio se espesa como la espuma de un baño caliente. Macarena suelta el aire

despacio. Tiene la impresión de que el tiempo se aletarga.

El anciano, que continúa sonriendo, tantea con su mano temblorosa la mesilla alta. Levanta un papel desdoblado como si se tratase de un trofeo y dice:

—Me volvió a escribir aquella vecina a la que le llegó una de mis cartas anónimas. ¿La recuerdas? Me dio mucha alegría. Cuenta que volvió a la heladería del puerto, a esa a la que iba cuando sus hijos eran pequeños, y que probó el helado de turrón que le recomendé. Le ha encantado. Literalmente le ha encantado y desde entonces vuelve todos los domingos.

Macarena todavía no es capaz de decir nada y desvía la mirada hacia la mesilla, donde también hay una fotografía antigua; el retrato desvaído de una mujer resplandeciente. La reconoce de inmediato.

—Es Montse. Tenía ganas de que la conocieras —dice el hombre.

Y Macarena quiere decirle, pero no puede, que ya la conoce, que era *ella*. Recuerda los ojos abismales de la anciana que murió de su mano y su apretón firme, su agradecimiento.

Macarena siente que se sumerge en el fondo del mar. Un mar primitivo, ancestral. El mar del que procede la vida. Ve también, como si reflotase de su propia memoria, a su madre bailando sin noches ni días. Vuelve a los juegos de infancia y a su escritorio rallado y a las risas sobre la que se cimenta la edad adulta. Y regresa al coche caqui y al espíritu generoso de su conductor. Todo eso que la construye está ahí dentro, en un lugar común al que llegan pocos.

—Montse —dice.

Porque Montse es la llave.

El hombre se lleva la mano al pecho.

Macarena se acerca.

—Así que usted es Juan.

Lo dice con sorna y los dos sonríen.

—Siento haber dejado que lo creyeras —se apresura en responder el anciano.

Levanta las manos en señal de rendición y Macarena, que ha olvidado el discurso que preparó por el camino, se sienta en el sillón que hay junto a la cama. Señala con nostalgia a la mujer sonriente del marco y reconoce que es a *ella* a quien atendió, cuenta todos los detalles mientras se le inflama el pecho y llora. También llora el anciano. Los dos lloran por la misma mujer.

El silencio que viene a continuación les reconcilia.

—Ahora veo. Fue Montse quien te trajo hasta mí —musita el hombre mirando el rostro de su mujer con ternura. El pensamiento le anima y deja un beso en el cristal, sobre los labios. Luego busca a Macarena y añade—. Tú me la devolviste cuando estaba a punto de rendirme. Si no hubiese sido por ti, me habría extinguido.

Macarena se inclina para apretarle la mano.

—Yo también os estoy agradecida. A ella, por el ejemplo de bondad y de serenidad que me regaló y a usted, por enriquecerme el viaje. No sé qué habría hecho sin sus cartas.

—Tuteémonos, por favor. Si no, me sentiré un extraño y no me gustaría después de tanto —al anciano le brillan los ojos—. A propósito, tengo una curiosidad. ¿Puedo preguntar qué pasó con Juan? Con el verdadero Juan, me refiero.

—Creo que hay una carta suya en algún lado de mi casa. Supongo que ahí estará su dirección correcta —ríe Macarena. Se encoge de hombros—. Pero ya no importa.

—¡Claro que importa!

—En realidad, me alegro de que se perdiese la carta... Ahora no se la habría enviado. Fui una estúpida. Tanto arrebató... —se sonroja—. Ni que tuviese quince años.

—Los quince años son estupendos para hacer y decir lo que pensamos.

Un ruido en la puerta los interrumpe y se giran. Un joven alto les mira sorprendido. Trae un café y una bolsa de galletas de la máquina del final del pasillo. Tiene el pelo muy corto, la nariz larga y la barbilla hundida en el centro. Macarena se pone de pie, pero el recién llegado hace un gesto para que vuelva a sentarse.

—Es mi nieto Daniel. Si no fuera por él, vete a saber si estaríamos hoy aquí charlando.

Daniel esboza una media sonrisa y deja el café y las galletas en la mesilla. Le da un beso a su abuelo, quien estira el brazo y señala a Macarena.

—Ella es la chica de la que te hablé.

Daniel la mira de nuevo, esta vez con interés, y dice:

—Así que tú eres *Kifaru*.

Macarena se encoge al escuchar el nombre que le mostró el guardián del arca; no lo habría imaginado en boca extraña, menos aún en Barcelona, y eso, de algún modo, los acerca. Le parece ver en sus pupilas los colores de África.

—Mi abuelo me ha hablado mucho de ti. Creo que se sentía un poco culpable por tenerte engañada, aunque no sé si luego se le pasó, porque siempre que recibía una carta se ponía muy contento —comenta.

Mira con intención a su abuelo, que pone los ojos en blanco.

—De verdad que lo siento, Macarena.

—Yo no —interrumpe Daniel—. Antes de ti, dejaba pasar los días sin ninguna ilusión. No le importaba nada. Desde que desayunaba hasta la cena, estaba sentado en su sillón mirando el de mi abuela.

—Y lo seguiré haciendo —defiende.

—Ahora la añoras de un modo distinto, abuelo.

—Con alegría —interviene Macarena.

Daniel sonríe.

—Podría decirse así. Por cierto, ¿te apetece algo? ¿Un café, un zumo...?

—No, muchas gracias, ya me voy.

—Quédate. Me gustaría que me contases cómo es África —insiste Daniel.

Macarena le mira con sorpresa y también con sorpresa reconoce:

—No la conocí.

Le embarga la certeza y siente la necesidad de volver a ella. Quiere recorrerla sin el coche caqui. Quiere caminarla y llenarse de polvo. Quiere subirse a sus autobuses de colores, donde la música suena a fiesta y hay que apretarse. Quiere buscar en el diccionario y descifrar las conversaciones. Quiere liberar el espíritu ancestral que la habita y ser, de una vez, *Kifaru*.

Macarena mira al anciano y al nieto y tiene la extraña sensación de que les conoce de hace tiempo. Les abraza y se dirige hacia la puerta. Entonces el que en realidad no era Juan se incorpora con rapidez, arruga la expresión por el dolor, y le pide que regrese a visitarlo o que le escriba. Macarena se lo promete. Y entonces Daniel se adelanta para darle un papel con otra dirección.

—Espero que volvamos a coincidir.

Macarena lo coge y sale corriendo de la habitación, porque siente un vértigo inesperado. Cuando se cierran las puertas del ascensor, se gira hacia el espejo y, mientras se busca en el fondo de los ojos, repite varias veces: me llamo *Kifaru*.

Querido Juan, estoy a punto de volver a África, pero no quería hacerlo sin despedirme. Llevo mucho tiempo escribiendo y reescribiendo esta carta, para no avergonzarme cuando pasen los años, pero no se me ocurre un modo mejor de decirte adiós que con la verdad. Necesito contarte que fuiste mi primer amor y que me doliste en el alma. Como todos los primeros amores, me golpeaste fuerte. Te escribí poemas, te dibujé en los márgenes de los libros, grabé nuestros nombres en la corteza de un árbol. Cuando te marchaste a Inglaterra, pensé que volveríamos a reunirnos algún día. Incluso cuando Marc me plantó en el altar, me canturreó esa vocecilla que cree saberlo todo: *¿Y si en verdad siempre ha sido y siempre será Juan?* Por eso, aquel encuentro fortuito antes de mi viaje a Kenia avivó la esperanza y te escribí una apasionada carta que no me atrevo a releer. Fue la chispa que prendió. Después de verte, busqué mis diarios de adolescente para despertar los recuerdos y me prometí que si los sentimientos eran correspondidos, dejaría África para regresar contigo. Estaba dispuesta a renunciar a mí misma, pero no sabía quién era en realidad. Me sentía muy poca cosa, incapaz de todo, pero me esforcé en marchar porque presentía que en mi ciudad de siempre, en mi casa de siempre, en mi trabajo de siempre, terminaría por perderme. La rutina centrifuga las ganas de saltar a lo desconocido, porque es cómoda. La rutina es como esos sillones en los que te hundes y te adormeces calentito y feliz.

Fue una bendición que aquella carta que te escribí se perdiera. La dirección que me anotaste resultó errónea y terminó en el buzón de un desconocido. Me fui, no recibí contestación, un año después volví a escribirte por tu cumpleaños y entonces sí recibí respuesta, pero en esa segunda misiva no me dijo que no eras tú. Supongo que se sentía tan solo como yo, lo cual considero un motivo suficiente, porque, imagínate, hay quien se casa por esa misma premisa, sin amar, sin la entrega sincera, y eso sí que es grave, porque semejante mentira compromete la felicidad ajena.

Durante mi estancia continuamos escribiéndonos y me habló de un amor tan grande que, en contra de lo que había creído (porque pensaba que eras tú. En todo momento pensé que eras tú), me insufló la vitalidad que me faltaba. Aquel Juan escribía con tanta dulzura que me reveló el hecho, tan simple, de que te había amado como se quiere en la adolescencia, con idealización y el deseo desesperado de que esa burbuja dure para siempre, sin mayores desafíos que la distancia y el tiempo, que son más fáciles de superar que las piedras del día a día. Me hizo darme cuenta de todas las oportunidades de felicidad que nos rodean y que a veces ni miramos porque se muestran con sencillez; en el gesto de ceder el paso, en las sonrisas de unos niños que hablan un

idioma distinto, en el sí a un viaje disparatado, en un café compartido junto a la carretera, en un paquete de galletas saladas... Fue ese amor el que me abrió los ojos. Sin él, jamás habría creído que mi verdadero nombre no es Macarena, sino *Kifaru*. Te reirás. Pensarás que se me ha ido la cabeza, pero todos tenemos un nombre dado y un nombre que somos.

Te cuento esto porque me lo recomendó hace tiempo ese otro Juan. Cuando descubrí que era con él con quien me carteaba, me quedé de piedra. Un anciano postrado en una cama de hospital que sonreía junto a la fotografía de la mujer a la que ama. Se me esfumó toda la rabia al verle (si es que era rabia lo que llevaba dentro), aunque todavía tuvo que pasar un tiempo para que encajase el desconcierto. Por un lado, sentía que lo conocía bien, pero por otro, era un perfecto desconocido. Con todo, me animó a resolver esta historia. Me dijo: “Macarena, tienes que liberarte” y citó un episodio de mis cartas que le conmovió, aquel en que contaba estrellas con el conductor en mi última noche en Kenia. Con “liberarte” no se refería a mandarte a paseo, sino en decir las cosas como las pienso. Cuando dejamos las palabras inconclusas o, peor aún, cuando las callamos, nos ponemos encima un peso que lastra las siguientes decisiones y que termina por convertirnos en una persona que no somos. Así que, después de mucho pensarlo, aquí estoy. Te debo una carta y me debo una confesión.

El día en que me acerqué a decirte esto personalmente, tu madre me abrió la puerta y me contó que ya no vivías allí. ¡Faltó poco para que se perdiera otra carta! Me dio tu nueva dirección y me explicó que te habías mudado con Laia y que estabais esperando un hijo. Sacudió los brazos para que entrase y me dijo que esperase en el salón. Se fue con paso apresurado hacia el escritorio y regresó exultante. Me mostró con orgullo la ecografía. Hacía círculos con el dedo para que viese el cuerpecito que ella ya tenía memorizado. Hablaba desparramándose: “Juan querría una nena, pero el médico cree que es un nene. No está seguro, pero eso dijo que parecía. Sea como sea, lo importante es que siga creciendo así de bien. Mira qué cosa más bonita”. Yo miraba y solo veía indefinidas manchas negras. Quizá si fuera mi hijo, vería lo que ella ve: los brazos, las piernas, el corazón... Vete a saber si algún día también recibo a los invitados con los ojos achispados y la ilusión en una fotografía imprecisa.

Tu madre me invitó a merendar para seguir soñando con tu hijo, que será su primer nieto. Esta vez no deseé que esa alegría fuese mía. Me llevé las manos a mi vientre vacío. ¿Llegará a habitarse?

Imagino que también a ti la noticia te tendrá bailando por los cielos y quiero felicitarte. Espero que cuando el bebé tenga unos cuantos años, vengáis a visitarme a Kenia. El conductor que conocí allí me dijo que a los niños les encantan los animales. Estoy segura de que

disfrutará poniéndose uno de esos sombreros de explorador y alzando los prismáticos cual catalejo de capitán, subiéndose por los sillones del coche para asomarse por el techo y ver la sabana dorada en su plenitud. Lo pienso y deseo que ocurra algún día. Será una buena señal. No me gustaría perderte. Los amigos, sobre todo los viejos amigos, son una rareza muy valiosa.

Me habría encantado explicarte todo compartiendo un café y un té, pero he tardado en decidirme a escribirte y no me quedan días. Mañana echaré la carta al buzón y, antes de que la recibas, ya habré aterrizado en Nairobi. Regreso a Kenia; tal vez para siempre, aunque uno nunca sabe. Mi antigua jefa me ha ofrecido una plaza en el hospital de Nairobi donde trabajé y estoy buscando un apartamento próximo a él. En unos días, nos mudaremos allí Daniel y yo.

Daniel es el nieto del hombre que yo creía que eras tú. Los conocí a los dos el mismo día, ya ves qué casualidad. Es un soñador pragmático. Se esfuerza por buscar puentes entre la fantasía y la realidad. El otro día, por ejemplo, intentó plantar un árbol de corteza morada. No sé qué mezcla hizo. Dice que, si todo va bien, la próxima vez que volvamos podremos comprobar si ha sido un éxito. ¿No te parece maravilloso? Daniel tiene la fe ingenua de los niños. No acepta los límites y si se cae, se levanta y sigue hasta que se topa con el muro del laberinto y tiene que improvisar. Sí, del laberinto. Eso me parece que es lo que nos tiene corriendo media vida por callejones sin salida. Era lo que me ocurría a mí, que corría detrás de lo que corren todos y no prestaba atención a las señales. Así hacemos hasta que alguien capaz de mirarnos dentro nos tiende un brazo desde algún recodo inadvertido y nos nombra. Por aquí, *Kifaru*, y por ahí está la libertad. Si supiéramos esto desde el comienzo, sería más fácil, buscaríamos con otros ojos, pero la gracia precisamente está en que solo unos pocos lo descubren. La mayoría se conforma con el nombre que nos dan y no con el que somos.

Me despidió porque me voy, pero también porque corremos en direcciones opuestas. Hace tiempo que es así. Nuestros caminos se separaron cuando te marchaste a Inglaterra. Entonces tú decidiste callar y yo no me atreví a tocar a tu puerta. Y está bien. Está bien así. En un laberinto hay que escoger girar hacia la derecha o la izquierda y cada decisión configura una ruta diferente. Espero que te vaya bien, que seas muy feliz con Laia y el niño que está por nacer.

Ahora que empezamos nuevas aventuras, ¿notas el cosquilleo previo al salto? Como me enseñó un sabio amigo, “ese cosquilleo no tiene por qué esfumarse por muchos años que pasen”. En buena medida, depende de nosotros.

Nairobi, 15 de marzo.

Querido vecino del 52 (qué raro nombrarte así), llevamos una semana en Nairobi, pero me parece que han pasado muchas más. Han sido días de trámites, atascos y negociaciones, pero finalmente hemos encontrado nuestro campamento base: un apartamento muy próximo al hospital, bien equipado y acogedor. Parece ser que hasta ahora lo habitaba un matrimonio que nos ha vendido los muebles y prácticamente todos sus enseres. Se marchan a Mombasa, de donde vinieron hace más de diez años, y querían viajar con lo menos posible. De modo que a nosotros nos ha venido muy bien y hemos empezado la nueva vida con ropa prestada. Te envió una foto que nos ha hecho una vecina. Llevaba unos días riéndose al vernos y terminamos acercándonos a preguntarle por qué. Se reía a carcajada limpia.

—Todos esos colores... —reía y reía— y vosotros tan pálidos.

Terminamos riéndonos los tres.

La mujer vive con su madre, porque su esposo murió joven, y nos está enseñando a encontrar todo lo que nos falta. Nos acompaña al mercado, nos aconseja por dónde llegar a cada lugar y nos ha invitado a cenar en varias ocasiones. También me ha regalado algunos abalorios, porque dice que tengo mal aspecto. No se corta nada, ya lo ves. Pero estoy bien, te lo aseguro. No podría estar mejor.

Mañana iremos a visitar la que fue la casa de Karen Blixen. Tomaré muchas notas para describírtela al detalle. No se me olvida que era una de las autoras que me mencionaste la primera vez que vine sin saber nada de este país.

Por ahora, lo único que puedo contarte (que se salga de las idas y venidas resolviendo los asuntos de recién llegados) es que hemos visitado un orfanato de elefantes, el David Sheldrick. Lo fundó Daphne Sheldrick, una mujer que amaba los elefantes y quien, por cierto, también escribió novelas. Las compré y me esperan en la mesilla, junto a las que me regalaste tú. Daphne fundó el orfanato en honor a su marido, de ahí el nombre, y se dedicó a criar y reintegrar a los elefantes que se quedaban huérfanos por la caza furtiva. Ahora la dirige la hija de ambos, Angela. También crían a rinocerontes, por eso nos hablaron del proyecto. Mientras esperaba a que mi jefa terminase una consulta, se acercó una enfermera del hospital para presentarse. Le dije que me llamaba Kifaru y me preguntó por qué. La historia es muy larga, rehuí, pero ella insistió.

—Yo tengo adoptada a una rinoceronte —buscó unas fotografías en el móvil y me la mostró—. Le seccionaron el cuerno unos furtivos. Ahora se recupera en el David Sheldrick. Algún día, gracias a ellos, regresará a su primer hogar.

Así escuché sobre este lugar. Al llegar a casa, se lo conté a Daniel, que no tardó en localizarlo y organizar la visita. Qué difícil es explicar lo que sentimos al ver llegar a los elefantes, torpes aún en la coordinación de las patas y la trompa. Correteaban y se tropezaban levantando el polvo tras ellos. Una tierra roja que les impregnaba el cuerpo ajado y que nosotros trajimos de recuerdo en las botas. Los cuidadores les esperaban con biberones gigantes de leche, que devoraron en cuestión de segundos. Tragaban a gran velocidad, ayudando a empinar la botella con la trompa. Verlos tan cerca me sobrecogió. Son unos animales majestuosos.

En fin, quién me iba a decir que regresaría tan pronto... y quién nos iba a decir que lo haría acompañada de Daniel. A menudo pienso en esta historia, en cómo la ha trazado el destino. Después de una carta extraviada y dos personajes entonces sombreados por la soledad, aquí estamos Daniel y yo, con la extraña sensación de conocernos de siempre.

Espero leerte pronto. Echo de menos leerte.

Con cariño,

Kifaru.

Gracias, lectora, lector, por acompañarnos en este viaje.